



Avril 1966

acción comunista



5

Editorial :

LA OFENSIVA IMPERIALISTA
LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES FRANCESAS

Lorenzo Torres :

DESPUÉS DE CARRILLO ¿ QUÉ ?

Luis Peña :

NOTAS SOBRE PARTIDOS Y GRUPOS

F. Ibeas :

HACIA UN SINDICALISMO RESPETUOSO : LA C.N.S. (T)

8105423

SUMARIO :

Editorial :

LA OFENSIVA IMPERIALISTA
LAS ELECCIONES FRANCESAS Pág.
3
20

Enrique Abad :

LA NUEVA IZQUIERDA AMERICANA 31

F. I. :

¿ PARA QUÉ SIRVEN LAS BOMBAS ? 37

Nota :

LOS ALIADOS DEL IMPERIALISMO O TODOS
LOS GATOS SON PARDOS 38

Lorenzo Torres :

DESPUÉS DE CARILLO ¿ QUÉ ? 39

Luis Peña :

NOTAS SOBRE PARTIDOS Y GRUPOS 55

F. Ibeas :

HACIA UN SINDICALISMO RESPETUOSO :
LA C.N.S. (T) 62

Nota :

UN JUICIO EN MOSCU 68

W. Solano :

CARTA A A.C. :
LEON TROTSKY Y ANDRÉS NIN 69

F. Claudín, Federico Sánchez, J. Berenguer :

PUNTUALIZACIONES 77

Editor responsable :

Fernand Lardinois - 13, rue du Géron, Liège - Belgique.

Precio de la suscripción :

6 números : 150 F. belgas - 15 F. Franceses - 50 pesetas.

Precio del ejemplar :

30 F. Belgas - 3 F. Franceses - 10 pesetas - 3 marcos.

Envíos por giro postal.



« El comunismo, para nosotros, no es un ESTADO que hay que crear, ni un IDEAL hacia el cual la realidad debe orientarse. Llamamos comunismo al movimiento REAL que destruye el orden establecido. Las condiciones de ese movimiento son el resultado de los factores que existen en el presente... [El] proletariado no puede existir sino EN EL PLANO DE LA HISTORIA MUNDIAL, así como el comunismo, es decir, la acción comunista, no puede existir sino en tanto que realidad histórica planetaria. »

K. MARX, « La Ideología Alemana ».

EDITORIAL:

LA OFENSIVA IMPERIALISTA



Desde hace un par de años somos testigos de la creciente agresividad norteamericana y de modo más general imperialista. La posición hegemónica de los yanquis dentro del bloque imperialista es evidentemente la razón fundamental de su papel destacado en esta ofensiva general contra los movimientos revolucionarios del « Tercer Mundo ». El gobierno británico (por cierto laborista), enzarzado en Adén, temeroso de la evolución en Malasia, no muy tranquilo en la India, preocupado por el embrollo que apunta en Rodesia, ha dado su consentimiento y ha seguido con complacencia esta acometida de los yanquis que contribuía — o parecía contribuir — a proteger de modo general los intereses imperialistas y que servía de pretexto a su propia acción represiva. La actitud de las demás potencias imperialistas, grandes y pequeñas, ha sido de aprobación cuando no de colaboración. Únicamente el gobierno francés ha tenido una postura más reservada por las razones que se dan en otro artículo de este número. Si el entusiasmo de los occidentales se está enfriando es sobre todo por el cariz difícil que ha tomado la intervención yanqui en Vietnam gracias a la terca y valerosa resistencia de su pueblo.

De modo general el ascenso continuo del movimiento de emancipación, su orientación cada vez más radical incita a las potencias imperialistas a un uso creciente de la fuerza. Por otro lado la coyuntura se presta a iniciativas represivas contra dicho movimiento. El « pacifismo » de los soviéticos, el conflicto ruso-chino, la dislocación del bloque oriental y el egocentrismo cada día más acusado de los Estados no capitalistas (vulgarmente llamados « socialistas »), ofrecía múltiples posibilidades a la diplomacia imperialista. La correlación de fuerzas como consecuencia de todo esto se ha vuelto mucho más favorable al campo occidental.

En fin, fenómeno más complejo y cuyo análisis no podemos abordar aquí, el movimiento obrero pasa en Europa por uno de sus momentos de reflujo más graves, y esto hace que la oposición interna no represente un grave estorbo para los Estados capitalistas en su ofensiva.

EL MOVIMIENTO DE EMANCIPACION COLONIAL

La II guerra mundial fué seguida por el avance vigoroso del movimiento de emancipación colonial. En el espacio de 20 años el colonialismo clásico ha desaparecido en gran parte y sus últimos reductos, o sufren ya los embates de la lucha anticolonial (p. ej., las colonias portuguesas en Africa), o presentan los síntomas precursores inconfundibles que preceden a tal lucha (v. gr. ; Africa del Sur, Rodesia).

Verdad es, sin embargo, que las conquistas reales logradas por los pueblos coloniales en esta acometida han sido a menudo bastante limitadas y frecuentemente más formales que reales. Con la capacidad de adaptación que le caracteriza, el capitalismo ha sabido en muchas ocasiones batirse en retirada con inteligencia haciendo concesiones más aparentes que efectivas. A menudo el poder del capitalismo imperialista ha salido casi incólume cediendo el poder político y administrativo (al mismo tiempo que una fracción del « pastel » de los beneficios) a la burguesía nacional y clases aliadas y emparentadas con ella (terratenientes, feudales, etc.). Esta clase (o la coalición por ella encabezada) después de buscar durante un período, contra el imperialismo, apoyo en las masas populares y en los países comunistas (Bandung), se ha vuelto más razonable decidiéndose a contener a dichas masas (empeñadas en proseguir un avance que la barrería) y buscando para ello un compromiso con el imperialismo, cuando no su amparo, sin renunciar (puesto que no ha habido necesidad casi nunca) a la ayuda de los países comunistas⁽¹⁾.

El capitalismo internacional ha sido consciente de las ventajas que entrañaba para él instaurar el neocolonialismo. Los yanquis que lo habían introducido con éxito en Latinoamérica tiempo ha, y que por medio de él, pensaban desplazar en los otros continentes a los viejos colonialistas europeos, fueron uno de sus entusiastas promotores. De Gaulle respondiendo con la intuición que le es propia a las necesidades de los sectores más avanzados del capital francés ha tomado la iniciativa de su instauración a gran escala en la mayor parte de las antiguas colonias francesas en Africa. En Inglaterra tal solución a las dificultades del imperialismo ha sido a veces la obra ...del Labour Party. Con tal procedimiento el imperialismo ha logrado obtener un cierto reposo en amplias zonas : India, Persia, la mayor parte de Africa, etc.

(1) En ciertos casos la burguesía nacional demasiado corrompida o comprometida no ha podido establecer su dominación de manera firme. Determinadas capas de la pequeña burguesía han reemplazado total o parcialmente a la burguesía nacional adoptando y promoviendo modelos de capitalismo de Estado (Egipto es un caso típico pero clases y estructuras de tipo análogo han aparecido en otros países igualmente : Guinea, Malí, Ghana, etc.). La actitud de tales capas ha sido a menudo más dinámica y radical disputando al imperialismo más enérgicamente el reparto de beneficios. La vocación parasitaria y explotadora de tales capas, no obstante, acaba por obligarlas a buscar un compromiso con el mismo y a oponerse a las masas populares cuya situación entre tanto no ha conocido mejoras sensibles. Su « socialismo » tiende así a integrarse en el sistema capitalista internacional, a constituir un apéndice del mismo, a formar parte de las estructuras neocolonialistas.

Pero la lucha anticolonial no ha sido siempre, ni mucho menos, estéril. En repetidas ocasiones hemos asistido a la transmutación de la revolución colonial en una revolución de orientación anticapitalista y socialista (el célebre proceso de la revolución permanente). En China, en Corea del Norte, en el Norte del Vietnam, en Cuba, la lucha contra el imperialismo ha llevado a la ruptura con la economía capitalista internacional, a la liquidación en lo esencial del modo de producción capitalista en dichos países.

En casi todos los casos la expulsión de la administración colonial se ha acompañado de mutaciones más o menos profundas, más o menos importantes: toma de conciencia (aunque sea confusa y parcial) por las masas de sus aspiraciones y ruptura de su inercia, industrialización que por escasa que sea modifica la correlación de las fuerzas económicas y sociales, desprestigio de las ideologías tradicionales acompañado en ocasiones de tentativas de laicización de la sociedad, etc. De tal modo que la situación no se ha sosegado sino aparentemente y que la fermentación prosigue en lo hondo cuando no a la vista. Y los problemas se plantean a un nivel más avanzado por lo mismo que toda una serie de paliativos neocolonialistas van siendo agotados.

Añadamos las repercusiones que las luchas de las masas africanas y asiáticas han tenido sobre los pueblos sometidos a situaciones de dominación análoga (especialmente en Latinoamérica) y sobre las poblaciones no blancas de otros lugares. La toma de conciencia de los negros en EE. UU. se ha visto vivamente impulsada por dichas luchas y este problema es hoy sin duda uno de los más difíciles de resolver para la sociedad capitalista americana. Sus vínculos con el problema colonial, con la guerra de Vietnam, con el sistema íntegro del capitalismo son cada vez más difíciles de disimular. Y el efecto irritante que tal cuestión ejerce a su vez sobre los afroasiáticos embaraza y entorpece a la política internacional yanqui.

En conjunto, pues, en un sitio o en otro, de manera continua o intermitente, el imperialismo ha de hacer frente a la presión permanente de esa masa humana, la más explotada y miserable, que sigue siendo una de sus fuentes de ingreso más saneadas y que constituye a menudo incluso una compensación de las «pérdidas» en «gastos sociales» que el capitalismo consiente en las metrópolis para engatusar a la masa de empleados pequeño-burgueses en ellas concentrada y aún a ciertas capas obreras. Y el imperialismo observa con inquietud que la revolución colonial a medida que apura las etapas neocoloniales tiende a orientarse cada vez más claramente en un sentido anticapitalista. El ejemplo de las revoluciones rusa, china, cubana tiende cada vez más a inspirar a las masas hambrientas de Latinoamérica, Asia y África.

Ante tal evolución las recetas relativamente liberales (de tipo kennedista, p. ej.) pierden prestigio en el campo de los opresores. La fórmula del «palo y tente tieso» seduce como la más radical y defini-

tiva. Los organismos de represión del imperialismo (Pentágono, C.I.A., etc.) para quienes tal fórmula es casi su razón de ser la preconizan abiertamente.

Un factor nuevo ha venido a reforzar tal actitud y a hacer aceptar tal política por gran parte de la opinión pública de los países imperialistas, y es que puede llevarse a cabo con la mayor impunidad. La coexistencia pacífica buscada por los dirigentes soviéticos con tanto denuedo está demostrando en la práctica engendrar exactamente lo contrario de lo que pretendía obtener, está demostrando nutrir el vientre donde se está gestando el belicismo más agresivo. La mueca de la violencia fascista se perfila cada vez más patentemente tras la sonrisa electoral del presidente Johnson.

DEL PACIFISMO JRUSCHOVIANO AL CONFLICTO RUSO-CHINO

El jruschovismo es indudablemente en política internacional el hijo legítimo y natural del estalinismo. Pero esto no debe ser motivo para olvidar sus caracteres propios. El jruschovismo responde a la necesidad de promover una distensión en las relaciones entre los dirigentes y el pueblo. Los sucesores de Stalin se ven obligados a tener en cuenta las necesidades de las masas populares de la U.R.S.S. El aumento del nivel de vida no puede conseguirse sin poner un freno a los fabulosos gastos militares de todo tipo ; la guerra fría es un elemento de desorganización en la economía soviética. Por ello el XX Congreso se acompaña de claras tendencias conciliadoras en política internacional. A partir del XXII Congreso la propaganda se concentra sobre una cierta « coexistencia pacífica ».

La « distensión » es la palabra clave en esta búsqueda por parte de la burocracia soviética de un nuevo equilibrio que consolide sus posiciones : distensión en el interior de la U.R.S.S. frente a las masas (pero conservando el control de la situación, lo que obliga a tirar periódicamente de la brida a los obreros, a los intelectuales, a la juventud...), distensión frente a los otros países del Este sometidos hasta entonces a la férula de Stalin y que manifiestamente la soportaban muy mal, distensión frente a las potencias capitalistas. Las concesiones aceptadas para avanzar por este camino son a menudo contradictorias y contienen virtualmente múltiples conflictos ; entre otros el de querer calmar a los enemigos sin provocar los recelos de los aliados.

Las relaciones ruso-chinas mejoradas en una primera fase (por la liquidación de toda una serie de abusos en cuestiones como las « sociedades mixtas », los « intercambios comerciales », etc., por la ayuda técnica y económica a China...) van a empeorar sin cesar en el período que sigue. Los compromisos de los rusos con los E.E.UU. (en particular en cuestiones como el armamento atómico) se hacen sin consultar (cuando no dejando pura y simplemente a un lado) a los chinos. La

ayuda al Tercer Mundo realizada siguiendo los criterios diplomáticos soviéticos sirve casi siempre para reforzar a las burguesías nacionales en los países subdesarrollados. La actitud conciliante de los rusos en numerosos conflictos internacionales (crisis del Caribe, Medio Oriente, Congo) alarman vivamente a los chinos amenazados por los norteamericanos y enfrentados con ellos en distintos puntos (Taiwan, Corea, etc.). Para colmo la distensión preconizada por los rusos tanto en política interior como exterior coincide con el período en China del « salto adelante » — período de movilización y encuadramiento casi militar de las masas — agudizando sus divergencias de criterio.

La disputa entre la China y la U.R.S.S. comienza así, primero veladamente y luego públicamente. La crítica por los chinos de la práctica y la teoría de la coexistencia pacífica llega a impregnar su política de una innegable tonalidad izquierdista ; los chinos se van a hacer defensores de ciertas « tradiciones leninistas » olvidadas por el movimiento comunista. Pero los motivos de índole nacional, el egocentrismo nacionalista no sólo no está ausente en su actitud sino que de hecho ha ido adquiriendo un peso creciente⁽²⁾.

El conflicto ruso-chino había sido la primera polémica que conocía el movimiento comunista sobre estrategia y táctica internacionales desde hacía casi ya 40 años. Pero ni la burocracia rusa ni la burocracia china estaban en condiciones de plantear tal problema a su verdadera altura, en sus verdaderas raíces ; y esto por su propia naturaleza, por ser ellas en realidad un subproducto del camino extraviado seguido por la revolución mundial, por ser de hecho el resultado y el resumen

(2) Esto se echa de ver ya en el momento de la intervención francesa en el Gabón. Su distinción entre los imperialistas malos que les asedian a las puertas (los yanquis) y los imperialistas buenos alejados y dispuestos a reconocerles diplomáticamente (Francia) justifica a su entender una actitud circunspecta. Por la misma época los problemas de fronteras entre la U.R.S.S. y China son planteados en un estilo eminentemente nacionalista. En fin su política en el Tercer Mundo sabe olvidar los principios revolucionarios en los momentos adecuados, cuando motivos diplomáticos lo exigen : reconocimiento inmediato de Bumedien, apoyo al reaccionario Ayub Khan de Pakistán en litigios de fronteras de carácter nacionalista, que sirven tan sólo para distraer a las masas — pakistaníes e indias — de sus graves problemas, actitud complaciente hacia el P.C. indonesio, prochino en sentido izquierdista en las discusiones entre los diversos partidos comunistas pero prochino en sentido derechista en la colaboración con el Hermano Sukarno y la burguesía indonesia con los resultados que ya conocemos.

contradictorio de las contradicciones surgidas en su marcha⁽³⁾.

Las divergencias ruso-chinas han abierto ciertamente los ojos de muchos militantes que han descubierto que los intereses de los Estados de origen revolucionario y los de la Revolución no se confunden. Pero dado el carácter de la disputa entre las burocracias nacionales de los Estados más importantes del llamado « mundo socialista » y su imposibilidad de plantear los problemas de un modo revolucionario, la consecuencia principal del conflicto ha sido la de liberar todos los egoísmos nacionales, que durante la época estaliniana quedaban enmascarados bajo el pretendido « monolitismo », que no era sino la subordinación de todos ellos al egoísmo del más fuerte. En reacción al egocentrismo nacional que los rusos habían hecho pesar sobre el bloque comunista durante tanto tiempo tiende así a brotar un egocentrismo nacional a la escala de cada país (U.R.R.S., Yugoslavia, China, Rumanía,...) que disloca la política exterior del bloque oriental. De este modo el problema de una estrategia global revolucionaria, que el estalinismo y el egoísmo de la burocracia soviética habían ya viciado profundamente, sigue lejos de encontrar una solución al calor del conflicto ruso-chino. La subordinación al servicio de su política exterior, que tales Estados imponen a los movimientos revolucionarios, como condición para recibir su apoyo equívoco, determina hoy que la rivalidad entre los Estados ruso y chino tienda a manifestarse dentro de dicho movimiento en luchas intestinas absolutamente artificiales y sin sentido, aportando un factor suplementario de división y debilitamiento que refuerza el constituido ya por dicha subordinación. La experiencia ha demostrado que los lazos entre el movimiento revolucionario y los Estados que han abolido el capitalismo se erigen por una dialéctica compleja y están impregnados por mil ambigüedades y contradicciones que ofrecen mil fisuras utilizables por el imperialismo.

La construcción del socialismo como una empresa promovida por el Estado y su burocracia (« en un solo país » primero, « en cada país por su lado » luego) no solo había de desnaturalizar dicha empresa sino que había también de vincularla estrechamente al *Estado nacional*. Tal Estado era el instrumento social fundamental del poder y de la acción del estrato dirigente (« la burocracia »). El fortalecimiento de tal Estado, la exaltación para ello del nacionalismo eran consecuencias inevitables y representan aspectos importantes del fenómeno estalinista.

(3) El egocentrismo nacional de los Estados no capitalistas no concuerda evidentemente con esa versión idílica sobre el carácter socialista de dichas sociedades, sobre el carácter proletario del Poder instaurado en ellas (los « Estados obreros »). El carácter bastardo, aberrante y contradictorio del modo de producción que impera en los países del Este se pone de manifiesto una vez más en la política exterior de dichos Estados, en su actitud ambigua hacia la revolución extramuros.

La expansión de la revolución y la disolución del capitalismo fuera de la U.R.S.S. iba a tener lugar sobre la misma base burocrático-estatal. Pero los Estados y burocracias subordinados así aparecidos tendían por su propia lógica interna a afirmarse frente al Estado burocrático primigenio, cuya burocracia a su vez se esforzaba en acrecentar sus privilegios y su posición dominadora proyectándola extramuros. De este modo la primera crisis que la expansión revolucionaria iba a provocar en el seno del estalinismo toma un carácter de enfrentamiento nacional (U.R.S.S. - Yugoslavia, U.R.S.S. - China).

La maraña de interrelaciones y contradicciones que surgen de la combinación, economía colectivizada — Estado burocrático — confinamiento nacional, en que el avance revolucionario hacia el socialismo se encuentra detenido y estancado, constituyen un problema complejo que ni los dirigentes soviéticos ni los dirigentes chinos desean plantear pues al hacerlo pondrían sobre el tapete el de su propia condición de estrato social dirigente y privilegiado, el de los aspectos retrógrados inherentes a tal situación y condición. Por su naturaleza íntima los tales Estados burocráticos nacionales presentan una dinámica propia que no sólo no se confunde sino que incluso llega a contrariar la dinámica internacional revolucionaria de la que forman, no obstante, parte constituyente.

PAX AMERICANA

El imperialismo ha recurrido siempre a la violencia. Y el imperialismo americano, pese a sus pruritos neocolonialistas, tanto como cualquier otro. No obstante, un uso más sistemático y decidido de la intervención diplomática, militar, paramilitar (servicios secretos, etc.) o mixta se hace notar después del asesinato de Kennedy.

Mr Thomas C. Mann, secretario de Estado adjunto para los asuntos interamericanos manifestaba sus intenciones a principios del '64 (New York Times, 20 de Marzo) de sostener « el crecimiento económico de la región » (Latinoamérica) y de proteger los 9 mil millones de dólares allí invertidos dejando de perseguir a las juntas militares proyanquis.

El 1 de Abril de 1964 las buenas intenciones de Mr. T.C. Mann empezaban a ponerse en práctica. Un golpe militar reaccionario cortaba bruscamente la agitación creciente del Brasil, donde el ejemplo cubano inspiraba la acción de las « Ligas campesinas » de Francisco Julião y donde el movimiento reivindicativo parecía que iba a sumergir a los sectores de la burguesía nacional encabezados por Quadros y Goulart. El « camarada » Prestes y el P.C. brasileño por él dirigido, jruschovianos hasta la médula, tercos defensores de una especificidad brasileña que hacía inaplicable la experiencia de Fidel Castro al Brasil donde existía una « vía constitucional », eran barridos al mismo tiempo.

La contrarrevolución brasileña fomentada por la diplomacia yanqui era seguida de una inflexibilidad creciente en su política exterior y de

un intervencionismo cada vez más descarado. La invasión, con un pretexto fútil, de la República Dominicana el pasado año es un ejemplo particularmente escandaloso. Tales hazañas después de tantas cartas de Naciones Unidas y otras prédicas parecían desterradas de las costumbres internacionales; la experiencia pone aquí en evidencia el valor tan limitado de las declaraciones y « gestos de buena voluntad » del imperialismo, que no sirven sino para disimular pérfidamente sus iniquidades.

La intromisión directa y creciente de los yanquis en los asuntos latinoamericanos refleja su inquietud ante la fermentación que tiene lugar en el continente y que los gobiernos-títeres del lugar son incapaces de contener: existen guerrillas en Venezuela, Guatemala, Colombia, Ecuador, Perú..., una agitación grave y casi endémica en Bolivia, e inestabilidad en casi todos los demás países incluido el Uruguay, la « Suiza americana ». Ante tal evolución su voluntad es la de intensificar su intervención militar en todos los casos necesarios y su mayor preocupación en la última reunión de la O.E.A. (Organización de Estados Americanos, la Santa Alianza del continente) era la de disimularlas y hacerlas aceptar como las de una fuerza armada dependiendo de la tal O.E.A.

Tales procedimientos, como la propia experiencia dominicana demuestra, andan lejos de dar los resultados esperados. La intromisión descarada y cínica de los yanquis en dichos países provoca lo más a menudo — sobre todo en el contexto internacional actual — una radicalización de las masas. Sto Domingo ha entrado así en una verdadera efervescencia prerrevolucionaria. Aún en aquellos casos en que las soluciones imperialistas triunfan, como en el Brasil, es difícil creer que en la época actual puedan tener validez largo tiempo y crear una situación estable.

Pero el intervencionismo de las E.E.U.U. no se limita a dicho Continente, su coto cerrado. Convertidos en la potencia imperialista más poderosa, los Estados Unidos tienen que reemplazar en la represión a las potencias que han desplazado y cuyos intereses han heredado. De tal modo que hemos visto a los americanos, p. ej., hasta entonces tan reacios a inmiscuirse en los apuros políticos del colonialismo europeo en Africa, coaligarse con los belgas en el Congo, para cortar el avance de los rebeldes, organizando una caritativa intervención aerotransportada para salvar todo ese mundillo tan generoso de colonos, misioneros y grandes empresas⁽⁴⁾.

Pero la zona que más retiene la atención de los americanos junto con Latinoamérica es sin duda el sudeste asiático. La inestabilidad del

(4) Sobre la bondad de los misioneros blancos nos informa un sacerdote (Calilé Ndagayabwa, un negro, claro) en « La Gauche » — semanario belga, 27 de Nov. 1965, pag 4 — ; Con decir que en algunos lugares la más grave injuria de un negro a otro es la de « eres tan malo como un Padre »... !

Vietnam puede en efecto comprometer toda esta zona que ha conocido ya en varias ocasiones la agitación y la lucha guerrillera (Filipinas, Malasia, y más recientemente Tailandia). En Indonesia hasta el reciente golpe militar reaccionario (inspirado probablemente por la C.I.A. y urdido, según parece, con anterioridad al del 30 de Septiembre que pretendía quizás impedir y desbaratar aquél) se encontraba el partido comunista más fuerte del mundo capitalista. Tal perspectiva en las cercanías de la India hundida en la más espantosa miseria, que conoce actualmente un nuevo período de hambre, asusta con razón al imperalismo anglosajón.

Los yanquis han tenido que reemplazar en el avispero indochino a los franceses. Estos salieron — malparados — del atoladero gracias a los acuerdos de Ginebra que estipulaban entre otras cosas la reunificación del Vietnam después de elecciones libres en 1956. De tales elecciones ninguno de los peleles imperialistas que gobernaron en Vietnam del Sur después de dichos acuerdos quería oír hablar. Bao Dai (profrancés) primero, Diem (proamericano) luego no lograron mantenerse sino por la violencia. Finalmente la oposición, después de un largo calvario de persecuciones, decidió, encabezada por los comunistas, pasar a la resistencia armada. El F.N.L. se constituyó en 1960; cuatro años después controlaba las tres cuartas partes del territorio que organizaba y administraba. Mientras tanto el descontento popular con la participación destacada de los budistas acaba con el poder de Diem. Las camarillas militares se suceden en el poder, que cambia de manos continuamente y no cesa de desprestigiarse: la autoridad del gobierno de Saigón se desmorona. Los americanos se van a encontrar prácticamente solos en la tarea de defender una «democracia» hacia la que los vietnamitas se muestran en el mejor de los casos indiferentes (los batallones del Vietnam del Sur, p. ej., se ven diezmos por las desertiones).

Los yanquis se lanzan así a una espantosa guerra de exterminio en que no se regatean medios — del napalm y las bombas a los herbicidas — para destruir a los guerrilleros y junto con ellos a las masas campesinas, al ganado y hasta las cosechas. Tales horrores no pareciendo suficientes para amedrentar al heroico pueblo vietnamita, los Estados Unidos burlándose de la más elemental moral internacional deciden, sin declaración de guerra previa, bombardear un Estado soberano e independiente, el Vietnam del Norte, iniciando su tristemente célebre «escalada».

La gravedad de la situación así creada no es ignorada por nadie. Los yanquis consideran que su insolencia y brutalidad pueden disuadir a otros (en Asia, Africa, o Latinoamérica) de seguir el mismo camino y lanzarse a la lucha guerrillera, pero al mismo tiempo, su iniciativa es una amenaza directa a todo país comunista que pueda simpatizar con tales movimientos. A través del Vietnam los americanos se encaran hoy con China — mañana podría tocarle el turno a Cuba, etc. — y

tratan al mismo tiempo de explotar las divergencias ruso-chinas y la pusilanimidad de los soviéticos para mantener a éstos alejados del conflicto⁽⁵⁾. De hecho éstos con su actitud moderada y moderadora agravan la situación, permitiendo a los americanos ensoberbecerse y provocando un desplazamiento del equilibrio de fuerzas en favor del imperialismo. La insuficiencia de la defensa aérea vietnamita (los cohetes tierra-aire, « infalibles » para este menester, no han hecho sino escasas apariciones) ha estimulado la agresividad americana y les ha inducido a creer que prosiguiendo su escalada podrían acogotar al Vietnam (inútil insistir sobre las sufrimientos que tal escalada ha reportado a los vietnamitas y de los que los soviéticos tienen una responsabilidad indirecta). Pero ocurre además que en la medida en que esta escalada se prosigue o se mantiene, la intervención de los rusos — que no pueden, sin desprestigiarse totalmente, abandonar a su suerte al Vietnam frente a los yanquis, — corre peligro de tener lugar en un momento en que el nivel y la violencia de la lucha serán aún mayores, comprometiéndose así de hecho mucho más seriamente que lo hubiesen hecho en los comienzos del enfrentamiento. Uno no puede menos que sentir escalofríos, cuando piensa que el uso de las bombas atómicas contra el Vietnam o China, ha sido preconizado abiertamente por los sectores americanos más extremistas.

Los esfuerzos de los soviéticos para mantenerse alejados del embrollo están resultando vanos por causa de la misma agresividad americana y a pesar de su empeño en rehuir sus responsabilidades. Su diplomacia, aunque camuflándolo con múltiples protestas y declaraciones verbales, ha buscado — y busca — esencialmente promover un arreglo aceptable para ambas partes, acompañado de concesiones por un lado y otro, afín de acabar con tal foco de tensiones, a fin de liquidar su influencia nefasta sobre sus relaciones con el Oeste, como si una paz estable pudiese ser construída en el Sudeste asiático sobre tales bases. La experiencia de los acuerdos de Ginebra ha puesto de manifiesto que sólo la expulsión de los imperialistas permitía restablecer un equilibrio (sea por instauración de un gobierno comunista como en el Vietnam del Norte, sea por instauración de un gobierno celosamente neutralista como en Cambodia). Que un arreglo del tipo sugerido tácitamente por los soviéticos llegue a ser una necesidad para las fuerzas revolucionarias vietnamitas, terriblemente maltratadas, es muy posible. Pero creer que tal arreglo pueda tener carácter definitivo, sin que la

(5) La diplomacia americana ha tendido a apoyarse a fondo en la posibilidad de disociar rusos y chinos. Las acusaciones más violentas y todo el condicionamiento histórico son dirigidos hoy contra la China — peligro rojo y amarillo reunidos — mientras se insinúa por lo bajo a los soviéticos la posibilidad de reducir la presión ejercida sobre ellos si saben abstenerse de incitar a la revolución en el coto imperialista, si saben respetar el *statu quo*.

voluntad del pueblo vietnamita pueda imponerse en lo esencial, es olvidar que dicho pueblo combate con terquedad por lograrlo desde hace más de 20 años. Y entre sus aspiraciones mínimas hay que contar con el deseo de una transformación social y política profunda de dicho país y con el de la liquidación de la presencia imperialista, sobre todo militar.

Todos estos factores contradictorios — su deseo de escabullirse, las maneras insolentes de los americanos, el heroísmo terco de los vietnamitas, la utilización de la situación contra los rusos por los chinos — sumen a la diplomacia soviética en una especie de estupor frente a la boa yanqui del que no parece que pueda sacarlos sino la propia brutalidad de los norteamericanos y las amenazas que entraña para el Estado soviético mismo, para su prestigio e influencia.

La actitud de los chinos está dictada por otras preocupaciones. Para los dirigentes chinos es primordial romper el cerco imperialista y escapar al aislamiento diplomático. En consecuencia todo compromiso sobre las bases del *satu quo* es inaceptable. En la medida en que el movimiento revolucionario labora en este sentido, sea arrancándole de sus posiciones a las puertas de China al imperialismo, sea obligándole a desperdigar sus fuerzas entre múltiples focos, el movimiento revolucionario tiene el apoyo chino. En la medida en que la ruptura del cerco y del aislamiento puede obtenerse con medidas oportunistas (en Indonesia, p. ej.) éstas tienen su benevolencia e incluso su bendición. Cuando tales fines pueden alcanzarse apoyando diplomática o militarmente un régimen reaccionario (Bumedien en Argelia, Ayub Khan en el conflicto indo-pakistani) se recurre imperturbable a tales procedimientos.

Tal actitud determina el que, por ejemplo, la propaganda china (y su prolongación, la de los grupos pro-chinos) esté enfocada esencialmente sobre el doble tema de « frente unido anti-imperialista » y « alianza con la burguesía nacional » (aún en ocasiones tan inoportunas como el golpe reaccionario en el Brasil, donde sólo desbordando a la vacilante « burguesía nacional » era posible hacer frente al *putsch*). El izquierdismo de la burocracia china es así eminentemente « coyuntural » y toda supeditación del movimiento revolucionario a sus intereses contiene virtualmente la repetición tan desastrosa de la propia experiencia de los chinos frente a Stalin, o sin ir tan lejos la del movimiento obrero español en los años 30.

Todo ello obliga a los vietnamitas a hacer verdaderos prodigios de acrobacia política y diplomática, afín de obtener la mayor ayuda de rusos y chinos. Sus muestras de afección y agradecimiento son dosificadas cuidadosamente: los vietnamitas se apoyan en los unos para sacar lo más posible a los otros, y tratan — lo que es perfectamente justo y laudable — de obtener de ambos más de lo que ninguno daría espontáneamente, de hacer a unos y otros, dentro de sus posibilidades y debilidad, el mínimo de concesiones. En este sentido, los vietnamitas inician una experiencia que hemos de ver quizá prose-

guida y profundizada por otros movimientos revolucionarios del « Tercer Mundo ». Y las fuerzas revolucionarias internacionales deben apoyarla, denunciando inexorablemente todo intento de los Estados « comunistas » de escabullirse, de regatear su ayuda, de tergiversar en sus relaciones con los movimientos revolucionarios.

Como podía esperarse, la actitud de las otras potencias imperialistas en relación con la creciente agresividad americana ha sido de consentimiento cuando no de complacencia. Pero la resistencia tenaz de los vietnamitas, su firmeza y decisión han logrado enfriar no poco los ánimos de los occidentales. Ocurre que la intervención de los norteamericanos, con todo su derroche de medios anda lejos de resolver la situación y que ésta se agrava pese a ella y quizás incluso a causa de ella. El peligro de ver extendido el conflicto allende las fronteras, a Laos, Cambodiaa, Siam aumenta cada día. El peligro de ver tal intervención provocar la agitación y la hostilidad hacia norteamericanos y europeos en los países circundantes, en Asia y Africa en general, preocupa a la diplomacia europea, e incita incluso a ciertos sectores a insinuarse en favor de un compromiso y del restablecimiento de la paz (la actitud del Papa es harto significativa). La petición de los yanquis a sus aliados, de aportar su « tributo de sangre », no ha provocado ningún entusiasmo. Solo los australianos y los neozelandeses (aparte de gobiernos títeres como el de Corea del Sur), más directamente afectados por el conflicto, han aceptado participar en el mismo — de modo limitado y casi puramente simbólico — a su lado.

Como puede verse, el argumento más eficaz, para hacer razonables y comprensivos a los imperialistas, sigue siendo la resistencia y oposición a los mismos (manifiesta o latente). Es el miedo a ver encrespase las masas humanas de los países coloniales, a ver salir de su pasividad a las de las metrópolis, es este temor, el que contiene dentro de ciertos límites la ofensiva imperialista, lo que impide que ésta desborde en una agresión atómica. La lucha encarnizada y heroica del pequeño pueblo vietnamita pone así en brete a la más poderosa potencia imperialista, cada día más desconcertada, obliga a la U.R.R.S., contra sus deseos, a encararse con ella, destruye el equilibrio paralizador y conservador que tendía a establecerse entre las grandes potencias y da un nuevo impulso a la dinámica revolucionaria de nuestro siglo.

LA PAZ Y LA REVOLUCION

La experiencia concreta de estos años ha demostrado pues perentoriamente que la paz mundial no puede ser preservada por una política de mantenimiento de un equilibrio basado en el reparto en zonas de influencia y en el monopolio atómico, por una política de concesiones y repliegue al servicio del statu quo, por esa política que los soviéticos califican de « coexistencia pacífica ».

Nada puede contener el movimiento revolucionario de las masas de los países coloniales y semicoloniales, masas para quien la lucha contra el imperialismo es casi siempre el único procedimiento de obtener las condiciones mínimas para subsistir, es una cuestión de vida o muerte.

Toda defensa de la paz que prescindiera de este hecho es irrealista, ignora la dinámica propia de la actual situación histórica, y está condenada a la ineficacia. Puede incluso, fomentando en los que participan en ella la ilusión de que su acción preserva la paz, entreteniéndola en una lucha ineficaz sus energías, debilitar la verdadera defensa de la paz, facilitar el desarrollo de situaciones que nos ponen al borde de una guerra mundial generalizada (como la actual en Vietnam).

Pero además una defensa de la paz sobre tales bases es reaccionaria, por pretender, de hecho, substituir la dinámica histórica por la congelación de la situación, por desembocar en el deseo de frenar el movimiento de emancipación de la fracción más numerosa de la humanidad. Con tal actitud se consigue en realidad tan sólo modificar la correlación de fuerzas internacionales en favor de los imperialistas estimulando su agresividad y belicismo.

A largo plazo la liquidación del imperialismo es la única manera de acabar con sus agresiones e intervención en los demás países; a corto plazo su neutralización es el único modo de impedir que las «pequeñas guerras», producidas por su labor de obstrucción del movimiento de emancipación colonial, engendren las grandes. Es decir que no se puede, sin caer en el utopismo pequeño-burgués, concebir la paz como un equilibrio estático de preservación del statu quo. La lucha por la paz no puede ser disociada del desarrollo dinámico anti-imperialista, ha de insertarse en él.

Pero ocurre además, que tampoco la cuestión de la seguridad de los Estados no capitalistas puede ser resuelto al margen de este problema, en la ignorancia del imperialismo. Lo contradicción entre estos Estados y el sistema capitalista subsistiría aún cuando tales Estados se esforzasen en suprimir todo lazo con el proceso de la Revolución Mundial extramuros. Su modo de producción, aunque no sea un modo de producción socialista, representa ya, en cierto modo, una forma, bien que torpe e insuficiente, de negación del sistema capitalista, de superación de sus contradicciones⁽⁶⁾. Su presencia es y será por ello un desafío

(6) Las relaciones de producción socialistas implican a nuestro entender el derecho de los productores-propietarios a disponer de los medios de producción, es decir, a realizar ellos mismos o sus representantes elegidos democráticamente la organización de la producción. La colectivización de la propiedad de los medios de producción en los Estados no capitalistas no ha creado de hecho tales relaciones de producción. No obstante tal colectivización ha representado un paso adelante en la superación del antagonismo entre el carácter privado de la apropiación (derivado de la propiedad privada de los medios de producción) y el carácter social de la producción,

y una amenaza permanente al mismo, a las clases capitalistas que lo animan, que ven en su ejemplo una invitación licenciosa e intolerable a desposeerlos.

La seguridad de tales Estados aparece por ello ligada a la correlación entre las fuerzas imperialistas y antiimperialistas. Si bien es verdad que el crecimiento cuantitativo y cualitativo de éstas últimas — en un sentido socialista — compromete al mismo tiempo tales regímenes, por cuanto que el modo de producción socialista « *strictu sensu* », implica la negación y superación, igualmente, de ese modo de producción bastardo e intermedio, suprimiendo las clases y sectores que privilegiados en esa fase intermedia se esfuerzan en prolongarla y defenderla⁽⁷⁾.

La seguridad de tales Estados, y todavía menos la paz, no pueden, pues, ser asegurados ni por meros acuerdos entre grandes potencias ni mantenida como una partida de mus entre bravucones.

La paz no puede ser preservada de modo durable y eficaz sino por la resistencia más o menos consciente, más o menos oscura, más o menos manifiesta de las masas a la guerra. Pero al mismo tiempo esta resistencia es función del desarrollo de su conciencia, desarrollo que trae o facilita inevitablemente su movilización de modo paralelo contra el imperialismo, contra sus guerras, hacia el socialismo. De modo que una vez más hemos de admitir que en la realidad social de nuestro tiempo la defensa de la paz, la lucha contra el imperialismo, la aspiración de marchar hacia el socialismo están íntimamente vinculadas y no forman sino tres aspectos de un movimiento más general: la toma de conciencia de los hombres, su marcha hacia el socialismo.

Saber luchar ligando estos tres aspectos, impulsar cada uno apoyándose en la experiencia adquirida por las masas en el terreno de los otros es la tarea de las fuerzas revolucionarias y es la única manera efectiva de conseguir un avance real en los tres sentidos.

Impulsar y profundizar la lucha imperialista en los países coloniales y semicoloniales es el primer recurso para debilitar la ofensiva

antagonismo característico del capitalismo, sin resolver, empero, totalmente, sin superar completamente dicho antagonismo. Este subsiste parcialmente, transformado en antagonismo entre por un lado el carácter social de la producción y por otro lado el **monopolio de la gestión** por un estrato social, la supeditación de los productores a una **jerarquía tecnocrática**, monopolio y supeditación que engendran (o perpetúan) ciertos privilegios y formas de opresión y enajenación.

- (7) Es esto lo que hace que las ambigüedades de tales Estados hacia el movimiento revolucionario no puedan ser consideradas simplemente como meros desvíos subjetivos, como errores de apreciación para los que la terapéutica más eficaz sería razonar y convencer a los dirigentes; tales ambigüedades brotan de contradicciones objetivas con raíces históricas, sociales y económicas y las fuerzas reaccionarias que tales contradicciones entrañan han de ser denunciadas, combatidas; sólo así podrá ser contenida su acción nefasta.

belicista de los imperialistas. Impulsión y profundización que exigen cada vez más la coordinación entre las distintas fuerzas que pugnan en este sentido. Los obstáculos a tal coordinación son innegables y surgen de las propias contradicciones en el campo antiimperialista : heterogeneidad y diferencias de nivel de las luchas emprendidas en el « Tercer Mundo », heterogeneidad y diferencias entre los diversos sectores que participan en ellas, escasez de las fuerzas socialistas revolucionarias en el terreno metropolitano, egocentrismo y ambigüedades de la política de los Estados no capitalistas⁽⁸⁾...

Tal coordinación es sin embargo una necesidad apremiante, sobre todo en el terreno de la lucha armada : el potencial destructivo norteamericano hace que el único modo de reducir el terrible precio de sangre y sacrificios impuesto a las fuerzas revolucionarias por el imperialismo, sea el de ofrecer un amplio frente, el de combatirle en un area extensa simultáneamente. Una coordinación de la acción a escala continental o regional y al nivel que las luchas presentan en cada zona, sería ya un gran avance (las fuerzas revolucionarias latinoamericanas se plantean ya actualmente este problema). Un Vietnam de dimensiones continentales (Latinoamerica, p. ej.) representaría para el imperialismo yanqui un terrible problema. No sólo su potencial bélico perdería efi-

(8) Y este último hecho obliga, por ejemplo, a ser harto escéptico sobre la esperanza tan extendida y tan desmentida por la experiencia de ver a uno u otro de los Estados de origen revolucionario hacerse cargo desinteresadamente de esta tarea.

Ni aún en el caso de Cuba cabe hacerse ilusiones. Sin duda Cuba es hoy el Estado de origen revolucionario donde más mengüado es el poder de los elementos burocráticos, donde la lucha contra tales elementos aunque sorda y silenciosa se prosigue, donde el entronizamiento de los mismos no está aún realizado. Pero la debilidad de su economía y de su posición geográfica obligan al gobierno cubano a múltiples concesiones, sobre todo hacia la U.R.R.S. ; y esto incluso en política interior y en relación con el problema de la lucha antiburocrática.

Sus manifestaciones de independencia — cada vez menos frecuentes — no pueden pasar de ciertos límites sin encontrarse con la soga al cuello. Las divergencias entre Che Guevara y el gobierno cubano obedecen, sin duda, en gran parte a estas razones y traducen las divergencias entre los intereses revolucionarios y nacionales del Estado cubano, la pugna entre los elementos progresistas y burocráticos en su seno. Por todo ello si el Estado cubano puede contribuir a la coordinación e impulsión de las fuerzas revolucionarias en el ámbito latinoamericano, p. ej., es innegable que aparece en él, de modo cada vez más acusado, la tendencia a adaptar su política a su « situación » en el campo « socialista ». Las irresponsables declaraciones de Fidel últimamente, asimilando el movimiento trotskista y la República Popular China al imperialismo, son un síntoma inquietante que no augura nada bueno. Tal género de afirmaciones trae inevitablemente a la memoria el viejo lenguaje cínico y calumnioso del estalinismo y del neoestalinismo.

cacia al diluirse en tan extensa área sino que además las repercusiones en la metrópoli de unas operaciones militares tan desmesuradas serían profundas. La opinión americana, una fracción de la cual se ve ya turbada seriamente por las atrocidades de la guerra del Vietnam, y otra fracción de la cual (en particular los negros y los sectores más pobres de la población) va a ver afectada su situación y bienestar por los derroches de tal guerra, soportaría muy mal el ver multiplicados por 10, digamos, los 200.000 hombres puestos hoy en Vietnam y los 6.000 millones de dólares anuales que la guerra en dicho país absorbe actualmente (¡ unos mil millones de pesetas diarios !)(9).

Conviene subrayar aquí la importancia del movimiento de resistencia a las guerras imperialistas en las metrópolis y países aliados. Desarrollar tal movimiento debería ser una de las tareas fundamentales del movimiento obrero en los países industriales. Desgraciadamente, hay que reconocer que las organizaciones obreras — al menos las más importantes numéricamente —, o se encuentran integradas al capitalismo, encuadradas por sus servidores, convertidas en apéndices a su servicio (y esto es válido para todo el arco que va desde los sindicatos yanquis hasta la socialdemocracia europea, pasando por toda clase de sindicatos « libres », cristianos, etc.) o bien se han ido deslizando a caballo del estalinismo primero, de la coexistencia pacífica (y de la « democracia renovada ») luego, a posiciones manifiestamente oportunistas cuando no reformistas (véase en este mismo No el análisis, p. ej., de la situación francesa). En cuanto al célebre Movimiento de la Paz, la insignificancia de sus esfuerzos es simplemente escandalosa. Su autoidentidad, harto disminuída ya por su sectarismo, por sus lazos con el estalinismo, por su sometimiento a los intereses de Estado de la Unión Soviética, se ha visto prácticamente reducida a cero. El resultado es que la resistencia activa a la guerra del Vietnam es esencialmente la obra de grupos aislados, entre los que actúan ciertamente los militantes de extrema izquierda, pero entre los que abundan igualmente grupos con preocupaciones esencialmente pacíficas, humanitarias, democráticas.

Como consecuencia de esta situación la organización de la resistencia a la agresión imperialista y la defensa de la paz difícilmente pueden (salvo en ciertos núcleos) ser desarrolladas sobre la base de una toma de conciencia revolucionaria ya existente previamente (como pudo ocurrir en los años veinte en relación con la intervención de los occidentales contra los Soviets). De hecho, la situación es justamente la inversa, la conciencia de la gravedad del problema de la paz, de sus

(9) Datos dados por Le Monde, 12 Dic. 1965, que en el mismo número nos informa de la situación de hambre en que se encuentra la India. Dos días antes el mismo periódico nos hacía saber que según el director del Fondo de las Naciones Unidas para la infancia (UNICEF), 500 millones de niños se encontraban en estado de desnutrición en los países en vías de desarrollo. La absurdidad monstruosa del capitalismo aparece en estas cifras elocuentemente.

incidencias en la vida de todos es más bien uno de los factores que actúa en el sentido de permitir plantear ante los trabajadores la necesidad de ejercer su acción contra los monopolios, de combatir la política de los Estados que sirven de instrumento a éstos. (Lo que tampoco es una situación singular; recordemos el slogan bolchevique de «Tierra y Paz»).

Saber vincular tal problema con los otros problemas sociales engendrados por el capitalismo e insolubles dentro del cuadro por él establecido, con las luchas de los trabajadores en general puede representar por ello un modo eficaz de enfrentarse al capitalismo, que puede permitir cercenar su poder y limitar su capacidad de respuesta allende los mares en lo inmediato, que puede permitir constituir al mismo tiempo las bases de una toma de conciencia y de una movilización amplia de los trabajadores en la metrópoli, que puede contribuir de este modo a empujar al capitalismo hacia nuevas contradicciones, a minar su poderío. Y el mejor ejemplo quizás de las posibilidades que así pueden presentarse lo ofrecen los Estados Unidos mismos. La sociedad americana no había conocido desde hacía décadas un movimiento de oposición a sus estructuras tan significativo como el engendrado actualmente por la guerra del Vietnam y el problema negro combinados.

Los hombres se encuentran cada vez más gravemente confrontados con la necesidad de adueñarse de su propio destino y todos los mecanismos que hacen obstáculo en la marcha hacia esa meta deben ser denunciados infatigablemente. Poniéndolos en evidencia hemos de buscar la manera de soliviantar a las masas para que los quebranten. El peligro no reside en la energía atómica y el hombre puede sentirse orgulloso de haberla domesticado. El peligro estriba en quienes poseen la máquina del Estado, en el uso que quieren hacer de ella, en las estructuras sociales y económicas que se interponen entre los trabajadores y el Estado, y someten aquellos a éste, haciendo de ellos las víctimas de la historia en vez de los agentes conscientes de la misma.

Para adueñarse y quebrantar tales mecanismos, para conquistar el Estado y abrir de este modo paso a su disolución, paso a «una asociación en que el libre desarrollo de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos», la violencia de los oprimidos es el único recurso frente a la violencia de los opresores, sean del género que sean. La lucha por la Revolución, que es también lucha por la paz, no será, pues, una lucha pacífica. Pero la revolución con su cortejo de violencias será de cualquier modo menos dolorosa para la mayoría de los hombres que la perpetuación de las guerras, de la opresión, de la miseria. El dilema real es, o bien abreviar los sufrimientos inherentes a ella, abordándola con decisión e inteligencia, o bien esperar, sumidos en la perplejidad a que le llegue a cada uno su turno en estos tiempos de guerra permanente, con la perspectiva más o menos lejana, más o menos próxima, de un conflicto atómico.

Las elecciones presidenciales

(Análisis de las fuerzas políticas en presencia)

Publicamos a continuación un extenso fragmento del informe, que un grupo de militantes de la oposición del Partido Comunista francés editaron en Diciembre 1965. El análisis de la situación política francesa aquí realizado nos parece interesante, no sólo desde el punto de vista informativo, sino del teórico general.

Durante los siete años que siguieron a su subida al poder, De Gaulle ha justificado ampliamente la confianza que la burguesía había depositado en él, por su política, cuyos fundamentos esenciales van en el mismo sentido que las exigencias del desarrollo capitalista del país. Dejando a un lado algunos aspectos particularísimos de su política (secundarios en cierto modo, pero que desempeñan en la presente elección un papel esencial sobre el que insistiremos más adelante) toda su obra tenía como objetivo el sentar las bases de un desarrollo neocapitalista. El 4º plan, más riguroso y más vasto que los precedentes, pone de manifiesto una expansión de la « planificación elástica », que se inauguró durante la 4ª República ; cierto es que el 5º Plan muestra un retroceso a este respecto, pero que es debido a la incapacidad o a la negativa de una parte de la patronal a substituir la política deflacionista tradicional por un programa de inversiones a más largo plazo. La estabilización del franco y el restablecimiento financiero y presupuestario satisfacen a todos los hombres de negocios. El esfuerzo realizado para integrar políticamente al régimen a las organizaciones de la clase obrera ha dado resultados bastante afortunados (por ejemplo, los sindicatos en las comisiones del plan) ; la concentración técnica y financiera se ha acelerado en la industria, el comercio y la agricultura. La política atómica, al mismo tiempo que intenta asegurar un cierto porvenir energético, ha permitido alzar los vuelos a las industrias más modernas. Por último, al mismo tiempo que inauguraba la política llamada de descolonización, por sus tentativas en dirección del Tercer Mundo y por su esfuerzo inicial en hacer avanzar la construcción europea y de que en ella Francia desempeñara un papel importante, De Gaulle ha creado las bases sólidas de un neoimperialismo francés. Todo esto corresponde plenamente a las necesidades generales del desarrollo de la burguesía, o, lo que es lo mismo, a los intereses de las capas más dinámicas del gran capital (los « monopolios »). Esta política será proseguida, sin duda alguna, por los sucesores de De Gaulle, en la medida en que puedan, y naturalmente dentro del cuadro de las nuevas instituciones implantadas por De Gaulle y que nadie pretende reemplazar — o a lo sumo, mejorar (especialmente en lo que se refiere a las relaciones entre el presidente y la cámara de diputados).

¿ En qué podría consistir la intervención de las fuerzas obreras frente a la candidatura de De Gaulle y en el marco limitado de las instituciones del

régimen presidencial? La primera actitud consistiría en aceptar el sistema y sostener a un candidato que se integrara en él, pero esta posición conduciría inmediatamente a limitarse a contribuir al esfuerzo de las fuerzas burguesas para modificar y precisar el equilibrio interno de la sociedad dominada por dichas fuerzas — esto se traduciría en una renuncia a la autonomía y a las perspectivas para el futuro de las fuerzas políticas obreras. La segunda actitud, tendiente a presentar una verdadera candidatura obrera, que preparase las vías de la lucha por el socialismo, exigía de los partidos — y sindicatos — el plantear toda una serie de problemas esenciales :

- La elaboración y la defensa de un programa a corto plazo y de un programa a largo plazo ;
- La organización práctica de la luchas reales de los trabajadores ;
- La unidad real, en la acción y sobre objetivos amplios, de las organizaciones políticas y sobre todo sindicales del proletariado ;
- Los objetivos y los medios para la lucha contra el imperialismo ;
- Y en primer lugar una impregnación seria y profunda de la estructuras mismas del sistema político.

NINGUNA de estas condiciones fué cumplida. Ninguno de los candidatos pone en tela de juicio las estructuras del régimen presidencial, ni siquiera aquellos que por otro lado reprochan a De Gaulle su autoritarismo personal. De hecho, la elección se queda en un conflicto interno de la burguesía francesa (y mundial al mismo tiempo), donde cada candidatura representa un distinto matiz de orientación y gobierno del régimen burgués, que nadie impugna, NI SIQUIERA PARCIALMENTE.

LAS FUERZAS EN PRESENCIA Y SUS OPOSICIONES

Este conflicto interno, en nuestra manera de ver, gira sobre todo en torno al problema de la política exterior del Gaullismo, comprendida en términos generales, según su principal orientación y sus consecuencias. Este conflicto se expresa a través de la candidaturas de De Gaulle, Lecanuet et Mitterand.

El caso de Tixier-Vignancourt es relativamente simple. Se sitúa dentro de la extrema derecha clásica maurrasiana y nostálgica del nacional-socialismo. Representa en el fondo, dentro de la competición electoral, a las capas más retrógradas de la burguesía francesa (pequeña y media), aquellas que buscan dentro de un sistema capitalista desarrollado que las condena económica y socialmente, un medio de retrasar su muerte. Quizá es su estilo lo único un poco nuevo en su campaña, en que busca un tono relativamente liberal y moderno. Esto constituye un esfuerzo evidente para ganar votos, pero es también un índice de su incapacidad para refutar el régimen y el sistema político actual, en el que las capas por él representadas tratan de integrarse y desempeñar un papelito. Lo mismo puede decirse del apoyo ahora otorgado a Mitterand, y de las coletillas « europeístas » de su campaña electoral. Estas capas sociales no tienen una fuerza autónoma y se ven obligadas a buscar un jefe fuera de sus filas. Esto explica su relativa falta de éxito.

El problema central lo plantea la política exterior de De Gaulle. Su llegada al poder corresponde a dos cambios: el primero, que ya analizamos, es la regularización de las finanzas, de las instituciones, de la economía francesa; esta obra recibió el apoyo general de la burguesía francesa, y no se la rechaza hoy. Pero también ha modificado la política exterior del país en función de su ideología propia, y sobre todo, bajo la presión de los grupos más modernos y concentrados del gran capital monopolista (electrónica, química, construcción mecánica especializada), que también son los únicos capaces de competir en el plano internacional con los grandes grupos extranjeros. Ha intentado, en provecho casi exclusivo de estos grupos, establecer un imperialismo francés autónomo, es decir, con tendencia a conquistar posiciones en el mercado internacional en contra de los otros imperialismos, sobre todo el norteamericano. Esta política se ha hecho según dos ejes principales: en torno al «tercer mundo», y en torno a Europa, donde la burguesía francesa quería utilizar ciertas bazas (esencialmente políticas) para labrarse un puesto por lo menos igual al que Alemania ocupa. Este imperialismo autónomo reposa sobre la «force de frappe», sobre una cierta oposición a la dominación yanqui, sobre concesiones políticas y económicas sustanciales a los países del «tercer mundo», la lucha contra Alemania en Europa y la apertura hacia los países socialistas. Esta política forma un todo, y todo análisis serio muestra que es ingenuo y engañoso el tratar de ver en ella «aspectos positivos» o «realistas» como lo hacen el P.C.F.⁽¹⁾ y el P.C.U.S.⁽²⁾. Esta política encuentra actualmente serias dificultades, y a causa de ella De Gaulle ha sido combatido en la campaña electoral, y a causa de ella el apoyo de una fracción importante de la burguesía le fué retirada: por esta causa Boussac⁽³⁾ ha financiado ampliamente la campaña de Lecanuet.

En efecto, numerosos sectores del capitalismo francés, INCLUSO MONOPOLISTAS, no sacan provecho de esta política. Esto es lo que ocurre con el textil, las acerías, etc..., en definitiva, con los grupos que compendia bastante bien el patronato del Norte y del Este, que se inquietan de las perspectivas de la «aventura» gaullista (por ejemplo, del atolladero en que se encuentra actualmente la cuestión europea), máxime cuando esta política cuesta cara. Así pues, la «force de frappe» es un pesado lastre en la economía francesa, al mismo tiempo que frena las inversiones del Estado en otros muchos terrenos, y de todo esto resulta un despilfarro del que no se aprovechan más que algunos reducidos sectores de la producción nacional — donde, dicho sea de paso, volvemos a encontrar la química, la electrónica y otros. Al tratar de hacer frente a la competencia internacional se hacen más profundas las disparidades regionales y las disparidades entre sectores económicos, al mismo tiempo que disminuyen las posibilidades de inversiones sociales y colectivas (enseñanza, alojamientos, etc.).

(1) Partido Comunista Francés.

(2) Partido Comunista de la Unión Soviética.

(3) Boussac, gran capitalista francés, que controla una gran parte del sector textil.

Una segunda fuerza actúa en el mismo sentido en que lo hacen estos patronos frustrados: el reformismo obrero. Este reformismo, al tratar de obtener para la clase obrera un cierto número de ventajas dentro de la misma sociedad capitalista, lo que hace en realidad es reforzar el aparato de producción burgués y no puede ser antiimperialista... Oponiéndose sin embargo a esta clase de imperialismo francés que cuesta caro y del que no se aprovechan más que unos pocos; la reivindicación de « un mejor reparto del fruto del trabajo » está en contradicción, al menos en apariencia, con la búsqueda del modo de resistir a cualquier precio a la competencia internacional y la lucha por los mercados. Este es uno de los factores que explican el por qué durante un período todavía largo el reformismo obrero o pequeño-burgués no puede por menos de ser pro-americano.

Por último, ciertos factores de coyuntura son ya claros síntomas de asfixia en la política de De Gaulle. En 1965 la expansión se amortiguó de manera considerable. En Europa, el rápido ritmo del crecimiento económico alemán confiere a la R.F.A.⁽⁴⁾ una potencia tal que De Gaulle, sintiéndose arrinconado, frena la construcción de la Europa Unida, para no tener que aceptar una posición subalterna. En fin, los éxitos (incluso los militares) que los Estados Unidos han alcanzado en la escena mundial han reanimado la confianza que la burguesía ponía en ellos — a pesar de las críticas puramente verbales a propósito de la brutal actitud yanqui en tal o cual país.

La S.F.I.O.⁽⁵⁾ ha intentado, con la operación Defferre⁽⁶⁾, hacer frente a estos problemas. Debido a su posición de « bisagra » entre la derecha clásica « centrista » y el Partido Comunista, representa el eje mismo de una agrupación con posibilidades para realizar este cambio político. Defferre proponía una política resueltamente apoyada en el imperialismo americano — y haciendo pues importantes economías en detrimento de la política exterior — política tendiente a modernizar de una manera más homogénea el aparato de producción nacional y a ampliar ligeramente el mercado interior a base de algunas concesiones de tipo social (salarios e inversiones sociales), lo que de rechazo permitiría la integración política de importantes fracciones de la clase obrera a la gestión de la sociedad burguesa. Como se ve, se trata de un programa de gobierno, pero su aplicación corre el riesgo de encontrar las mismas dificultades que Wilson⁽⁷⁾, en Gran Bretaña, encontró frente a la City⁽⁸⁾, que, bajo la presión de los grandes grupos monopolistas, no pudo aplicar más que los aspectos más reaccionarios de su política). La « operación Defferre », efectuada demasiado temprano, demasiado inadaptada a las estructuras políticas francesas heredadas del pasado, fracasó sobre todo a causa del peso que repre-

(4) República Federal Alemana.

(5) Sección Francesa de la Internacional Obrera — es la social-democracia francesa.

(6) Alcalde de Marsella y propietario de grandes astilleros y otras empresas.

(7) Primer ministro británico y jefe del partido laborista.

(8) La City: barrio de Londres donde se concentran los bancos y empresas financieras.

senta la potencia electoral del P.C.F., y ante los intereses propios del aparato S.F.I.O., que necesita el apoyo del P.C.F. (es decir, que la operación centrista esbozada por Defferre habría costado a la S.F.I.O. un cierto número de alcaldías). Sin embargo, ha tenido el mérito de plantear claramente los problemas.

El estallido de la operación Defferre ha engendrado dos candidatos muy próximos entre sí y QUE RECOGEN LA PARTE PRINCIPAL DEL MISMO PROGRAMA : Lecanuet y Mitterrand. Tanto el uno como el otro se apoyan, en primer lugar, sobre un partido « centrista » : M.R.P.⁽⁹⁾ y S.F.I.O., respectivamente — que, dicho sea de paso, participó activamente en la instauración del régimen actual, que ahora combate. Ambos partidos son heterogéneos ; la S.F.I.O. comprende una parte minoritaria de obreros sometidos a la influencia de caciques socialistas que se prolonga hacia la burguesía radical y la tecnocracia estatal. El M.R.P., por su parte, incluye algunos sólidos bastiones de obreros cristianos [J.O.C.⁽¹⁰⁾, algunos grupos C.F.D.T.⁽¹¹⁾] aliados a una base campesina [J.A.C.⁽¹²⁾ y C.N.J.A.⁽¹³⁾] que son dirigidos por agrupaciones de medios y grandes patronos del Norte y del Este, sobre todo. Los candidatos están todavía más próximos uno del otro que los partidos, representando dos tendencias, e incluso dos fórmulas ligeramente diferentes, de una orientación fundamental única.

Por último apuntaremos que estos candidatos no aspiraban, y siguen sin aspirar, a la toma inmediata del poder (a pesar de algunas esperanzas suscitadas después de la primera vuelta). Su objetivo es el de constituir las fuerzas y presentar las ideas que les permitirán « colocarse » para lo que venga después del Gaullismo. Ya antes de la primera vuelta de las elecciones, todo el mundo pensaba en una crisis inminente del Gaullismo (muerte eventual del presidente, pérdida de influencia en la Asamblea, etc.). El « empate »⁽¹⁴⁾ en la primera vuelta no puede por menos que precipitar la crisis — salvo imprevistos acontecimientos internacionales. A decir verdad, ni los éxitos del uno ni del otro no nos permitieron llegar a distinguirlos : las elecciones legislativas del '67 decidirán. Entre tanto ambos están de acuerdo en proseguir una política a largo plazo idéntica en general ; con algunos matices, claro está : Lecanuet, más liberal-burgués, más paternalista ; Mitterrand, más tecnócrata y más « social ».

(9) Movimiento Republicano Popular, eufemismo bajo el que se oculta la Democracia Cristiana.

(10) Juventudes Obreras Católicas.

(11) Confederación Francesa Democrática de Trabajadores ; central sindical procedente de la antigua C.F.T.C. (Confederación Francesa de Trabajadores Cristianos).

(12) Juventudes Agrícolas Católicas.

(13) Centro Nacional de Jóvenes Agricultores.

(14) Hemos traducido « ballotage » por empate, de una manera quizá un poco abusiva. En el sistema francés de elecciones, si en una primera vuelta ningún candidato obtiene la mayoría absoluta, una segunda vuelta se hace necesaria, rigiendo entonces la mayoría simple.

LA CANDIDATURA DE MITTERRAND

Vimos ya como la candidatura de Francisco Mitterrand debe ser situada dentro del marco del fracaso de la empresa Defferre. El alcalde de Marsella había intentado reunir en una sola organización las diversas tendencias susceptibles de constituir y de asegurar la mayoría parlamentaria para después del Gaullismo. En este quehacer había chocado con dos series de obstáculos : el del M.R.P., cuya clientela más importante se compone de capas sociales conservadoras, hostiles a toda forma de socialismo y deseosas de integrar a la mayor parte de los gaullistas en una « federación centrista », una vez el general desaparecido ; el del aparato del partido S.F.I.O. y también del P.C.F., cuya existencia misma estaba amenazada por la fórmula de Defferre. Este fracasó, pues, porque sus objetivos eran prematuros y porque había subestimado el peso político y social de los partidos tradicionales.

Su sucesor debía tratar de no caer en errores semejantes. Y efectivamente F. Mitterrand actúa de manera tal que primero es el candidato de Guy Mollet⁽¹⁵⁾ y después el de Waldeck Rochet⁽¹⁶⁾. De hecho, perseguía el mismo objetivo que Defferre : constituir la mayoría de gobierno de la 6a República. Pero, con un conocimiento más exacto de la realidad política francesa, hizo de tal suerte que esta mayoría resultase, para el porvenir, de una alianza, que no de una fusión entre el centro y la izquierda unida. Una vez liberado de la angustia que representaba una difícil colaboración con el M.R.P., pudo consagrar eficazmente sus esfuerzos a dar a la unidad de la izquierda una base sólida, reintegrando al P.C.F. a la legalidad política. Hasta tal punto que esta tentativa constituiría la característica esencial de su candidatura.

Esto explica la naturaleza del programa que Mitterrand ha expuesto en sucesivas etapas, radicalizando poco a poco sus posiciones a medida que progresaba la campaña electoral. Se trataba para él, de aparecer como un candidato valedero para las responsabilidades supremas — para lo cual debía de formular un conjunto de proposiciones aceptables para las capas decisivas del capitalismo. Al mismo tiempo, si quería tener alguna probabilidad de éxito, debía atacar a De Gaulle en los puntos débiles de su política — las relaciones con los Estados Unidos, la crisis del Mercado Común, la « force de frappe ». Además le era preciso ganarse las simpatías de las capas modernas de las clases medias (jefes superiores e ingenieros, etc.) cuyo ideal socio-político lo define el semanario « Express » en el peor de los casos, y en el mejor, el Club Jean Moulin. Y en fin, su última tarea consistía en no hacer nada que provocara la ruptura con el electorado comunista.

El estudio de sus 28 propuestas enunciadas en la rueda de prensa que precedió la apertura de la campaña electoral muestra su acierto en esta compleja dosificación.

(15) Secretario General de la S.F.I.O.

(16) Secretario General del P.C.F.

■ **RESPECTO DE LA CONSTITUCIÓN GAULLISTA.** - Mitterrand habla de disolver la Asamblea en caso de victoria pero en modo alguno habla de Asamblea Constituyente. Jamás puso en tela de juicio el poder presidencial, sino el uso abusivo que de él hace De Gaulle. Se sitúa, pues, dentro del marco de las transformaciones del poder, que, a los ojos del gran capital, constituyen una de las adquisiciones fundamentales de la 5ª República.

■ **FIDELIDAD A LA ALIANZA ATLÁNTICA.** - Mitterrand habla de revisión de la O.T.A.N. (pero, ¿quién no habla de ello? puesto que la revisión se impone por razones técnicas); guarda distancias con respecto a las intervenciones yanquis en Vietnam y Santo Domingo. Pero, en cuanto a la esencial, sitúa su futuro dentro del marco del imperialismo occidental. Estas posiciones presentan la ventaja de tranquilizar a una cierta burguesía atlántica, sin apartarse al mismo tiempo de la línea tradicional del reformismo europeo.

■ **DECLARACION DE FÉ EUROPEA.** - Mitterrand considera que se puede prolongar la integración europea, llegando incluso a la unión política, situándose una vez más dentro de la corriente de una gran parte de la burguesía, para la cual el Mercado Común es una necesidad que se ha hecho realidad. Y de rechazo satisface las exigencias de las corrientes socializantes, modernistas o tradicionales, que son mayoritarias en el seno del actual movimiento obrero europeo.

■ **LIQUIDACION DE LA «FORCE DE FRAPPE».** - Mitterrand ataca sobre todo el aspecto nacionalista y las consecuencias presupuestarias de la política atómica gaullista. Propone firmar los acuerdos de Moscú sobre las experiencias atómicas. Todo esto habría sido muy progresista, si el « candidato de la izquierda » hubiera precisado qué política exterior pensaba seguir, sobre todo con respecto a los proyectos de la « fuerza multilateral »⁽¹⁷⁾. No sirve de nada el tranquilizar la opinión popular con respecto a la « force de frappe », y enseguida llevar una política tan provechosa como la anterior para los monopolios, aunque se la sitúe en el marco atlántico.

■ **PROMESA DE MODERNIZACION DE LA ECONOMIA.** - Mitterrand rechaza el 5º Plan, promete un crecimiento económico anual de 5,5 %/o, habla de la creación de un banco estatal de inversiones. Por el contrario, pasa por alto la nacionalización de los sectores clave de la industria. Y en definitiva su programa económico — del que precisamente no se sabe como lo realizará, pues la inflación no es debida únicamente a la política Gaullista, sino a las mismas estructuras del capitalismo moderno — no tiene ningún

(17) Montaje americano, uno de cuyos objetivos claros era el de torpedear la « force de frappe » francesa; el otro, menos claro, tendía a proveer a Alemania de armamento atómico. Por esta razón, los ingleses lo boicotearon en el seno de la O.T.A.N.

elemento de socialismo. Este programa, tal y como se presenta, puede ser aceptado por las grandes empresas capitalistas, cuya buena marcha no es, en modo alguno, amenazada.

■ ASOCIACION DE LOS SINDICATOS AL ESFUERZO DE RENOVACION ECONOMICA. - Mitterrand promete que su subida al poder será seguida de una reunión conjunta gobierno-sindicatos. Con esto espera asegurar su popularidad entre los asalariados.

Las promesas de Francisco Mitterrand no se paran aquí. Sería también necesario hablar de sus perspectivas en materia escolar y universitaria, de su actitud frente al problema de las «provincias ultramarinas». Pero nosotros hemos esbozado aquí los rasgos generales de su programa. Se trata de un programa que no corresponde en absoluto a las necesidades de la clase obrera. No se puede llevar una política que abra paso a la lucha por el socialismo, si no empieza por combatir los fundamentos del capitalismo, tanto en política interior como exterior. No se puede tener una orientación progresista si ésta no es global.

Es un error suponer, como lo hace Michel Bosquet en el «Nouvel Observateur» (semanario de tendencia socializante), que el éxito del candidato de las izquierdas acarrearía una dinámica de lucha cualquiera. Cabría pensar, por el contrario, que en los primeros pasos, un gobierno apoyado en la izquierda, tropezaría con una fuerte ofensiva de la burguesía: fuga de capitales, presiones inflacionistas, etc. Mitterrand, presidente, apoyado en una coalición heteróclita (estaría obligado a contar con una parte del centro para asentar su gobierno) no tendría más remedio que ceder a esta ofensiva, no pudiendo conservar de su programa más que los aspectos más adaptados al gusto de las clases dominantes. El triste ejemplo de Wilson está ahí, para probar la diferencia que existe entre las promesas electorales y la práctica gubernamental, cuando la burguesía se interpone con el muro del dinero y cuando la movilización de las masas no va más allá de las urnas.

En realidad Mitterrand pretende meramente sustituir al gaullismo. Trata de ganar los votos comunistas, con objeto de aumentar su capacidad de maniobra en la carrera por la dirección de la coalición de centro-izquierda que probablemente sucederá al gaullismo. En este contexto, su tentativa cuadra perfectamente con el gran ascenso de la socialdemocracia europea (Wilson en la Gran Bretaña; Saragat y Nenni en Italia) que, frente a las fuerzas conservadoras tradicionales (demócratas-cristianas, etc...), desempeña el papel de una fuerza de recambio, modernista, atlántica y social, por medio de la cual, y en una coyuntura histórica nueva, el capitalismo mantendrá su dominación.

EL P.C.F. REFORMISTA

En semejantes condiciones cabe preguntarse las razones que han llevado a apoyar la candidatura de Mitterrand, donde se corre el riesgo de desencadenar los mismos mecanismos de esperanza en las masas y de trapicheos en

los estados mayores, experimentados ya en 1956, con el Frente Republicano.

En esta campaña electoral, organizada según un sistema que había combatido, el Partido Comunista, de ser auténtico, debiera de haber buscado primero la manera de reforzar las posiciones autónomas de la clase obrera, con vistas a ulteriores batallas fuera del terreno electoral. En lugar de hacer esto, la dirección del Partido se ha limitado a esperar a ver qué se decide en las altas esferas de las formaciones políticas burguesas. Nada se hizo para sostener la candidatura de Daniel Mayer⁽¹⁸⁾, que sin embargo hacía suya la primera exigencia de los comunistas: «no hay candidatura única sin programa discutido en común». Finalmente, da su adhesión a Mitterrand sin garantía política alguna.

Mientras tanto, la Unión Soviética, por intermedio de la agencia Tass, manifestaba claramente que la política de De Gaulle le convenía mejor que cualquier otra: el general-presidente introduce la cizaña en el campo atlántico, favoreciendo el renacimiento de la corrientes «kennedistas» en los Estados Unidos. Por su parte el P.C.F. siguió el ejemplo de los soviéticos y no perdió ninguna ocasión de celebrar los «aspectos positivos de la política gaullista». Sin embargo, no podía en modo alguno sostener la candidatura de De Gaulle sin cortarse radicalmente de una parte de su base electoral, reforzando en él los sentimientos pro-gaullistas que se manifestaron en 1958. En cuanto a presentar un candidato de su propia cosecha, era arriesgarse a perder un considerable número de votos, cosa catastrófica para un partido que, desde hace muchos años, tiene una visión puramente electoral de la política. El P.C.F. estaba, pues, OBLIGADO a adherirse a una candidatura de izquierdas.

Sin embargo, esta necesidad no explica del todo la solicitud con la que la dirección del Partido ha acogido la candidatura de Mitterrand, sin buscar antes seriamente el modo de forjarse una posición autónoma. Su voluntad de fundirse con la izquierda, hasta el punto de casi desaparecer, no puede ser comprendida más que en función de su ESTRATEGIA GENERAL.

Desde la época de la Liberación, cuando festejaba el millonésimo adherente, el P.C.F. ha conocido un continuo decaimiento organizativo. Perdió una parte importante de sus efectivos; ya no es capaz de movilizar a sus simpatizantes con sus consignas; la mayoría de sus células ya no son activas. Esta crisis permanente de la organización tiene raíces políticas: es la expresión de la contradicción que ha existido siempre, desde hace más de treinta años, entre los objetivos de los trabajadores, cuando por sí mismos entran en lucha (por ejemplo, cuando la huelga general de junio del '36, cuando las huelgas de mineros del '48 y del '63, cuando el movimiento de los reclutas enviados a Argelia en el '56, etc.) y la práctica reformista del P.C.F. Los militantes más activos se desmoralizaron; y desarrolláronse, por el contrario, las tendencias reformistas, históricamente enraizadas en la clase obrera francesa, a causa de la perennidad del sistema republicano y las tradiciones parlamentaristas de la socialdemocracia: máxime cuando estas tendencias estaban fomentadas tanto

(18) Presidente de la Liga de los Derechos del Hombre y uno de los animadores del P.S.U. (Partido Socialista Unificado).

por las estructuras sociales de Francia, como por la coyuntura económica de la post-guerra.

El P.C.F. se encuentra de modo permanente frente al dilema: o bien retornar a una organización militante de vanguardia — lo que implica la adopción inmediata de una política revolucionaria, y por ende, la liquidación del aparato burocrático; o bien, aprovechando la influencia general y persistente del Partido, actuar como una fuerza de izquierda tradicional, fuerza de presión sobre el gobierno de turno, fuerza de complemento de grandes coaliciones republicanas. El P.C.F., en su estado actual, no puede pretender orientarse hacia una lucha por el poder, sin revisar el conjunto de su política. Es evidente que esta hipótesis no es favorecida, en modo alguno, por el retroceso generalizado del movimiento obrero, ni por la persistencia de una dirección burocrática. El P.C.F. se orienta pues, NORMALMENTE, hacia una política oportunista.

Sin embargo, estamos llegando a una etapa en que el oportunismo del P.C.F. se muda en reformismo declarado, diferente, pero no por eso menos real, que el reformismo tradicional de la social-democracia. Hasta la muerte de Stalin y el XX congreso, los partidos comunistas vivían bajo el signo de la guerra fría, que entonces se encontraba en su punto álgido. Los objetivos por los que se luchaba — defensa de los intereses diplomáticos de la U.R.S.S. — no tenían ninguna perspectiva revolucionaria real. Pero la lucha se desarrollaba sobre una base política «dura», no siendo otra cosa los partidos comunistas más que fuerzas de apoyo en una contienda que tenía lugar en el plano internacional. En la perspectiva de un conflicto mundial, o de cualquier otro acontecimiento que trastocara el STATU QUO internacional, los P.C. debían estar dispuestos a ejecutar acciones de vanguardia, pudiendo llegar, en una coyuntura favorable, hasta el «golpe de Estado». EL OPORTUNISMO SE MEZCLABA CON EL SECTARISMO.

Desde 1956, los P.C. europeos, aunque a menudo hayan modificado su política, no han adoptado una orientación general revolucionaria. Su política sigue estando determinada por la orientación general de la Unión Soviética. Pero esta última ha modificado sensiblemente su política exterior: trata de realizar, adaptándose a los principios de la coexistencia pacífica, un compromiso permanente con el imperialismo norteamericano, compromiso que favorece la competición económica entre los dos sistemas. En esta perspectiva los P.C. ya no deben constituirse en destacamentos de vanguardia, acosando a la burguesía, sino más bien integrarse a las fuerzas de izquierda de sus países respectivos, para obtener un mínimo de reformas democráticas, apoyando a un gobierno que lleve simultáneamente una política pacifista en el exterior y social en el interior. Se trata, pues, en el marco de la estrategia de coexistencia pacífica, de reforzar el movimiento obrero en general, ayudando al desarrollo económico de los países socialistas — pues únicamente así se crearán las condiciones para el paso al socialismo en el Occidente. En suma, se trata pues, de una simple posición de expectativa histórica que corre el riesgo de ser tanto más larga, cuanto que la U.R.S.S. no puede pasar precisamente por un modelo de sociedad socialista.

Renunciando a la revolución a corto o a medio plazo, los P.C. corren el riesgo de perder todo dinamismo y ser superados en la práctica, ya sea por los partidos socialistas tradicionales, ya sea por las corrientes modernistas de tipo P.S.U. Se ven obligados a adaptar los temas de su política a la realidad dominante del neocapitalismo. Las masas sólo pueden seguir una corriente reformista cuando verdaderamente, ésta les aporta reformas. Por eso todo el esfuerzo de los partidos comunistas europeos está encaminado, en el momento actual, a crear las condiciones de una política reformista eficaz: el Partido Comunista Italiano lleva una bonita ventaja en esta carrera, cuando, siguiendo mayoritariamente a Amendola, busca una unidad sin principios de todas las corrientes socialistas. También podrían citarse muchos otros ejemplos (como los P.C. de Suecia, Bélgica, España, etc.). En cuanto al P.C.F., éste posee una seria tradición nacional: desde 1935, en el 7.º Congreso de la Internacional Comunista, ha desempeñado un papel de vanguardia en la definición y práctica (oportunistamente) de la noción de Frente Popular; en 1946, por boca de Thorez, lanzó ya la idea del paso pacífico al socialismo, «profundizando» la democracia burguesa (entrevista concedida al NEW YORK TIMES). No obstante, hoy en día, ha entrado en una nueva etapa: las declaraciones de Waldeck Rochet (entrevista concedida a UNITA, órgano del P.C.I.; intervención en el debate parlamentario sobre el 5.º plan) concuerdan — en dos sectores esenciales: el de las instituciones europeas, el de la planificación capitalista — en fijar al movimiento comunista el papel de ala izquierda del neocapitalismo, cuyo funcionamiento hay que «normalizar» participando en sus centros de decisión. La aceptación de la idea del «contra-plan» democrático — noción que implica la lucha dentro de los engranajes administrativos para modificar el porcentaje del crecimiento económico — es un buen ejemplo de este reformismo de nuevo tipo.

No hay solución de continuidad en la evolución del P.C.F.; no hay más que adaptación a una nueva coyuntura internacional. El resultado sigue siendo el mismo: EL PASO HACIA UN REFORMISMO GENERALIZADO.

La forma en que el P.C.F. se ha adherido a la candidatura de Mitterand es la consecuencia de esta evolución. La dirección del Partido, del mismo modo que todas las otras formaciones políticas francesas, piensa en las próximas elecciones legislativas: quiere sacar tajada en la eventual mayoría (de izquierda o de centro-izquierda) que sucederá a Pompidou. Por lo tanto debe mostrarse discreta y comedida para no comprometer su reintegración en el baile parlamentario. Pero, si no pretende diferenciarse políticamente, sí cuenta conservar toda su potencia de aparato. Esta es la razón del mucho apego que le tienen a Guy Mollet: se organiza un frente unido de burocracias para impedir, que, bajo el empuje modernista, el centro de gravedad de la coalición de izquierdas no se deslice demasiado a la derecha.

Vemos, pues, cómo con motivo de las elecciones presidenciales, empiezan a esbozarse nuevas relaciones políticas en el seno del movimiento obrero, de donde pueden resultar las más graves consecuencias para la lucha de las masas.

LA NUEVA IZQUIERDA AMERICANA

por Emilio Abad

Uno de los mitos más tenaces de la « izquierda europea » es el de la inexistencia histórica de la « izquierda » americana. La ausencia de un movimiento político organizado que defienda abiertamente la necesidad de una transformación radical de la sociedad capitalista ha sido un hecho determinante en la vida política americana durante muchos años. De ahí a pensar que siempre ha sido (y será) así, y a deducir que esto confiere una evidente superioridad (« política ») al movimiento obrero o a la « izquierda » europeas, solo hay un paso. De ahí también que los militantes europeos estén más bien poco dispuestos a comprender que de lo que sucede en Estados Unidos tienen ALGO QUE APRENDER. Digo « aprender » porque lo que sucede actualmente en E.E.U.U. no es sólo la aparición de un movimiento abiertamente « radical » que situaría a la « izquierda » americana a un nivel que la « izquierda » europea ha, por lo visto, alcanzado desde hace aproximadamente un siglo (que tal viene a ser la versión que circula a este respecto en la mayor parte de la prensa de la « izquierda » europea de todo tipo), es también, en algunas de las manifestaciones de ese movimiento, un re-planteamiento de lo que puede ser una actividad política revolucionaria de donde los militantes europeos podrían sacar un número considerable de enseñanzas « para uso propio ».

Para permitir a los lectores de A.C. hacerse una idea de la pertinencia (o de la estupidez) de estas consideraciones, voy a tratar de resumir el contenido de una serie de artículos publicados en el « National Guardian » (uno de los periódicos más influyentes de la izquierda americana) por Michael Münk, que la revista « Partisans » ha publicado en versión francesa (en sus n.ºs. 23-24-25, de Nov. 65 a Enero 66), y que contienen una descripción de conjunto bastante objetiva de lo que es la « Nueva Izquierda » americana.

ORIGENES

Los factores a partir de los cuales se ha constituido la « Nueva Izquierda » pueden ser reunidos en tres grupos principales: (a) En primer lugar, una reflexión sobre el fracaso de la « vieja izquierda », y una experiencia de la facilidad con que la sociedad americana « integraba » a los movimientos « legales » o legalistas de oposición en su seno. Entre estos factores se encuentra la existencia de un cierto número de revistas (entre ellas la « New Left Review » inglesa, fundada en 1959, y, entre ciertos sectores marxistas de la N.I., la « Monthly Review », aunque ésta, fundada en 1949, sea dirigida por individuos de otra generación), sobre todo, desde diciembre de 1959, la de « Studies on the Left ». Hay también la evolución intelectual de un cierto número de representantes de la « intelligentsia » americana. Münk señala sobre todo « desde 1950, el papel del sociólogo C. Wright Mills, cuya obra « La élite del poder » (1950) y cuya noción de CLASE JOVEN o CLASE

INTELLECTUAL como agente de transformación social (desarrollada en la « Carta a la Nueva Izquierda » a principios de 1961) ha tenido una gran importancia ». (b) En segundo lugar está la lucha antisegregacionista, y (c), desde 1964, la guerra del Vietnam.

« El acontecimiento político más importante para la Nueva Izquierda ha sido, probablemente, la decisión de desegregación tomado por la Corte Suprema en 1954. Su influencia sólo puede compararse a la de la Ley Nacional sobre las Relaciones de Trabajo (Ley Wagner) de 1935 en la izquierda de la época. De IGUAL MODO que la Ley Wagner daba un carácter legal al desarrollo del movimiento obrero de la C.I.O., la decisión de desegregación legalizaba el movimiento por los derechos cívicos » (Münk).

DE LA LUCHA ANTI-SEGREGACIONISTA A LA GUERRA DEL VIETNAM

El 1 de Febrero de 1960, cuatro estudiantes negros de Greensboko, en el Sur, se sientan en la barra de un Snack-bar reservado a los blancos y exigen ser servidos. No forman parte de ninguna agrupación, y no tienen ningún objetivo definido. El movimiento que generaliza este tipo de intervención (« sit-down strike »), se convierte en Febrero y Marzo en movimiento nacional. La N.A.A.C.P. (organización reformista) es la más sorprendida. Es el paso a la acción directa. Unos meses más tarde se funda el S.N.C.C. (comité de coordinación de los estudiantes no-violentos), considerado como la fundación de la Nueva Izquierda en el terreno de la organización.

De 1960 a 1964, el movimiento anti-segregacionista va escapando cada vez más de las manos de las viejas organizaciones legalistas. La Ley Federal prohíbe la segregación en los viajes de Estado a Estado : en el verano de 1961 los « Freedom Riders » (viajeros de la libertad), grupos mixtos de negros y blancos, ocupan en el sur los autobuses, las estaciones, los buffets. En 1963 el movimiento se radicaliza : manifestaciones de masa en el sur, marcha sobre Washington. En 1964 se produce una doble evolución : (a) en el Sur, gracias al S.N.C.C., los « trabajadores de los derechos cívicos » crean decenas de « escuelas de la libertad » y de « centros comunitarios ». (b) En el Norte, manifestaciones violentas que escapan completamente a los « legalistas », y cuya expresión política más significativa es la organización de Malcom X antes de su asesinato. Aunque confusas, las organizaciones extremistas (« Cuerpos de defensa de Harlem », « Musulmanes negros », etc.) ponen en cuestión de manera total la sociedad de los blancos (y reproducen por otra parte algunos de los peores aspectos de esta jerarquización, etc.).

« Entre los acontecimientos que han hecho impacto en la nueva generación durante los cuatro últimos años, ha habido la invasión de la Bahía de Cochinos, las « marchas de la libertad del C.O.R.E. el asesinato de Lumumba (1961) ; la marcha sobre Washington organizada por el S.P.U. (Students Peace Union) para protestar contra los ensayos nucleares (...) ; la crisis de los misiles en Cuba (1962) ; los acontecimientos de Birmingham y Hagar en el Kentucky ; el pacto de prohibición de las pruebas ; (...) la influencia de Malcom X (1963) ; el proyecto de verano del Mississipi ; la campaña de Gold-

water ; el miedo al desempleo y a la automatización (...) y la rebelión de los estudiantes de Berkeley, California (1964) » Münk).

A través de todos estos acontecimientos, la « Nueva Izquierda » progresa. Y en 1964 entra en juego un nuevo factor : la política de Johnson en el Vietnam. Durante la primavera de 1964, se multiplican las manifestaciones y las reuniones en la universidad (« teach-in »), que culminan en la marcha del 17 de Abril del 65 (25.000 personas), y en las jornadas internacionales de protesta del 15 y 16 de Octubre, en las que participan unas 100.000 personas.

¿ QUE ES LA « NUEVA IZQUIERDA » ?

A través de todos estos acontecimientos van cristalizando un cierto número de organizaciones más o menos amplias que componen lo que se suele llamar, ya sin comillas, la Nueva Izquierda americana, que Michael Münk trata de definir.

« Dos de los principales problemas a los que una ideología radical debe dar una respuesta son :

- 1) cuáles son los cambios fundamentales necesarios para la transformación de una sociedad ;
- 2) cuáles son las medidas que pueden tomar los radicales para contribuir a suscitarlos.

Podemos dividir aproximadamente las ideologías de la Nueva Izquierda gracias a esos problemas, entre los que responden al primer punto : EL SOCIALISMO y las que se inclinan más bien hacia condiciones no especificadas en las que todos los ciudadanos PARTICIPAN EN LAS DECISIONES

QUE AFECTAN SU VIDA.

Se puede llegar a una definición funcional de la N.I. partiendo de dos niveles : en primer lugar, en el sentido amplio de una generación con experiencias históricas comunes, el término puede abarcar a los grupos actuales de juventudes que declaran abiertamente su compromiso marxista y socialista, así como los grupos que rechazan conscientemente las ideologías y los partidos de vieja izquierda y tratan de desarrollar perspectivas y tácticas nuevas que les son propias. Pero después, el término Nueva Izquierda en el sentido ideológico, no puede aplicarse sino a los grupos y los individuos que no están ligados a la ideología marxista, sino más bien dedicados a desarrollar programas y tácticas nuevos que juzgan mejor adaptados. En ese contexto, todas las agrupaciones actuales de jóvenes forman parte de la N.I. definida por la generación, mientras que solo algunas (cuyo número de miembros supera por cierto con mucho al de las otras) pueden ser incluidas en la Nueva Izquierda en el sentido más estrecho de la ideología. » (Münk).

ORGANIZACIONES « MARXISTAS »

Las organizaciones de tipo « marxista » o « socialista » pueden ser divididas según su tendencia en : (a) los « frentistas », es decir, los que creen que

toda acción renovadora ha de pasar por una coalición de fuerzas « populares » (y que los dos pilares de esa coalición han de ser el Partido Demócrata y los Sindicatos); (b) los grupos que proclaman abiertamente que su objetivo es la creación de un partido revolucionario.

Entre los primeros se encuentran los « Clubs Du Bois » (unos dos mil miembros activos en 40 secciones), cuya principal actividad es la agitación en favor de « coaliciones populares » contra la extrema derecha, y que se niegan a situarse a la extrema izquierda por miedo a « aislarse », y las juventudes del partido socialista que siguen siendo leales a éste (la mayoría ha sido excluida en septiembre de 1964, y ha constituido en Chicago el « American Socialist Organizing Committee »). Los líderes intelectuales de las juventudes socialistas son Michael Harrington y Bayard Rustin, que insisten en la necesidad de conservar el sistema bipartidista, excluyendo a los racistas del Partido Demócrata.

En la extrema izquierda se sitúan: (a) la « Young Socialist Alliance » (unida no oficialmente al « Socialist Workers Party », trotskista) y dos grupos que han roto con la organización trotskista por razones ideológicas: los « Young against War and Fascism » y los « Spartacist ». Su número es reducido (unos 500 militantes en total), y combaten la teoría del frente común; (b) el « Progressive Labor Party » (« prochino », con unos 1.000 miembros, y (c) el « May 2 Movement » (unos 400 militantes), que se caracteriza por su propaganda en favor de los movimientos revolucionarios del Tercer Mundo, y cuyo periódico, « Free Student » (10.000 ejemplares) tiene una cierta influencia; dentro del « May 2 Movement » existe una tendencia « prochina » y otra partidaria de la fusión con el S.D.S. (« Students for a Democratic Society »).

LA NUEVA IZQUIERDA PROPIAMENTE DICHA

« Sin embargo, en el seno de la comunidad radical americana, el término Nueva Izquierda se refiere frecuentemente a algo más preciso que el número de miembros y la influencia del conjunto de las organizaciones existentes de juventud. Bajo ese aspecto, la N.I. está compuesta por organizaciones e individuos que han encontrado nuevos puntos de vista ideológicos y tácticos en lo que se refiere a las transformaciones sociales radicales, y que rechazan conscientemente a los partidos políticos de la vieja izquierda. Además, han creado un estilo, un vocabulario y hasta una « mística » que les distingue de los grupos de juventud socialista » (Münk). La más importante de esas organizaciones es el S.D.S. (Estudiantes por una Sociedad Democrática), que existe bajo su forma actual desde su reorganización en Port Huron (Michigan), en junio de 1962. El S.D.S. organizó el 17 de abril 1963 la marcha sobre Washington. Junto con el S.N.C.C. (del que ya hemos hablado anteriormente) y el N.S.M. (North Student Movement), « los S.D.S. piensan que es el sistema económico y social mismo, y no sólo sus fracasos en terrenos particulares, lo que constituye el obstáculo fundamental al progreso social en U.S.A.

Pero ven a ese sistema como una forma de organización que no puede ser reducida al capitalismo (que es más amplia que éste), como un sistema que hace fracasar las tentativas de los individuos de participar en las decisiones básicas que afectan a su vida» (Münk). Los S.D.S. utilizan frecuentemente conceptos como el de «democracia de participación» y el de «contra-comunidad» (colectividades en las que pretenden integrar a los «excluidos» de la sociedad de abundancia americana). Una de sus preocupaciones fundamentales es la de evitar que en las colectividades que constituyen se impongan los dirigentes de las estructuras existentes (económicas, políticas o sindicales), es decir, lo que denominan con el término general de «manipulación» (imposición de programas y de tácticas por encima y en el exterior del grupo social). «Un principio de la democracia de participación es que los individuos que se ven conducidos a actividades en las que son responsables de las decisiones principales :

1) se radicalizan por medio de la confrontación, en diferentes etapas, con la estructura del poder, cuando comprenden que no tienen ningún poder fundamental sobre las decisiones que afectan a su vida (la cuestión que los organizadores S.D.S. subrayan sin cesar es : ¿quién decide ?).

2) cuando tomen conciencia de ese hecho, se comprometerán en un radicalismo que no se dejará impresionar por concesiones simbólicas, ni por proposiciones que provengan de la estructura del poder.

Los organizadores de la Nueva Izquierda creen que la acción política, bajo formas decididas por los propios individuos, será una consecuencia natural de esas organizaciones radicales. En el curso de una conferencia en Newmark, en agosto del 65, han tratado de crear lazos nacionales entre esos «sindicatos de comunidades», que son unos veinte, con la perspectiva de crear un movimiento a escala nacional de comunidades locales que haga aparecer las relaciones entre los problemas locales cotidianos en todo el país» (Münk).

En el terreno de la política «tradicional», los elementos radicales no marxistas dentro de la N.I. mantienen enérgicamente dos posiciones : (a) rechazo de la política electoral (porque contiene los peores rasgos de la organización «manipuladora», y (b) rechazo de la alianza con los «liberales» (porque se identifican profundamente con el sistema). La N.I. radical es violentamente atacada principalmente sobre estos dos puntos por ciertas organizaciones «socialistas» de la generación de la N.I. y por las organizaciones de la vieja izquierda(1). La caracterización somera de la N.I. hecha por Münk permite ciertamente ver que muchos puntos quedan sin aclarar. Pero es indudable el enorme esfuerzo de la N.I. por encontrar soluciones NUEVAS y ADECUADAS a los problemas de la sociedad americana dentro de una perspectiva revolucionaria. Y lo que puede parecer (o es a veces efectivamente) confusión, es de todos modos preferible a la claridad y a la certidumbre seniles de una cierta izquierda que no ha sabido acumular más que fracasos. El principal problema que se plantea actualmnete en las filas de la N.I. es el de la existencia de un «centro radical», es decir, la creación de un movimiento radical organizado a escala nacional que no englobe exclusivamente a jóvenes. En efecto, las presiones sociales, a partir de una cierta edad, pueden

acabar con una actitud revolucionaria si los individuos no encuentran un marco de actividad adecuado en su vida adulta (sobre todo si se tiene en cuenta el carácter exclusivamente «moralista» del compromiso político de muchos militantes jóvenes de la N.I.). Aún aceptando la validez de esos argumentos, la mayoría de los miembros de la N.I. se opone a la creación INMEDIATA de un «centro radical». Su opinión viene a ser la de Tom Hayden, colaborador de «Studies on the Left», cuando escribe: «hay algo que CONSEGUIR: son los otros miembros de la sociedad, los que, juntos, pueden constituir una alternativa al orden actual. Pero esas personas no están actualmente disponibles, ni en fuerza ni en número suficientes, y, en la medida que no lo están, el llamamiento a un «centro radical» no tiene sentido...». La discusión en el interior de la N.I. sobre la necesidad de transformarse en un movimiento que llegue a sectores más amplios de la sociedad americana, sigue abierta. Una de las numerosas lecciones que puede sacarse de ella es que se trata de una verdadera discusión y no, como de costumbre en estos casos, de un «arreglo de cuentas».

(1) «El Partido Demócrata es el punto de reunión del sentimiento general en favor de una transformación de la sociedad (...) Si debe haber un progreso real, éste deberá venir de las fuerzas liberales en el interior del Partido Demócrata.» (M. Harrington, New York Herald Tribune, 18 de julio de 1965.)

¿PARA QUE SIRVEN LAS BOMBAS?

Los días que siguieron al choque de los dos aviones norteamericanos sobre el pueblecito de Palomares, cuando la prensa mundial colocaba en primera página la noticia, la española dedicaba sus artículos más indignados a Gibraltar. No es la primera vez que se emplea el timo de Gibraltar, y por tonto que parecza siempre hay quien pica, como cierto dirigente de la oposición, que, semanas después, reincidía en su revista sobre tan trasnochado espantapájaros.

Luego vinieron los clásicos « aquí no ha pasado nada », « se han tomado todas las medidas para que no pase nada », etc... mientras cundía el panico, no sólo entre los directamente afectados, y el ejército norteamericano empleaba todos los medios para recuperar la bomba perdida. En Alemania, en el Japón y en Inglaterra, la opinión pública se alarmaba ante la posibilidad de que pudiera sucederles un día la misma cosa. Entonces, casi un mes después, el gobierno español se dignó referirse directamente al asunto y dijo, que lo sucedido era el precio que teníamos que pagar por la defensa norteamericana — nosotros, y todo el mundo libre (así, con toda desvergüenza, sin comillas ni nada) — contra el peligro soviético.

En el mundo — libre —, hay pocos retrasados mentales que se tomen en serio la historia del peligro soviético. Una prueba bien clara son las últimas declaraciones y toda la política de de Gaulle, que no es precisamente un izquierdista. Naturalmente, una frase así, sólo es publicable en España, donde nadie puede pedir la palabra, como no sea para hablar de Gibraltar. Pero hay una cosa cierta y es el carácter defensivo de las bombas norteamericanas.

Las tales bombas defienden a Franco, y otros esbirros, del pueblo español. En efecto, los norteamericanos utilizan nuestro país como uno de sus puntos de apoyo más importantes. Cuando los bombarderos atómicos, dentro de unos años, hayan pasado a la historia, la base de Rota será aún más vital, como punto de escala de sus submarinos Polaris. Esto hace que, si, por cualquier causa, error de las I.B.M. incluido, estalla un conflicto total entre los dos grandes, España se convierta en un objetivo tan importante como los que se encuentran en los mismos Estados Unidos, y por lo tanto esté destinada a desaparecer bajo el ataque o contraataque ruso, sin comerlo ni beberlo.

Esta situación tan monstruosa no sería tolerada de ningún modo bajo un régimen que realmente contara con el pueblo español. De aquí que los Estados Unidos estén tan interesados en mantener al fantoche de El Pardo, como lo están en sostener a sus marionetas de Saigón. Los Estados Unidos, al frente del mundo « libre » están interesados en que la « libertad » franquista no desaparezca de España —

libertad de poner sus bombas donde quieran, claro — incluso después de la muerte de Franco. Toda retórica « democrática » que se eche al asunto no sirve para ocultar estos hechos. La impopularidad del régimen franquista es una seguridad de que jamás se permitirá una política propia, excelente garantía para los norteamericanos, que por eso han construido algunas de sus más importantes bases mundiales en España, y dichas bases — y riesgos adyacentes — es el justo precio que Franco y su régimen pagan por su seguro de vida político.

F. I.

LOS ALIADOS DEL IMPERIALISMO

O TODOS LOS GATOS SON PARDOS

El estar convencidos del valor de la revolución cubana es una razón más para no pasar por alto las recientes declaraciones de Fidel Castro, con ocasión de la Conferencia Tricontinental. No es de hoy, el que en el campo que se llama marxista, exista la costumbre de sustituir todo análisis real de la situación, por palabras que nada significan fuera de su contexto — revisionista, trotskista, etc. —, empleadas como armas arrojadas contra el adversario. Precisamente, tal procedimiento es la característica « teórica » más destacada del estalinismo. Por eso es doblemente lamentable que Castro, dominado por la incontinencia verbal, haya empezado por colocar a todos los « trotskistas » en el campo del imperialismo — entendiéndolo por « trotskistas » a todos aquellos a quienes le ha dado la gana considerar así — con la misma frase que hace 30 años se empleó en los procesos de Moscú, para continuar con los chinos, y terminar — quizás para demostrar su imparcialidad — con los yugoslavos.

El P.C. chino, que ya consideraba a los « revisionistas modernos » como los aliados del imperialismo, no ha tenido mayores dificultades en ampliar la tal alianza, incluyendo en ella al mismo Fidel. Todos los gatos son pardos.

Todo esto no sería más que grotesco, si no fuera por sus efectos desmoralizadores en el movimiento antiimperialista americano, y en todos aquellos que esperábamos que la revolución cubana evitaría los escollos en que otras naufragaron.

DESPUES DE CARRILLO ¿ QUE ?

por Lorenzo Torres

Santiago Carrillo, secretario general del P.C.E., publicó a finales del pasado año un informe titulado : « Después de Franco ¿ qué ? ». Este informe editado en libro en el extranjero y difundido en « papel biblia » en España, aparece como la plataforma política del P.C. español, presentando sus soluciones tanto a la situación actual, como para después del franquismo, como así reza el título.

La primera pregunta que suscita la publicación a « bombo y platillo » del libro es la siguiente : ¿ Porqué la plataforma política del P.C. español, en vez de presentarse como una declaración del C.C. o del C.E. tras una reunión, asamblea o Congreso — como es la tradición, y todo el mundo conoce el respeto del P.C. por las tradiciones —, aparece bajo la sola firma y responsabilidad del secretario general, sin que se aluda a reunión alguna que lo hubiera « aprobado »⁽¹⁾.

La explicación de este procedimiento inusitado se encuentra en la actual crisis del P.C. Es sabido, en efecto, que el P.C. tiene « problemas » con sus intelectuales. Ha expulsado del Partido a Fernando Claudín y Federico Sánchez, responsables en el Comité Ejecutivo, entre otras cosas, del trabajo ideológico y del trabajo en los medios intelectuales y universitarios.

Es sabido, asimismo, que numerosos intelectuales y estudiantes se han, de una u otra forma, solidarizado con los expulsados. La dirección del P.C. ha contraatacado a su manera, ante este peligro de vacío, de ausencia del P.C. en este terreno. No solo ha continuado, por ejemplo, la edición de las revistas « teóricas » y culturales « Nuestra Bandera » y « Realidad », sino que ha aumentado considerablemente su número de páginas y mejorado su presentación ; se ha lanzado asimismo a editar al máximo los libros de todo tipo de los « incondicionales de turno », como el increíble librito de M. Azcárate y J. Sandoval sobre la Guerra Civil, etc., etc. y cumbre y colofón del edificio, Santiago Carrillo publica su libro que por los temas abordados y el lenguaje empleado, tiende a presentarse como el « nec plus ultra » de la teoría del P.C. y a presentar a Santiago Carrillo como el teórico entre los teóricos que aplasta con su profunda sabiduría a todos los intelectuales decadentes y révisionistas, que habla con gran seguridad de todos y cada uno de los problemas y a todos aporta sus « soluciones » bien sean

(1) Según nuestras informaciones parece ser que el pasado verano se ha celebrado un « Congreso » del P.C. Dicho Congreso tiene la particularidad de ser tan clandestino que ni los militantes del P.C. se han enterado. Salvo, claro está, el reducido grupo designado por Carrillo para participar en él.
¡ Viva la democracia !

políticos, sociológicos, económicos, teóricos, o... militares. Porque también tiene el libro pretensiones de plataforma de gobierno y su autor de estadista.

Se trata, pues, para solucionar de manera administrativa y burocrática la oposición, el apartamiento o expulsión de numerosos intelectuales, de hacer por decreto « intelectuales » a los hombres del aparato, y claro, de autoconvertirse en intelectual mayor, teórico entre los teóricos, a sí mismo.

Que la operación tenga cierto resabio a « culto de la personalidad » no creo que moleste en lo más mínimo al secretario del P.C., más bien al contrario. En un momento en que su autoridad ha sido discutida — aunque sea por una minoría —, en un momento en que su actividad se halla criticada, nuestro burócrata jefe, responde lanzándose al mercado como gran teórico, gran estadista y gran escritor...

El libro, sin embargo, extraña por su torpeza, por su deseo de querer abarcarlo todo y hacerlo superficialmente, cuando no sin sentido, por su deseo de estar « a la page » y de emplear de manera absurda un lenguaje que se pretende « moderno ». Al leerlo, me acordaba de la historia de ese coronel del Ejército español, invitado por primera vez a un banquete en el Palacio Real, debido a sus « hazañas » durante la Guerra del Rif. Le presentan en hermosa bandeja de plata, suculentos manjares rodeados, como motivo decorativo, de un musgo espléndidamente verde. El coronel se sirve una pechuga del ave que fuera y un trozo de musgo. El criado al ver tal cosa, se inclina y murmura en voz baja : « Mi coronel, es musgo. Y el coronel, con alta y orgullosa voz responde : « ¡ Y usted se cree que no se come musgo en mi casa ! ».

Yo no sé si se come musgo en casa de Santiago Carillo, lo que sí sé es que el libro — aparte de decir innumerables disparates — es el texto más burdamente oportunista que el P.C. ha publicado hace años, y ya es decir...

CANTO AL SUBJETIVISMO

Comienza el libro con un elogio del subjetivismo. Se trata no sólo de justificar los errores del P.C. sino de exaltarlos. ¿ Nos hemos equivocado ? dice S.C. ¡ Cómo no ! Pero cuán fructíferos fueron, son y serán nuestros errores. Nuestros errores son profundamente marxistas puesto que también Marx se equivocó. Una nueva « línea táctica » apunta aquí, la línea que llamaremos del « juego de la oca » (de puente a puente y al siguiente, o en este caso : de error a error y al siguiente).

Pero citemos a Carillo :

« Hemos podido incurrir en errores en cuanto al ritmo y a la rapidez. Pero yo me pregunto : ¿ en qué esos errores han perjudicado nuestra lucha ? » (pág. 26). En nada, claro, según Carillo, que añade en la página 27 : « Lo esencial es que aún con errores en los ritmos y plazos, la línea estratégica y táctica del Partido se ha visto confirmada en la vida y en la práctica ».



Con un arte del sofisma digno de un general de los Jesuitas, Santiago Carrillo partiendo de la afirmación categórica (sin la menor demostración y ¿ cómo demostrarlo ?) de que la línea del Partido es justa y sus éxitos enormes, concluye que los errores y fracasos (en los « ritmos y plazos », términos eminentemente sibilinos) son por lo tanto, no ya secundarios, sino *fecundos*, puesto que han contribuido a la magnífica situación en la que se encuentra el « pueblo español » por obra y gracia del partido. Lo malo con tales razonamientos « lógicos », es que con tanta facilidad se puede demostrar exactamente lo contrario, o sea : Teniendo en cuenta la difícil situación en que se encuentra el proletariado español y la ineficacia y el carácter retrógrado del papel del Partido Comunista, ¿ no tendrán su parte de culpa los errores cometidos por éste, así como la negativa a reconocerlos, criticarlos y corregirlos ? Ya que a S.C. le gusta tanto citar a Lenin, ¿ por qué no cita los innumerables textos de éste, sobre la necesidad de criticar abiertamente, *libremente*, los errores cometidos para corregirlos ? Nadie es infalible, desde luego, pero pocas veces se da el caso de un dirigente político que se enorgullezca de la larga lista de errores cometidos.

Para demostrar su inserción en la tradición leninista, Carrillo expone que Lenin y los bolcheviques también cometieron « errores fructíferos » :

« También Lenin y los bolcheviques cometieron errores de apreciación llevados por el optimismo y el impulso revolucionario. En el período anterior y en el período posterior a Octubre, Lenin y sus camaradas repitieron una y mil veces que la revolución obrera universal maduraba en Rusia, Alemania y otros países. Creían en el inminente estallido de la revolución en otros países de Europa. Antes de plantearse la construcción del socialismo en un sólo país habían estado contando con esa revolución... Si la vanguardia revolucionaria en la Rusia de 1917 no hubiese creído en la inminencia de la revolución mundial, no es seguro que las tesis de abril de Lenin hubiesen triunfado... En la apreciación de los ritmos y plazos de la revolución mundial Lenin y los bolcheviques se equivocaron. Pero esa equivocación fué mil veces más útil y positiva para la revolución que los aparentes « aciertos » de los oportunistas » (pág. 18).

Donde se ve implícita esta extraña conclusión : Nuestros errores también son útiles y positivos. Pues bien, siga equivocándose, Santiago Carrillo, siga equivocándose...

Pero lo que ya no tiene derecho a hacer es engañar y adulterar la historia a su antojo : *Primero* : No sólo es falso, sino que es perfectamente ridículo, afirmar que Lenin y los bolcheviques pasaron al asalto del poder por error... porque pensaban que la Revolución iba a extenderse a Europa. Presentada tan unilateralmente, la historia se ve falsada en busca de una autojustificación. En realidad, las cosas son bastante diferentes. Aparte del problema al que ni siquiera alude S. Carrillo, o sea que los bolcheviques no decidieron un buen día



apretar un botón para que estallase la Revolución, sino que se « encontraron con ella », se encontraron con las masas en la calle, con los soviets de soldados y obreros, etc., etc. se encontraron, en una palabra, con una situación revolucionaria en la que se planteó el problema del carácter de la revolución : ¿ Debía ésta limitarse al marco democrático-burgués o debía transformarse en socialista, en « Todo el poder a los Soviets » ? Aparte de escamotear esta cuestión, Carrillo escamotea asimismo, para las necesidades de su « argumentación », la conocida tesis de Lenin, según la cual había que atacar a la cadena del imperialismo por su eslabón más débil. Ese eslabón, como la experiencia lo confirmó, era para Lenin la Rusia zarista, sacudida de punta a punta por potentes movimientos populares y que ya había conocido el ensayo general revolucionario de 1905. Segundo : Si es cierto que los bolcheviques contaban con la extensión de la revolución a otros países y muy concretamente a los *países de capitalismo desarrollado* de Europa, era porque, además del valor intrínseco de una tal extensión de la Revolución, *no consideraban posible construir el socialismo en un solo país y más aún en un país atrasado como la Rusia Zarista*. Sobre esta cuestión, claro, Carrillo no dice ni mu. Ligados y a la vez diferentes son los dos aspectos de la Revolución : la conquista del poder político (posible y necesaria en el eslabón más débil de la cadena imperialista) y la construcción del socialismo (imposible en un solo país y más aún en un país atrasado). Estas eran, muy resumidas, claro, las tesis, nada erróneas por cierto, de los bolcheviques.

En « Las tareas del proletariado en la presente Revolución » (Abril 1917), Lenin escribe en el apartado 8 : « No implantación del socialismo como meta *inmediata*, sino pasar únicamente a la instauración del control de la producción social y de la distribución de los productos por los soviets de diputados obreros » (Pravda No. 28. 9 de Abril de 1917 - Lenin. Obras escogidas).

Y en la VII Conferencia — Abril 1917 — del P.O.S.D. ruso, Lenin declara : « El proletariado de Rusia, que actúa en uno de los países más atrasados de Europa, con una inmensa población de pequeños campesinos, no puede proponerse como meta inmediata la realización de transformaciones socialistas. Pero sería el más funesto de los errores, error que en la práctica equivaldría a pasarse al campo de la burguesía, deducir de ello la necesidad de que la clase obrera apoye a la burguesía, de que limite su táctica al marco de lo que la pequeña burguesía estime aceptable, o de que el proletariado renuncie a su papel dirigente en la tarea de explicar al pueblo la urgencia inaplazable de una serie de pasos, prácticamente maduros hacia el socialismo » (Lenin. Obras escogidas. II. Pág. 143-144).

Tercio : Lenin no defendió jamás la tesis de « socialismo en un solo país ». Dicha tesis, defendida por Stalin y Cia. en contra concretamente de Trotsky, tras la muerte de Lenin, se convirtió en dogma oficial del Estado soviético (y de todos los Carrillos del mundo) al mismo

tiempo que Stalin se convertía en Jefe Supremo y « águila de la ciencia », o sea una vez aplastados los brotes de democracia socialista en la U.R.S.S. Recurramos a la inevitable cita :

« Actualmente estamos ante la cuestión siguiente : ¿ sabremos mantener nuestra pequeña y muy pequeña producción campesina, en el estado de ruina de nuestro país, hasta el día en que los países capitalistas de Europa occidental terminen su desarrollo hacia el socialismo ? » (...) « Lo que nos interesa ahora es la táctica que debemos seguir, nosotros, Partido Comunista de Rusia, nosotros, poder de los Soviets de Rusia, para impedir que los Estados contrarrevolucionarios de Europa occidental nos aplasten. Para que podamos *subsistir* (subrayado por mí. L.T.) hasta el próximo conflicto militar entre el Occidente imperialista contrarrevolucionario y el Oriente revolucionario y nacionalista, entre los Estados más civilizados del mundo y los países atrasados como los de Oriente que forman, sin embargo, la mayoría — pero hace falta que la mayoría tenga el tiempo de civilizarse. Nosotros, *tampoco estamos bastante civilizados para pasar directamente al socialismo, incluso si tenemos las premisas políticas* (subrayado por mí, L.T.). Lenin (« Más vale poco y bueno ». Pravda No. 49. 4 de marzo de 1923. Recogido en las Obras Escogidas. »)

Cuarto : Pese a lo que parece decir Carrillo, la extensión de la Revolución a otros países por los años 1917-22, no era un mero sueño utópico, un error, de los bolcheviques. De hecho, importantes brotes revolucionarios estallaron en Alemania, en Hungría (La República de los Consejos Obreros de Bela Kun) y más tarde, en 1924 en China. Sin embargo, estos brotes revolucionarios fueron aplastados por la burguesía. No entramos aquí en el análisis de los errores cometidos por los movimientos revolucionarios y por la IIIa Internacional que facilitaron objetivamente su aplastamiento por la burguesía. Señalemos, de paso, que esos « errores en los ritmos y plazos », no fueron nada positivos... Lenin, que no tenía una concepción esotérica de la política, entre 1917 y 1923 tuvo que constatar las derrotas del movimiento revolucionario en Europa, su reflujo consiguiente y a la vez el auge del movimiento anti-imperialista en Oriente (China e India, concretamente). Por ello, sin abandonar sus tesis sobre la imposibilidad del paso directo al socialismo en un solo país y en un país atrasado, sobre la necesidad de *subsistir* y de *civilizar* a Rusia, ve un apoyo político importante a la joven revolución rusa, en los movimientos anti-imperialistas de Oriente. Pero ni un momento olvida las inmensas dificultades, para no decir la imposibilidad, de paso directo al socialismo en los países atrasados. Y, por ello, no se olvida ni un momento de la importancia fundamental del triunfo de la Revolución socialista en Europa, en los países de capitalismo desarrollado, o sea en los *únicos* países en donde es posible el paso directo al socialismo. Toda la historia de estos últimos cincuenta años, está resumida en este dilema : todas las « revoluciones socialistas » han triunfado en países en donde no existían las bases econó-

mico-sociales para la construcción del socialismo. Y en los países en donde estas bases existen — los países capitalistas desarrollados — el proletariado, traicionado por « sus » partidos no ha dado un paso desde 1917 hacia la conquista del poder político.

En resumidas cuentas y en contra de lo afirmado arbitrariamente por Carrillo, resulta evidente que pese a sus errores y fracasos — que nadie pretende negar — los bolcheviques tuvieron razón en los dos puntos fundamentales que se discuten aquí :

1^o) La posibilidad y la necesidad de la conquista del poder en 1917; 2^o) la imposibilidad de construir el socialismo en un país atrasado como Rusia, si la revolución no se extiende a países capitalistas desarrollados. Ahí está la Revolución de Octubre para demostrar que Lenin tenía razón en Abril de 1917 y aquí está la U.R.S.S. de 1966 para demostrar cómo no se ha construido el socialismo en ese país.

Si me he extendido sobre este punto particular, es porque — aparte de su importancia — aquí queda demostrado el *método* utilizado por Carrillo en todo su libro. Este método consiste en falsear la verdad y la Historia, con el único fin de servir sus intereses de secretario general del P.C. Pero a través de sus planteamientos falsos y de sus deformaciones, una « ideología » se desprende del libro de Carrillo. Y son curiosos los puntos de coincidencia entre la « ideología » de Carrillo con la de G. Sorel (aparte que Sorel es mucho más inteligente). Evidentemente una tal identidad es involuntaria por parte de Carrillo, que lo más probable es que no haya leído a Sorel.

« Hay que juzgar a los mitos como medios de actuar sobre el presente ; toda discusión sobre la manera de aplicarlos materialmente en el curso de la historia no tiene sentido. *Es el conjunto del mito el que importa solamente* ; sus partes no ofrecen interés más que por el relieve que dan a la idea contenida en la construcción. No es por lo tanto útil razonar sobre los incidentes que pueden producirse en el curso de la guerra social y sobre los conflictos decisivos que pueden dar la victoria al proletariado ; incluso si los revolucionarios se equivocan totalmente, haciéndose un cuadro fantástico de la huelga general, este cuadro podría constituir durante la preparación de la revolución, un elemento de primera importancia, si ha admitido, de manera perfecta, todas las aspiraciones al socialismo y ha dado al conjunto de los pensamientos revolucionarios una precisión y una rigidez que no habrían podido proporcionarles otras formas de pensar » (Georges Sorel. « Reflexions sur la violence », pág. 180. Edit. Marcel Rivière. Paris 1921). Como vemos, Carrillo no ha defendido nunca con tanta brillantez el mito de la huelga general política, si bien él como Sorel, se apartan radicalmente del socialismo científico de Marx.

LA LUCHA CONTRA EL FRANQUISMO

Después de su canto al subjetivismo y a la primacía de la « voluntad » sobre el análisis, Carrillo pasa al examen de la « situación actual

del régimen ». Pocas cosas nuevas en este capítulo de su libro. El optimismo es de rigor : Avances considerables de las fuerzas democráticas, grandes progresos de la unidad, demostración práctica de la justeza de la línea política del P.C. (o sea de la línea del Secretario general, puesto que los elementos de la dirección del P.C. que propusieron otra fueron expulsados). En una palabra el runrun habitual de las declaraciones precedentes. Hay que notar, sin embargo, ciertas precauciones de lenguaje en relación, por ejemplo, con la « liberalización ».

« Afirmar esto, por nuestra parte, es reconocer que la « liberalización » en las circunstancias presentes, aunque su objetivo esencial sea hacer abortar las transformaciones democráticas que maduran en la entraña de la sociedad española, podría no ser una mera maniobra demagógica. Tampoco es una orientación puramente « económica » hacia la asociación con los grandes conjuntos económicos europeos » (pág. 30).

Toda esta parte de su libro abunda en frases de este tipo, enrevesadas y contradictorias, que permitan a Santiago Carrillo, declarar mañana : « Ya lo había dicho yo ». Tales precauciones, contradicen asimismo la primera parte del libro, en donde viene a decir : « ¿ Qué importan los errores si nuestra « voluntad » está intacta ? ». Porque ¿ cómo puede la « liberalización » pretender hacer abortar las transformaciones democráticas y *no ser pura demagogia* ? Si no es demagogia, es una realidad, o sea ¿ el régimen se *liberaliza realmente* ? Y si el régimen se liberaliza realmente ¿ qué diferencia profunda existe entre la « liberalización » del régimen y la « democratización » propugnada por Santiago Carrillo ?

Al hacer estas preguntas entramos de lleno en uno de los problemas básicos del libro, como de toda la política del Partido Comunista desde hace más de diez años. Problema básico tratado por Carrillo en diferentes partes del libro, pero que vamos a concentrar en nuestra crítica, para mayor claridad. Este problema básico puede resumirse de la forma siguiente : ¿Cuál es el carácter de la revolución española ? Y cuestión subsidiaria : ¿Cuál es la situación político-económica actual ?

Para Carrillo se trata de la « revolución democrática » y estamos pues en un período « revolucionario ». El logro de la « democracia » pudiendo presentarse como el... triunfo de la Revolución... Esta tesis tiene *aparentemente* grandes virtudes tácticas ; así, por ejemplo, toda medida « liberalizadora » del régimen puede presentarse como un triunfo de las fuerzas « democráticas » y una demostración de la justeza de la línea política del P.C. Así, Santiago Carrillo, llevado por su « voluntad de entusiasmo », descubre en su libro que estamos, nada menos que en una situación de... « doble poder !!! » : « ...frente al poder franquista se está incorporando y poniendo en pie un nuevo poder, aún no legal, expuesto a vaivenes y accidentes, pero en una línea ascendente : el poder de las fuerzas democráticas, el poder de las masas

populares » (pág. 32). ¿Cómo justifica Carrillo una tal afirmación? Cinco puntos siguen para demostrarlo: En primer lugar: la amplitud de las huelgas desde 1962. En segundo lugar: «la fuerza de las masas ha impuesto el surgimiento de nuevas estructuras de organización del movimiento obrero, independientes, unitarias y de clase». En tercer lugar: «la imposición de la huelga como un hecho corriente, si no como un derecho legalizado». En cuarto lugar: la desintegración del S.E.U. Y en quinto lugar: «las modificaciones introducidas en el sistema represivo, al suprimir el Tribunal Militar...».

Sin negar la importancia real de estos puntos, hablar basándose en ellos (muy resumidos aquí) de «doble poder», quiere decir que, o bien Carrillo no tiene ni idea de lo que esto quiere decir o, que introduce en su discurso de vez en cuando una coloración «izquierdista» para enmascarar ante sus militantes, el contenido profundamente oportunista de su política. Y tal vez, ambas cosas.

Como vemos, «el auge del movimiento de masas y la potencia de las fuerzas democráticas» permiten abordar con pleno optimismo una etapa importante de la «revolución democrática»: la liquidación de la dictadura franquista. ¿Cómo? Es aquí donde Santiago Carrillo introduce una precisión importantísima, a su ya conocida táctica del movimiento de masas y de la unidad de las fuerzas democráticas que *impongan* el restablecimiento de las libertades políticas. Esta nueva precisión es nada menos que... Pero no, lo que sigue es tan increíble, que más vale citar a Carrillo:

«Así podría surgir una posibilidad, nueva e imprevisible hace cierto tiempo, de establecer una colaboración pueblo-Ejército para una acción destinada a instaurar las libertades políticas y levantar la grave hipoteca que el régimen representa para España.

«Si esta posibilidad se concretase, la *huelga nacional podría tomar la forma de un movimiento coordinado del pueblo y del Ejército para abolir la dictadura*. Sin deslumbrarnos por esta vía, sin caer en ilusiones fáciles, conscientes de sus dificultades — y de que hay otras vías — si dicha posibilidad cristalizara **EL PARTIDO COMUNISTA ESTARIA DISPUESTO A PARTICIPAR EN LA ORGANIZACION Y A CONTRIBUIR CON TODAS SUS FUERZAS A LA VICTORIA DE UN MOVIMIENTO DEL PUEBLO Y DE LOS MILITARES QUE ABRIESE UN NUEVO PERIODO EN LA HISTORIA DE ESPAÑA** » (pág. 87 y 88).

Debo reconocer que al leer estas líneas tuve unas dudas. ¿No se habría equivocado la imprenta? ¿No se había introducido, por error, en el libro de Carrillo unos párrafos relatando la lucha de Bolívar contra los españoles el siglo pasado? Porque aquello de «movimiento del pueblo y los militares» podía perfectamente referirse a Bolívar y a San Martín... Pero no, no se trata de un error de imprenta, sino de un nuevo «error fecundo» de Santiago Carrillo... La sorpresa (y ¡la indignación!) una vez pasados, ante tamañas concepciones «revo-

lucionarias », hay que constatar que el « llamamiento a los militares » constituye una de las obsesiones de S.C. Ya en 1962, en plena huelga éste se dirigió por Radio España Independiente a las fuerzas del orden — Ejército y policía — apelando a su sentido del honor y de la disciplina. Virtudes que según Carrillo son comunes a los militares y a los comunistas...

Carrillo parece considerar que si él, secretario general del P.C. (¡nada menos!) se dirige a los militares y les dice: « Basta ya de estar enfadados, la reconciliación nacional y la huelga asimismo nacional, pasan por un entendimiento Pueblo-Ejército, démonos la mano y colaboremos a la liquidación de la dictadura... » Tal declaración impresionará a los militares, suscitará interés, entusiasmo ¿quién sabe? agravará las contradicciones que — según Carrillo — existen en su seno y facilitará, en una palabra, la política del P.C. Carrillo sueña con jóvenes y ardientes capitanes de tipo naseriano viniendo a poner su espada a su servicio, así como con algún viejo general que fue masón en sus años mozos y del cual se dice en los cafés de Madrid que es... antifranquista. En una palabra: hay que hacerse amigos en el Ejército y para ello lo mejor es lamerle las botas. Esta táctica no se limita a los militares, se extiende hasta límites increíbles en relación con los católicos en general y la Iglesia en particular, pasa por la pequeña burguesía del campo y la ciudad; no faltan tampoco las palmaditas a los intelectuales « demócratas » (con tal que no sean revolucionarios), en una palabra a todas las categorías sociales y grupos políticos dirige Santiago Carrillo sus paternales saludos.

No hay, en relación con el Ejército o con la Iglesia, por ejemplo, el menor análisis, no hay en relación con la sociedad española la menor investigación sobre las clases en presencia, sus intereses respectivos, sus contradicciones irreconciliables; los grupos políticos, las categorías sociales, parecen flotar, tales barquitos de papel en un barreño de agua sucia, y Carrillo se divierte en estupendas combinaciones: El barquito X unido al barquito Y, es más fuerte que el Barquito Z. Lancemos pues un llamamiento al barquito Y...

LA DEMOCRACIA POLITICO-SOCIAL

Carrillo escribe en la pág. 90 de su libro: « Pero una vez dado tal paso (se trata de la instauración de las libertades políticas L.T.) y en el cuadro de la libertad política, ante España se presentan dos vías posibles de desarrollo: la vía monopolista y la vía democrática, revolucionaria. La cuestión de las dos vías de desarrollo está de una u otra forma, en el fondo de todo el debate que se desarrolla actualmente entre los españoles. Rehuirla sería una maniobra pueril en el momento en que otras fuerzas elaboran y comienzan a publicar sus programas para el futuro. Los comunistas no ocultamos nuestra firme voluntad de esforzarnos por orientar el desarrollo de España por la vía democrática.

tica, revolucionaria, y creemos necesario establecer con claridad ante unas y otras fuerzas, y ante el pueblo, cómo concebimos, en sus grandes líneas esta vía. »

Volveremos más adelante sobre la famosa vía democrática (sin mencionar el adjetivo « revolucionaria » puesto aquí de pegote y para hacer pasar mejor el reformismo y la incoherencia de esta « vía »). Apuntemos brevemente, para aclarar las cosas, que Carrillo, pese a toda serie de precauciones estilísticas, sigue negando la realidad, o sea las profundas transformaciones sociales habidas en España y el desarrollo del capitalismo monopolístico en nuestro país.

Es interesante notar que, en su capítulo « Ciertas particularidades del desarrollo económico de España » (pág. 126 a 138) así como en otros trozos de su libro en donde se refiere a la situación económica del país, Carrillo NO CITA UN SOLO DATO, UNA CIFRA, UNA SOLA ESTADISTICA, en defensa de sus tesis. Se limita a negar la importancia del desarrollo capitalista y a insultar a los que lo constatan.

Sin meternos en el estudio detenido de las apreciaciones carrillistas sobre la evolución de la situación económica española, vamos a dar algunos ejemplos para demostrar su incoherencia y mala fé :

Hablando de los problemas de la agricultura, escribe página 68 : « si se hiciese un estudio serio provincia por provincia, se comprobaría que actualmente en España la pequeña y media propiedad son más productivas que la gran propiedad terrateniente ». Y añade a renglón seguido que « sus » economistas han recibido la orden de demostrarlo... Para facilitar tan ardua tarea a dichos economistas, les propongo que comparen las propiedades terratenientes *no cultivadas*, o sea reservadas a la caza o a lo que sea, con las propiedades medias cultivadas a 100 %. Tal vez mediante esta trampa logren satisfacer a su secretario general... Pero de todas formas van a tener serias dificultades, aunque sólo sea para explicar por qué miles y miles de *pequeños propietarios* abandonan o venden sus tierras y buscan trabajo en las regiones industriales. Si la pequeña propiedad fuese tan productiva ¿ por qué se marchan ? ¿ por qué aldeas enteras se abandonan ? Es evidente que esta afirmación categórica de Carrillo no tiene más objeto que la justificación de su consigna « la tierra para quien la trabaja » (una de las consignas más confusas de la historia, dicho sea de paso, porque entre otras cosas no especifica cuál debe ser el régimen de propiedad de la tierra) y a través de esta consigna la defensa de la pequeña propiedad campesina familiar. La cual empresa, tanto en España como en otros países, constituye un freno al desarrollo económico, debido precisamente a su baja productividad : la propiedad « familiar » produce generalmente para el autoconsumo y apenas o nada para el mercado nacional. Incluso el autoconsumo permite solamente que la familia campesina no se muera de hambre y no siempre... Y es por eso, que tantas y tantas familias campesinas, propietarios de pequeñas parcelas

de tierra, huyen del « paraíso » de la tierra al infierno de las ciudades industriales. Y no lo hacen con alegría, lo hacen porque no *tienen más remedio*.

Pasemos al desarrollo industrial. Escribe Carrillo páginas 130 y 131 : « Ciertamente que en los últimos años asistimos en España a un auge económico sobre cuya base se asienta todo el esfuerzo para « ideologizar » el crecimiento (¡ Toma ! L.T.). En ese auge influyen diversos factores. La activación económica, tras el Plan de Estabilización, espoleada por la intensificación de la inversión estatal, pero, sobre todo, el extraordinario incremento del turismo, que ha sumergido momentáneamente, bajo la riada inesperada de dólares, los escollos provenientes de las estructuras económicas. A esa riada de dólares han venido a unirse las remesas de cientos de miles de trabajadores emigrados y la inversión de capital extranjero. « Y más adelante »... « ...el actual crecimiento económico discurre por cauces tradicionales de la unidad de producción, reducida y limitada, destinada al mercado interno, sin comparación con el nivel histórico actual ; en que DILATA (subrayado por mí L.T.) el océano de pequeñas y medias empresas que constituyen la base y a la vez contribuyen a la inestabilidad de las superestructuras monopolistas. »

Como vemos la « activación económica » se debe al turismo, a las remesas de los emigrantes y al capital extranjero. Notemos de paso que sobre este mismo capital extranjero S.C. decía en la página 128 que constituía « un freno para el crecimiento económico nacional ». ¿ En qué quedamos ? ¿ Freno o activación ? De todas formas nuestro autor insiste en que *sobre todo*, es el turismo el que cubre momentáneamente los escollos, mediante su « riada de dólares ».

¿ Será gracias al turismo que en 1964 — por ejemplo — el producto nacional ha aumentado el 7 0/0, la producción industrial el 11,6 0/0, el consumo privado del 6 al 7 0/0, las inversiones fijas un 15 0/0 (según el informe del O.C.D.E. para ese año) ? ¿ Será gracias al turismo como se crean nuevas industrias petroquímicas, siderometalúrgicas, etc., que ha aumentado tan considerablemente en estos últimos años el sector industrial en detrimento del agrícola, etc., etc. ?

No solamente las afirmaciones de Carrillo son falsas porque no tienen en cuenta los pasos considerables dados últimamente hacia la concentración monopolista y la creación de empresas cada vez mayores, etc., sino que además entran en contradicción con lo que él mismo afirma en otros momentos de su informe. Por ejemplo, cuando, nada menos que en la página 134, Carrillo habla de las « destrucciones y aniquilaciones » de las pequeñas y medias empresas por los monopolios. Una vez más ¿ en qué quedamos ? El actual crecimiento económico « dilata » el océano de las pequeñas y medias empresas, como dice Carrillo en la página 131, o destruye y aniquila dicho océano como así afirma en la página 134 ? Y ¿ cómo explicar tamaña incoherencia en el secretario general del P.C. ? Pues se explica. En efecto, en la página

134 se dirige a los pequeños y medios empresarios y las lágrimas en los ojos les dice : los monopolios son malos y os están comiendo y os comerán cada vez más, veniros con nosotros que somos buenos y os prometemos larga vida y buenos negocios ! Las necesidades de la demagogia de tipo electoral, hacen olvidar a Carrillo que pocas páginas antes escribía exactamente lo contrario cuando intentaba demostrar la fragilidad del crecimiento económico actual.

Esta contradicción resume, en cierta medida, toda la incoherencia de la plataforma política de Carrillo. Al negar la importancia de las transformaciones económicas (otra cuestión, que por cierto no plantea Carrillo, es señalar *cómo*, *porqué* y en *beneficio* de quien se llevan a cabo tales transformaciones), pretende justificar su línea política. O sea, que en lugar de proponer una línea política, partiendo del análisis de una situación, « analiza » a su manera dicha situación para *justificar* su línea política. Y como su línea está basada en la « revolución democrática », tiene que intentar demostrar *como sea*, que en España se va a producir una « ruptura », (no socialista, claro, sino democrática) ; tiene que demostrar que la situación es insoluble para el régimen, las contradicciones explosivas entre el régimen — un puñado de monopolistas y terratenientes — y el « pueblo » — o sea la burguesía no monopolista, los trabajadores del campo y la ciudad, la pequeña y media burguesía y hasta, como hemos visto, el Ejército y la Iglesia. Uno se pregunta ¿ qué es lo que esperan todas esas fuerzas para echar a ese puñado de malas gentes ? Como su línea política se basa aparentemente en una vía de desarrollo « democrático » (pero en realidad ocurre al revés), tiene que negar la realidad de *otro* desarrollo, idealizar el suyo.

En la página 98 escribe lo siguiente : « En realidad la política de reconciliación nacional ha cumplido, en lo esencial, uno de los objetivos que le asignábamos : la superación de la divisoria de la guerra entre el pueblo. Pero queda en pie una empresa nacional que exige desarrollar y elevar a un nuevo nivel la reconciliación del pueblo (¿ no querrá decir de las clases ? L.T.) superar el atraso de una revolución burguesa emprendida pero no acabada « (...) « Se trata de dejar de ir al troté lento en el terreno del desarrollo económico y social para empezar el galope que el país necesita. » Y más adelante, en un galope lírico añade que esto es posible : « Si se crea un romanticismo del desarrollo nacional democrático, revolucionario. » Sin comentarios.

Este desarrollo llamado democrático se realizará en el marco político llamado « democracia político social » o « nueva democracia ». Se trata ni más ni menos, que de la democracia burguesa con algunos rasgos particulares. Estos rasgos particulares consisten en que en la democracia de Carrillo han desaparecido los conflictos de intereses y la lucha de clases. Es, según él, la panacea universal. Uno se pregunta cómo los burgueses han sido tan tontos en no haber pensado en ello antes y que tenga que ser Santiago Carrillo quien les indique el camino idílico de la colaboración fecunda con la clase obrera. Ningún ideólogo

burgués ha ido tan lejos en la idealización de la democracia burguesa, como Santiago Carrillo en sus páginas sobre la « nueva » democracia (que de nueva no tiene nada, claro está, a menos que se considere así el incluir en el esbozo de Constitución realizado por Carrillo, el proyecto de Mendes-France de sustituir el Senado por un Consejo Económico Social).

Nos vemos pues situados, según Carrillo, ante dos vías de desarrollo : Una, la que ya existe en España ; la vía de desarrollo monopolista, vía que exige ciertos cambios en las estructuras políticas actuales del régimen, cambios que no representan ninguna revolución, por importantes que sean. Otra, la propuesta por Santiago Carrillo, secretario general del Partido Comunista de España, y que con la etiqueta de « democrática », ES ASIMISMO UNA VIA DE DESARROLLO CAPITALISTA, como él mismo reconoce.

Como nos situamos ante dos vías de desarrollo capitalistas (ambas por lo tanto basadas en la explotación del proletariado, por si acaso alguien se olvida de este « detalle »), para juzgarlas debemos tener en cuenta la experiencia del desarrollo general del capitalismo tanto más, cuanto que el desarrollo del capitalismo español está cada vez más ligado al desarrollo del capitalismo mundial.

Para cualquier marxista (y para muchos que no lo son) el sistema monopolista constituye la fase superior, más avanzada del capitalismo y esto tanto desde el criterio del beneficio máximo, como de los criterios de productividad, racionalización, introducción de técnicas modernas, etc., etc... La experiencia concreta así lo demuestra, tanto en España, como en el mundo entero. Proponer una vía de desarrollo capitalista no monopolista, constituye pues dar un paso atrás. Apartando por un momento toda la fraseología demagógica de Santiago Carrillo sobre el « romanticismo del desarrollo democrático », nos encontramos con que éste sale a la palestra con un programa político-social históricamente MAS REACCIONARIO que el de los « neocapitalistas » españoles, los franquistas de ayer, « liberalizadores » de hoy.

¡ A tales concepciones retrógradas se reduce su « revolución democrática » !

Los carrillistas responderán indignados que Santiago Carrillo ve la democracia político social como un « régimen de transición » hacia el socialismo (pág. 111). Bien, pero eso no quiere decir nada, a todo se le puede llamar « transición hacia el socialismo ». Lenin, por ejemplo, ha afirmado : « El capitalismo monopolista de Estado es la preparación material más completa para el socialismo, *su antesala*, porque en la escalera histórica no hay peldaños intermedios entre esa fase y aquella a la que se le da el nombre de socialismo... »

Lo que hay que ver es cuál es el « contenido económico de la democracia político-social » (título de un capítulo del libro de S.C.). Dicho contenido se basa en tres puntos : 1º) Una reforma agraria de tipo burgués ; 2º) El desarrollo impetuoso del capitalismo no monopo-

lista y 3^o) Las nacionalizaciones. Sobre éstas Carrillo es a la vez « audaz » y prudente. Escribe en la página 116 : « Será necesario ir *hacia* la nacionalización efectiva de la Banca y el crédito, *hacia* la nacionalización de las riquezas del subsuelo, de la energía eléctrica y de las grandes instalaciones industriales monopolistas, y a su gerencia por el Estado y los trabajadores. Esa nacionalización puede hacerse *sin lesionar a los accionistas...* » (los subrayados son míos L.T.). Hay que ir pues « hacia » las nacionalizaciones « sin lesionar a los accionistas »... Extraño programa.

Santiago Carrillo define él mismo, el contenido de las nacionalizaciones que habrá que realizar en un futuro incierto, se trata, dice, de un « capitalismo de Estado democrático ». ¿ Quiere esto decir que al I.N.I. se le llamará I.N.D.I. ? (Instituto Nacional Democrático de Industria). Podemos asimismo apreciar el cinismo de Carrillo cuando alude de paso a que los trabajadores participarán en la gerencia de las empresas nacionalizadas, sin dar el menor detalle de *cómo* va a realizarse dicha participación.

En resumidas cuentas, Carrillo se saca de la manga para el futuro un engendro de economía mixta, capitalista de Estado y capitalista no monopolista, en el marco político de la « nueva democracia » en la que el Estado ha dejado de ser el representante de una clase, según los criterios marxistas, para convertirse en el *representante de todas las clases*, según los criterios clásicos de los ideólogos de la burguesía. En el No. 1 de A.C. escribíamos sobre estas tesis ya desarrolladas por Carrillo en precedentes escritos: « No puede entenderse la nacionalización de los monopolios en la etapa actual más que de dos maneras : una verdadera nacionalización (o mejor dicho socialización) como primera medida importante para la transformación socialista del país y que sólo un poder obrero socialista podrá realizar ; o una « nacionalización » a medias que refuerce el capitalismo de Estado y sea, en fin de cuentas, un paso más en el desarrollo del « neocapitalismo ». Aquí, una vez más se plantea el problema del poder, el carácter de clase del Estado... » Sólo añadiremos que Carrillo responde él mismo a nuestra alternativa al declarar que se trata « de capitalismo de Estado democrático » y aparece así, después de su canto al desarrollo no monopolista, que los monopolios se reintroducen de contrabando en su « sistema » bajo la etiqueta de « capitalismo de Estado democrático ».

« El paso gradual a la propiedad social del conjunto de los medios de producción — escribe asimismo Carrillo, pág. 121 —, por esta vía, no sería consecuencia de tales o cuales medidas de expropiación ; el desarrollo de las fuerzas productivas iría planteando de una manera *natural* (subrayado por mí, L.T.) la superación gradual de la pequeña y mediana industria. » O sea que Santiago Carrillo ya ha liquidado de un plumazo la necesidad de la revolución socialista. El desarrollo de las fuerzas productivas planteará de manera NATURAL el paso gradual al socialismo... Santiago Carrillo comparte, pues, las tesis más reformistas de la socialdemocracia sueca de derechas...

El contenido político de la « nueva democracia » es, como ya hemos dicho, la democracia burguesa. Carrillo se extiende bastante sobre los detalles de esta democracia política. Como dice en la página 101, « el órgano soberano debe ser el Parlamento ». Aboga asimismo por una autonomía nacional, regional y local, se declara favorable a la creación de un Consejo Económico Social, dice algunas banalidades sobre la necesidad de « la autonomía de la Justicia » y, en fin, se declara partidario del pluripartidismo. En relación con « la política exterior y militar de la nueva democracia », señala que el Partido Comunista no es « adepto de un antimilitarismo simplista » (ya lo sabíamos, por cierto), y hace algunos comentarios que resultan jocosos sobre el tipo de armas necesarios al moderno y eficaz Ejército español de sus sueños. Así página 140 dice : « Nosotros no tenemos ninguna intención de desmantelar al Ejército, y mucho menos, de reemplazarle por el antiguo Ejército popular »... Y página 141 : « La Marina, dentro de esta doctrina defensiva, debería desarrollar principalmente el arma submarina y las embarcaciones ligeras y rápidas de superficie, renunciando a las grandes unidades y desde luego a los portaviones, que son útiles sólo en el marco de una doctrina militar agresiva y de 'prestigio'. » La clasificación de las armas en defensivas y ofensivas en la guerra moderna hechas por Santiago Carrillo, son particularmente sabrosas... Pero dejemos eso. En su programa de inspiración « electoral » Santiago Carrillo a medida que va pasando revista de las categorías y grupos sociales promete el oro y el moro a cada uno, sin detenerse en las contradicciones de intereses de clase que existen entre dichas categorías, sin siquiera referirse a dichas contradicciones, de allí el carácter irreal, contradictorio y en el fondo, totalmente oportunista, de su plataforma, carácter que hemos intentado señalar examinando algunos aspectos de su libro.

Pero la realidad ha dado ya al traste con las combinaciones político-sociales de Carrillo, ha vaciado de todo contenido real sus programas de gabinete de dirigente exiliado.

La realidad, es que en España se ha iniciado ya hace años *la vía de desarrollo monopolista* y como no encuentra ante sí ningún obstáculo *infranqueable*, y no serán las elucubraciones de un Carrillo las que constituyan uno, el desarrollo capitalista por vía monopolista va a continuar en los años venideros, con todas las consecuencias económicas, políticas y sociales que ello implica. El Estado español ha desempeñado, está desempeñando y desempeñará un papel, este papel tiende cada vez más a favorecer el desarrollo del capitalismo. El Estado español, principalmente a través del I.N.I. pero no únicamente, constituye a la vez que el representante de la oligarquía, *una fuerza económica*, como así ocurre en otros países, en Francia y en Italia, por ejemplo (en Francia el 25 % de la economía está nacionalizada y hablar de socialismo en Francia, no es más que una bobada). Como todo desarrollo capitalista, el español actual se basa en la explotación del proletariado y otras

capas sociales. Según las necesidades objetivas de este desarrollo, el capitalismo español debe ampliar más aún en los próximos años sus lazos con el capitalismo internacional en general y el europeo en particular, y a la vez realizar una serie de reformas en las superestructuras políticas, reformas muy tímidamente iniciadas bajo el nombre de « liberalización ». Estas reformas necesarias, ponen de manifiesto una serie de contradicciones en el seno de la burguesía, que las fuerzas obreras pueden aprovechar para ampliar considerablemente los límites de la « liberalización », desbordando en este terreno, como en otros, los proyectos de la burguesía, arrancando las libertades democráticas, que permitan reforzar considerablemente *la organización autónoma de la clase obrera y del campesinado*. Pero el desarrollo de las fuerzas productivas, el incremento del sector industrial, las características del desarrollo del capitalismo monopolista, las contradicciones de clase, el carácter del Estado español actual — capitalismo monopolista de Estado — nos sitúan, según la frase de Lenin citada anteriormente : « en la antesala del socialismo », no hay en España peldaños intermedios entre el actual capitalismo monopolista y el socialismo, que se llamen dichos peldaños « democracia político-social » o cómo se llamen. La situación internacional y concretamente la integración del capitalismo español al capitalismo internacional, que ha ido ampliándose desde el fin del período autárquico, desempeñan un papel importantísimo en la situación actual, reduciendo más aún, si fuera posible, toda « solución intermedia » todo desarrollo capitalista no monopolista. Desde un punto de vista político, las reformas necesarias, tienden a la creación de un régimen de tipo « gaullista », o sea fuertemente centralizado y en el que los instrumentos tradicionales de la democracia burguesa pierdan o cambien de significado y de contenido. Esto es sobre todo evidente en relación con el Parlamento, que tiende a convertirse en un órgano puramente consultivo ; las decisiones importantes de orden político o económico se toman cada vez más, fuera del Parlamento. La burguesía española creará paulatinamente partidos políticos de « nuevo tipo », capaces de sustituirse en el poder para continuar la misma política en lo esencial... Permitirá, e incluso apoyará — ya ha empezado — la constitución de uno o varios sindicatos integrados al capitalismo...

Muy resumidamente, hemos repetido algunos de los rasgos del desarrollo político-económico ya iniciado en España y que las fuerzas predominantes de la burguesía española *pretenden continuar desarrollando*, como así venimos diciendo en A.C. y puede verificarse en la experiencia diaria. La respuesta de la clase obrera es, claro, posible y necesaria, pero sólomente será eficaz si tiene claramente conciencia de que toda lucha parcial, toda conquista en el terreno de las reivindicaciones económicas y políticas debe insertarse en un *proyecto global de alternativa socialista*. No hay en España más Revolución posible que la Revolución socialista, no hay más alternativa al desarrollo monopolista, que el desarrollo socialista.

NOTAS SOBRE GRUPOS Y PARTIDOS

por Luis Peña

Los últimos diez años de la vida de la oposición política española se caracterizan por la aparición de grupos políticos nuevos que coexisten junto a los partidos y organizaciones clásicos. Su influencia, dentro del ámbito reducido de la oposición, es relativamente grande, su dinamismo al nivel de la agitación es tan importante como el de los partidos. Ningún acontecimiento de este período puede describirse sin mencionar la presencia de uno o varios, cuando no todos, de los grupos políticos nuevos existentes en el momento considerado. La limitación en el tiempo que implica la frase anterior : « en el momento considerado », nos es impuesta por el hecho de la inestabilidad de los grupos ; los grupos nacen, crecen y desaparecen con relativa rapidez. Durante este período, comprobamos en todo momento la presencia de grupos, pero de un momento a otro los grupos han cambiado, son otros. Este fenómeno de la aparición y desaparición de grupos, esta renovación permanente puede ser interpretada como un índice de la efervescencia política del medio en que nacen los grupos, un índice de vitalidad. Pero si consideramos el medio que les ve nacer (una oposición débil y dividida), no nos queda más remedio que considerar el fenómeno de los grupos como síntoma de la descomposición de la oposición. Si la pululación de grupos indica que la oposición está en descomposición, también indica que hay intentos de evitarla o frenarla. Por eso puede decirse : *los grupos nacen como consecuencia de la falta de eficacia de la oposición y con el objetivo de aumentar la eficacia*⁽¹⁾. El hecho de que una de las raíces de la ineficacia de la oposición sea su división y que la aparición de grupos nuevos aumenta esta división, no contradice lo indicado anteriormente, pues la unidad es una condición necesaria pero no suficiente para alcanzar un mínimo de eficacia ; una unión total de toda una oposición en torno a una línea política errónea conduce al máximo de ineficacia que se llama fracaso.

El que los grupos sigan naciendo hoy demuestra que han fracasado doblemente : no solo no ha disminuído la ineficacia de la oposición, sino que ha aumentado y una buena parte de este aumento de ineficacia es debido precisamente a la aparición de los grupos mismos (los filósofos dirían que los grupos están enajenados, pues hacen lo que no quieren y quieren lo que no hacen).

El fracaso de los grupos nos lleva a considerar la situación de la oposición, y concretamente la llamada de izquierda, y el problema de

(1) Toda otra interpretación implica necesariamente la mala fe de los militantes o, al menos, de los fundadores del grupo.

su futuro. La oposición parece haber entrado en un estado de letargo profundo y por lo que respecta a su influencia sobre los acontecimientos españoles es como si no existiera. Todo parece indicar que los partidos clásicos están calladitos esperando el momento en que los dejen entrar legalmente en el país para integrarse lo más rápidamente posible al sistema. No pretendemos con esto decir que el proyecto de integración sea el único motivo de su estado de latencia, sabemos que la causa principal es la pérdida creciente de influencia sobre las masas, y lo uno favorece lo otro. La situación de la oposición es grave y los testimonios abundan, precisamente en las publicaciones de los grupos actuales. Hoy el tema central de toda conversación, de toda discusión, de todo documento político es ¿qué hacer?. Tener conciencia del problema es el primer paso para resolverlo y este paso ya está dado por los más conscientes de los hombres políticos de la oposición. Pero intentar dar respuesta a esa pregunta implica necesariamente saber lo que se ha hecho. Antes de responder a la pregunta ¿qué hacer? hemos de responder a esta otra: ¿qué hemos hecho?. No tenemos más remedio, si queremos salir de esta situación, que hacer la crítica de nuestro actuar, aunque con ello rompamos con una tradición sólidamente establecida entre grupos y partidos políticos de la oposición.

Comencemos por la crítica (elemental) de los grupos.

Los grupos nacen para dar respuesta a problemas, locales o generales, que surgen de la situación político-social del país, que no pueden ser resueltos o abordados por los partidos clásicos: intentan suplir una carencia de los partidos. Aquí se plantea una primera pregunta ¿por qué los partidos clásicos se encuentran en esa situación?. Dos respuestas son posibles: o bien la estructura social y económica del país ha cambiado, ha desbordado a los partidos, o bien la situación es la misma y los partidos han cambiado de política y ya no coincide con la situación del país. La constancia de los programas de los partidos nos obliga a aceptar la primera respuesta, que a su vez nos conduce a preguntarnos qué es lo que ha pasado en España en el momento en que los grupos comienzan a aparecer. La respuesta a esta nueva pregunta podemos encontrarla considerando la evolución económica del régimen desde el final de la guerra civil española en 1939 hasta la fecha de la aparición del fenómeno de los grupos.

Según un esquema clásico entre los partidos, y relativamente correcto, los vencedores de la guerra civil fueron los grandes terratenientes aliados con los capitalistas. Según el citado esquema, los terratenientes y capitalistas se dedicaron a esquilmar el país en beneficio propio (lo que es cierto) de donde dedujeron, los dirigentes de los partidos, que el régimen de los vencedores conducía el país a la ruina, que el sistema económico del régimen conducía a la bancarrota del país. Los dirigentes políticos creadores del esquema olvidaron un pequeño detalle que no deja de tener su importancia y es el siguiente: que la explotación despiadada de las masas tiene como objeto la acumulación de capi-

tal y que acumular capital lleva consigo la necesidad de invertir para mantener la tasa de beneficios y que inversiones con objeto de obtener beneficios altos implican necesariamente desarrollo económico. Desarrollo económico capitalista que todo el mundo sabe se efectúa a costa de la explotación de las masas.

El desarrollo económico bajo el régimen, que el esquema de los partidos ignoraba, va a producir una serie de transformaciones sociales en el país. El sistema económico desde 1939 hasta 1959 se caracteriza por una inflación galopante y un desarrollo en ciclo cerrado (autarquía). Desarrollo anárquico que tiene como consecuencia la aparición de una infinidad de pequeñas empresas y de unos pocos monopolios. En 1953 aproximadamente el sistema económico empieza a marchar mal. Los intereses de los grandes monopolios entran en contradicción con los de las pequeñas empresas. Los monopolios necesitaban capitales cada vez mayores para instalar empresas con composición orgánica de capital cada vez más elevada, empresas exigidas por la necesidad de mantener la tasa de beneficios. Las pequeñas empresas drenaban gran parte de los capitales españoles, pues sus beneficios eran elevados, y consecuencia de la política autárquica. Los monopolios hacen presión para que se frene la inflación, que ya no les es útil (momentáneamente) y que cese la política de autarquía (que ya no les favorecía) para reducir a su nivel normal los beneficios de las pequeñas empresas. En una palabra pedían una política económica que les permitiera recoger los capitales a invertir. El peso de los monopolios es tal que en 1953 se comienza a tomar medidas favorables para ellos. Este cambio, relativamente ligero, tiene como primera consecuencia la aparición de un descontento entre los propietarios de las pequeñas empresas, que forman parte de la base social en que se apoya el régimen. Iniciándose así, y como consecuencia del propio desarrollo capitalista bajo el régimen, la descomposición de la base social del mismo. En 1954 la lucha entre la pequeña burguesía y el capital monopolista se exagera, pasando de una cierta latencia a un nivel de virulencia elevado y al mismo tiempo se intensifica la lucha entre capitalistas y proletarios que no había cesado ni un solo instante. A partir de 1954 la lucha de clases se generaliza y se intensifica e irá creciendo en los años siguientes. Y es en este momento cuando aparecen los grupos políticos nuevos.

Como es de esperar, la orientación política de los grupos variará de uno a otro. En una primera aproximación podemos clasificarlos en dos sectores. Uno, el formado por los grupos que proponen una política adecuada a los intereses de la pequeña burguesía y, otro, constituido por los que pretenden ir al proletariado por considerarlo la fuerza revolucionaria. Aquí nos ocuparemos de los últimos.

En este momento, 1954-55, la situación en España se presenta del modo siguiente: una tensión de clases intensa y generalizada y, por encima de las clases, unos partidos que tratan de conciliar o reconciliar

las clases ; de éstos, unos, los partidos obreros P.S.O.E., P.C.E. pretenden al mismo tiempo representar una de las clases antagónicas. Pretensión que es negada en la realidad por la ausencia efectiva de eco de los programas policlasistas de estos partidos entre el proletariado. Es decir, hay un corte profundo entre la realidad y los partidos, que impide que la política de los partidos influya eficazmente sobre las clases en lucha, pero por ello no deja de ejercer una cierta influencia. Veamos cómo : su propaganda llega, poca y dispersa, e informa a los individuos que participan en la lucha de clases. El carácter policlasista, híbrido, de los programas presentados por los partidos obreros efectúa una selección de receptores y aceptadores de esos programas. Sólo la aceptarán como buena los que tengan una conciencia de clase embrionaria o carezcan prácticamente de conciencia de clase. Entre los más conscientes, la vanguardia del proletariado, algunos entrarán en el partido con la idea de que un partido es necesario y si los actuales no marchan bien hay que militar en ellos para modificarlos. La masa con una conciencia media, no encontrando en los programas de los partidos objetivos que le sean propios, quedará al margen de los partidos. De este modo los programas operan una selección paralizante. Por un lado los menos conscientes ven confirmada su inconsciencia de clase por toda la autoridad histórica del partido y, por otro, los más conscientes que, al entrar a vivificar el partido, se encuentran no sólo con los aparatos cristalizados, viejos y llenos de resabios, sino también con una masa de militantes formada en un 80 % de semiproletarios en cuanto a la conciencia, que son un obstáculo a su intento de vivificar y renovar el partido, teniendo así que luchar en un doble frente : contra una dirección paralizante y contra una militancia pasiva. La lucha se realiza en el vaso hermético del partido, al margen de la realidad. En general el combate es apenas iniciado e inmediatamente abandonado por la imposibilidad de apoyarse en la militancia para intentar corregir la línea del partido ya que la militancia está de acuerdo con esa línea y es el seguro soporte de la dirección. Esta relación de fuerzas en el interior del partido impide toda lucha política y toda discusión seria. La situación de los militantes más conscientes es precaria, aislados o reducidos a grupos minúsculos dentro del partido tienen que callarse y estarse quietos. Su única posibilidad sería apoyarse en el proletariado, es decir, hacer al proletariado juez de su querrela con la dirección, pero esto implica romper con el partido al combatir públicamente su programa y lleva consigo la expulsión del mismo. El olvido de la estructura real del partido conduce a casos en que se entabla una discusión en el interior del partido sólo, por miedo a la expulsión, y, si las divergencias son importantes, la dirección termina expulsando a los disidentes y sólo se entera el partido. Generalmente los expulsados o los que abandonan el partido no forman grupos exteriores, ni se unen a los existentes, se quedan al margen por una mezcla de temor reveren-

cial al partido (que suelen conocer bien) y una vaga esperanza de que portándose bien serán un día u otro reintegrados en el mismo.

La estructura interna de los partidos nos explica, en cierto modo, la incapacidad de seguir con tácticas adecuadas la evolución de la realidad. Abrazados a un programa caduco (veremos posteriormente el origen de este programa que de hecho no fué nunca vigente) *del que no pueden separarse*, carecen de la *flexibilidad* mínima que les permitiría tener una cierta eficacia.

De la confluencia de esta falta de flexibilidad y de eficacia con unos cambios reales y profundos en el país surge la situación, en el medio político de la oposición, que permite el nacimiento de los grupos.

No surgen éstos como escisiones de los clásicos, son un producto nuevo de las nuevas circunstancias y nacen todos en el medio de la pequeña burguesía, generalmente en los centros de estudio. Los orígenes pequeño burgueses de los grupos explican ciertos modos de actuar de los mismos, lo que será en todo momento reprochado por los partidos clásicos. Este pecado original pesará enormemente en la vida de los grupos. De todas formas esta tara originaria no es un obstáculo invencible para que los grupos se transformen en partidos de la clase obrera. El hecho de que el núcleo inicial sea de origen pequeño burgués es fenómeno repetido prácticamente en todos los partidos proletarios del mundo.

El hecho de coexistir grupos nuevos y partidos conduce a establecer relaciones de un tipo un poco especial entre unos y otros. Para los partidos, la aparición de los grupos es una declaración pública de su incapacidad política y al mismo tiempo un peligro en cuanto hay una competencia frente a las masas. El primer movimiento es absorberlos, integrarlos en el partido, pero esto implicaría romper la estructura interna de los partidos por la introducción de elementos medianamente organizados y que están en desacuerdo (más o menos confuso) con la línea programática y que actúan sobre el terreno de lucha. Rechazado este primer movimiento, todos los esfuerzos tenderán a deshacer los grupos al mismo tiempo que los utilizan como aliados o compañeros de viaje. La campaña de silencio de los partidos por lo que respecta a los grupos es ejemplar. Y va seguida de la introducción de militantes de los partidos en los grupos, es el fenómeno bien conocido de los infiltrados, que tiene como objetivo controlar el grupo y manipularlo poniéndolo al servicio de la línea del partido. Pero al tiempo que los infiltrados colaboran en el interior del grupo, éste, con esa ayuda, se estabiliza y en cierto modo gana en autonomía.

Por lo que respecta a los grupos, éstos ven en los partidos un concurrente y un aliado posible en la acción. La debilidad del grupo le conduce a buscar el apoyo táctico de los partidos tratando de conservar su autonomía.

Así se enfrentan grupos y partidos con intereses relativamente opuestos y objetivos bastante próximos, en una relación que es mezcla de lucha sorda y colaboración pública.

La acusación permanente de los partidos a los grupos es su falta de legitimidad ; acusación que es una declaración implícita de la legitimidad de los partidos.

Veamos cual es esta legitimidad en la que los partidos clásicos fundan su poder y su autoridad. Tres fuentes manan legitimidad. La primera es el carácter tradicional del partido : su pasado ; la segunda, el poder carismático de alguno de sus jefes, su poder personal ; la tercera, las reglas de funcionamiento interno aceptadas por todos los militantes y que regulan la vida del partido : los estatutos. En todos los partidos clásicos se dan aguas de las tres fuentes, aunque la mezcla sea en cada uno distinta.

Hay una cuarta fuente de legitimidad, que todos los partidos dicen tener al cien por cien, pero que la realidad desgraciadamente no confirma : la fidelidad a la clase.

¿ Cómo reaccionan los grupos ante esta acusación ? Por su debilidad numérica, normal, pues acaban de nacer y en condiciones difíciles, los grupos son muy sensibles a ese argumento y tratan por todos los medios de adquirir esa legitimidad. Para ello tienden a adquirir la forma de los legítimos, tendencia que desgraciadamente conduce a una parálisis y a deformaciones internas en el grupo. Consideremos cómo las fuentes de legitimidad surgen en los grupos.

En poco tiempo, y esto puede parecer extraño, la « tradición » del grupo es un elemento importante en la vida del mismo. Por lo general basta un período de ocho ó diez meses para que el grupo tenga una tradición. Es el lapso de tiempo que conduce, con las técnicas actuales de trabajo clandestino, a una parte del grupo a ser detenido, juzgado y enviado a la cárcel. Un pasado breve, corto, pero intenso.

La otra fuente de legitimidad, el carácter carismático de los jefes, no suele darse con intensidad y, al contrario de la tradición, tiende a perder importancia con el transcurso del tiempo. La ausencia de un jefe « providencial » e indiscutido en el seno de los grupos no es un índice de que han sabido vencer los factores negativos de ese elemento de legitimidad y de cohesión lleno de peligros. No, por lo general el origen de la ausencia de un dirigente indiscutido es el número elevado de dirigentes discutidos que hay en cada grupo y el reducido número de militantes. El que el número de dirigentes posibles sea sensiblemente el mismo que el de militantes, lleva a una lucha interna intensa por la dirección del grupo ; lucha que es una triste caricatura de las luchas parlamentarias o de las luchas internas de los grandes partidos, y que suele liquidar al grupo.

Aquí conviene hacer un inciso sobre este fenómeno de la lucha por el « poder » en el seno de los grupos, para indicar que el origen de

esta lucha no ha de buscarse en el « carácter individualista de los españoles », sino en el bajo nivel político de los militantes. Nivel que corresponde a la situación general del país.

En cuanto a la tercera fuente de legitimidad : los estatutos, suelen brillar por su ausencia, ausencia de estatutos que no impide su aplicación ; por el contrario, careciendo de estatutos propios, se aplican trozos o parcelas de los estatutos de los partidos, cada militante o grupo de militantes exige la aplicación de la regla en vigor en otras organizaciones y que le interesa sea aplicada en un momento determinado. Costumbre esta que conduce a situaciones delicadísimas y favorece la división de los grupos.

La búsqueda de la legitimidad conduce a los grupos a imitar los partidos de un modo formal. Raro es el grupo que no tiene o dice tener un comité central, o un secretariado o federación. Términos que encubren, por lo general, reuniones parciales de militantes que suelen carecer de continuidad. Este copiar los partidos se acentúa por la presencia de los infiltrados.

Los grupos, por contagio y por imitación, tienden a estabilizarse como grupos, tendencia que se acentúa por la falta de formación ideológica de los militantes y se quedan reducidos a caricaturas de partidos que son a su vez caricaturas de partidos. Las razones de esta estabilización pueden dividirse en externas : medio ambiente hostil, la presión de los partidos, etc. ; y las internas, sin duda las más importantes y, en fin de cuentas, las decisivas, entre las que destaca la deficiente formación política de los militantes. Si tomamos como índice de su nivel de formación los documentos y sobre todo los periódicos y boletines producidos por los grupos, podemos comprobar que están constituídos por una serie de noticias breves, o comentarios « jocosos » de un discurso, cuando no es el párrafo indignado que relata un dato estadístico cruel. Junto a este cotilleo político aparecen comentarios « elevados » de frases de Lenin o de Marx, verdaderos ladrillos teóricos. Hay una disociación marcada entre los datos concretos, que se dan desmigajados por no poder sintetizarlos y la « teoría » que se presenta pura por ser incapaces de aplicarla a los datos concretos. Los periódicos y publicaciones de los grupos (y de los partidos) reflejan exactamente la situación de los militantes ; golpeados por la realidad concreta se limitan a encajar el golpe, incapaces de integrarla en un intento de comprensión de la situación. La enfermedad que paraliza a los grupos es la misma que tienen los partidos : incompreensión total de la realidad.

Nacidos para dar respuestas a los problemas que les planteaba la realidad, vegetan al margen de la realidad, contagiados por las enfermedades endémicas de la oposición. Embriones de partidos y movimientos posibles y necesarios, su entrada en la lucha les ha dejado reducidos a embriones viejos.

(continuará)

HACIA UN SINDICALISMO RESPETUOSO : LA C.N.S. (T)

España está entrando lentamente en el posfranquismo. Sin prisas, porque todo un mundo grotesco apelotonado en torno a la momia del dictador se resiste a desaparecer, y los otros no tienen prisa. Hay que hacer las cosas sin apresurarse, y sobre todo sin que el pueblo se despierte. Una cierta oposición que multiplica sus programas y manifestos, con la intención de que les comente la prensa extranjera — única que habla de la política española y a la que hasta los ministros de Franco dedican en exclusiva los mejores frutos de su ingenio — no pediría nada mejor que ser la madrina de la hermosa criatura.

A veces la falta de habilidad de los que se disputan ya la herencia del franquismo incita a echarles una mano. Es lo que debió de picarles a « un puñado de acreditados militantes » libertarios, cuando « sin querer mezclar oficialmente a la organización en estas tomas de contacto » se dirigieron al profesor Muñoz Alonso, « evolucionista » según parece, y director del Instituto de Estudios Sindicales que, como quizás muchos no sospechen, es « un organismo independiente de la Falange y de los Sindicatos Verticales », para proponer una seria reforma de los dichos Sindicatos.

Cualquiera pensaría que tan arriesgada decisión terminó muy mal para los « acreditados militantes ». Nada de eso. No sólo el profesor « evolucionista », sino « el Ministro Solís, el Vicepresidente del Gobierno (General Muñoz Grandes, ex-jefe de la División Azul) y el Jefe del Estado », « dieron su aprobación a la gestión ». Los tiempos cambian.

El día 27 de Julio de 1965 se reunieron, bajo la presidencia de Muñoz Alonso que, sin duda para demostrar su « evolucionismo », les llamó « amigos de la C.N.T. », doce delegados de las regionales de Cataluña, Levante, Andalucía, Galicia y Centro, los « acreditados militantes » siguientes : Natividad Adalia, Eduardo de Guzmán, Luis Oro-bón Fernández, Enrique Marzo, Lorenzo Iñigo, Manuel Fernández, Gregorio Gállego, José Marín, Francisco Royano; José Espí Rey, Juan Ferrer Villamala y Jaime Moracho. Ni que decir tiene que « el encuentro estuvo saturado de la mayor cordialidad entre todos los presentes ». El ambiente era tan encantador que se quedó en « hacer gestiones para que puedan incorporarse a esta Ponencia (la nombrada para redactar las conclusiones del acuerdo preliminar que publicamos como apéndice), tres conocidos anarquistas exilados : Horacio Martínez Prieto, Juan López Sánchez y Diego Abad de Santillán.

Para que los « acreditados militantes » se hayan decidido a llevar a cabo « una gestión trascendental » como la descrita, hay dos excusas : la « evolución del régimen », en realidad simple agotamiento, gráficamente representado por la momificación del general, que como dicen

ellos « pierde facultades a ojos vistas » y que plantea a un plazo breve el enfrentamiento de los « grupos oligárquicos de presión » y una « tibia oposición » a ellos, los Sindicatos Verticales. Dada la « incapacidad política de todos los sectores de la izquierda española » (segunda excusa), los « acreditados militantes » se han lanzado como un solo hombre a apuntalar los Sindicatos Verticales, aunque por una de esas paradojas de la historia, en la operación vayan a perder precisamente la verticalidad (unos y otros, podríamos decir).

No es probable que a ningún « acreditado militante » se le haya ocurrido pensar en dirigirse a la clase obrera, en vez de a Muñoz Alonso. Si el régimen está agonizando, o mejor dicho « evoluciona » hacia su muerte natural, que es más fino, el pueblo español se parece al Bobo de Coria y lo mejor que se puede hacer es impedir que se convierta en loco de atar. En efecto, el sorprendente documento que comentamos le retrata así : « un pueblo silencioso, atemorizado, que espera, pero que no sabemos por qué vertientes se desbordará cuando se abran las compuertas, después de veinticinco años en los que como única formación política no ha escuchado otra cosa que la machacona propaganda oficial, en la que, como única alternativa entre su presente y su futuro, se le ha incitado inconscientemente a la opción por el comunismo ». ¡ Que no se despierte nadie !

Pero hay algo más grave, y es que los « acreditados militantes » no actuaron a humo de pajas, y que tras de ellos se encontraba el Comité Nacional de la C.N.T. El tercer documento que publicamos lo revela. Posteriormente, para dar más fuerza a la operación, se reunió un pleno nacional de la C.N.T. al que acudieron la mayoría de las Federaciones regionales, y en el que sólo habló claramente en contra de las gestiones realizadas, la delegación asturiana.

Aunque es aún muy pronto para saber adonde llevarán todos estos conciliábulos, entre unos funcionarios franquistas y quienes, en un tiempo definitivamente ido, representaron una gran parte y la más combativa de la clase obrera española, el hecho es que hay una tendencia a hacer desaparecer todos los artilugios fascistoides y sustituirlos, en frío, con 20 años de retraso por otros « democráticos » más cómodos y adaptados al gusto de hoy, que aseguren a la burguesía española las mismas ventajas que hoy disfruta y mejores salidas al comercio exterior. Quedan, naturalmente, varios millones de trabajadores, a quienes ni unos ni otros tienen derecho a representar y que dirán la última palabra.

F. IBEAS

A P E N D I C E

Sr. D. FRANCISCO ROYANO
M A D R I D

Asturias, 18 de septiembre de 1965.

Estimado compañero : El día 16 del crt. hemos recibido tus dos informes. Por ellos, podemos comprobar que habéis llevado a efecto, para desgracia y menoscabo de nuestras siglas, la composición del pastel.

Hubiera sido más leal y gentil que hubiéseis empezado vuestros escritos de la siguiente manera : COMO CONSECUENCIA DE LAS EVIDENTES SEÑALES DE DESCOMPOSICION DEL REGIMEN ACTUAL ESPAÑOL, Y ANTE LA INCAPACIDAD DE SOSTENERSE Y EVOLUCIONAR POR SI MISMO, UN GRUPO DE EX-MILITANTES DE LA ORGANIZACION CONFEDERAL DECIDIERON PRESTARLE SU CONCURSO PARA QUE PUEDA SEGUIR TIRANIZANDO AL PUEBLO DURANTE OTRO PEQUEÑO PERIODO DE TIEMPO. Por que esto y no otra cosa, a pesar de lo que digais, es lo que estais haciendo con vuestro proceder.

En previsión de que pudiéramos desbaratar vuestros oscuros planes nos habéis ocultado celosamente lo que veniais tramando durante varios meses ; no obstante haber tenido varias entrevistas con nuestros compañeros. Sólo a última hora, y cuando ya lo teniais todo hecho como lo demuestra las fechas que señaláis, nos habéis dado a conocer a los del Norte y a nosotros una explicación que en esencia difiere de lo que en realidad nos vienen a demostrar hoy vuestros escritos.

Los compañeros que han ido a entrevistarse con vosotros últimamente a petición vuestra han dejado bien sentado que en nada y por nada debíais de mezclar, y menos comprometer, a nuestra querida organización de immaculado historial. Particularmente podiais hacer lo que os pluguiera, ya que no podía evitarlo, pero bajo ningún concepto os han dicho que en nombre de la C.N.T., ni con militantes activos os autorizaban para negociar con los responsables de la actual situación.

No sabemos lo que las demás regiones os han contestado, lo que sí estamos seguros con respecto a lo que afirmáis de Asturias, es que faltáis a la verdad con descaro, al señalar que la razón de no haber mandado representantes a la Ponencia se debió a guardar por nuestra parte celosamente el secreto, cuando la realidad es, y bien claro lo hemos dicho, que no queríamos participar en nada que implicara lo más mínimo menoscabo a nuestros principios y nuestra forma de pensar. Y con respecto a poner a la consideración de los demás militantes, podéis estar seguros que si hemos guardado algunas reservas, no ha sido con otro objeto más que el de evitar la desmoralización.

Para terminar, os participamos que daremos cuenta de nuestra posición a cuantos militantes podamos encontrar para que cada cual cargue con su sambenito. También les haremos partícipes que os desautorizamos para que en nombre del C.N.T. sigais en esa Ponencia, que de haber sólo un poco de dignidad, debiais de rechazar.

Saludos,

SATURNO

NEGOCIACIONES ENTRE DIRIGENTES DE LA C.N.T. Y ALTOS FUNCIONARIOS DE LOS SINDICATOS VERTICALES

CONCLUSIONES DEL ACUERDO PRELIMINAR

1. En momentos en que se trata de armonizar nuevas estructuras en todas las esferas de nuestra sociedad, la pluralidad de Sindicatos bajo distintas ideologías políticas significaría un grave daño y conflicto, no sólo para la propia clase trabajadora, sino para la sociedad en conjunto. Por ello, el sindicalismo debe ser único, mientras que los trabajadores serán libres para profesar ideas o creencias, con arreglo a su propia conciencia individual.
2. Los principios de constitución del Sindicalismo son los siguientes:
 - a) Autogobierno por parte de los trabajadores, de sus organizaciones profesionales, estructuradas democráticamente.
 - b) Independencia respecto del Gobierno, la Administración o cualquiera otra entidad oficial del Estado.
 - c) Diferenciación respecto a las organizaciones empresariales, sin perjuicio del mantenimiento o de la constitución de órganos de relación y coordinación de carácter institucional.
 - d) Autonomía respecto a las organizaciones políticas existentes o que puedan existir en la Nación.
3. Los trabajadores encuadrados en sus organizaciones sindicales recaban el gobierno y la administración de las entidades que se engloban en la consideración de MUTUALISMO LABORAL, señalando la conveniencia de que ese gobierno o administración sean compartidos por las organizaciones empresariales.
4. La huelga constituye un recurso de fuerza que debe ser reemplazado por otro procedimiento de convivencia humana. No obstante, mientras las estructuras de la sociedad contemporánea premitan el abuso anti-social de los distintos sistemas de explotación económica, los trabajadores deben disponer del derecho de huelga, que equilibre su situación de inferioridad en la sociedad, respecto a los posibles infractores capitalistas. Este derecho de huelga, se explicaría, una vez que regulados convenientemente los conflictos mediante la negociación, y en este caso sólo serían lícitas las huelgas declaradas por las propias organizaciones sindicales.
5. El sindicalismo propugna el desarrollo del cooperativismo, tanto en el terreno de la producción, como en el del consumo, por entender que constituye un instrumento decisivo para alcanzar la reforma indispensable de la estructura económica, al fomentar un nuevo tipo de propiedad que acelerará la expansión de la renta nacional y hará fácil y humana la convivencia de los factores de la producción.

ACUERDO COMPLEMENTARIO : A propuesta del sector libertario se acuerda trasladar esta resolución a los sectores obreros de la U.G.T. y Demócratas-cristianos, invitándoles a que decidan su actitud ante las líneas generales de este documento.

La aceptación en principio de esta resolución implicará la incorporación de estos sectores a las tareas conjuntas para la aprobación definitiva y las posteriores articulaciones de las nuevas estructuras y normas de acción del sindicalismo español.

A este efecto se conviene en retener esta resolución durante un mes, para dar tiempo a que contesten todos los sectores invitados, antes de presentarla por vía legal a la sanción oficial de los Poderes Públicos.

Madrid, Noviembre de 1965.

CONFEDERACION NACIONAL DEL TRABAJO

Comité Nacional
ESPAÑA

6 de noviembre de 1965.

« A todas las Regionales y Militantes de la C.N.T.

» Estimados compañeros : A su debido tiempo fuisteis informados de las gestiones iniciadas por un grupo de militantes de diferentes regiones, encaminadas a conseguir la incorporación de todo el movimiento obrero español a la vida pública legal, dentro de una sola central sindical. Estas gestiones se mantuvieron hasta este momento en el terreno estrictamente personal por quienes las realizaban, sin participar en ellas oficialmente la Organización. Con esta fecha nos han entregado los compañeros que han llevado las negociaciones el documento que os adjuntamos, en el que concretizan los acuerdos preliminares aprobados por las dos partes negociadoras.

» A petición de las Regionales de Centro, Andalucía, Levante y Cataluña, en las que militan estos compañeros, el Comité Nacional recoge el documento mencionado y somete su contenido a la consideración de todos los militantes de la Organización, para que pronuncien con entera libertad su actitud personal ante tan importante y trascendental resolución. Hubiera sido deseo de este C.N. celebrar una conferencia nacional de militantes en la que, representándose cada uno a sí mismo, se manifestara directamente la mejor resolución colectiva, sin mistificaciones de ninguna clase. La imposibilidad legal, económica y de otras naturalezas nos impide realizar este deseo. Tendremos que decidir esta importante cuestión a través de las representaciones directas de las Regionales designadas por vosotros, en un Pleno Nacional extraordinario, que haga la confrontación de todas las opiniones y decida la actitud oficial de la Organización.

» La estricta ortodoxia de nuestras normas confederales exigen que ningún Comité Regional adopte actitud, ni en pro, ni en contra del tema

planteado. Este deberá ser puesto a la consideración de todos los militantes, sin ocultaciones ni mediatizaciones, para que todos los compañeros expresen con pleno conocimiento y entera libertad su opinión, de la misma manera que trataremos lo haga la militancia exilada a la que también se consulta.

» Con esta misma fecha trasladamos oficialmente este documento, cumpliendo su « acuerdo complementario », a las direcciones nacionales de la U.G.T. y F.S.T. (demócratas cristianos). Varias incógnitas se nos plantearon al recibir este documento. Los compañeros que han participado en él nos han respondido de la siguiente manera :

» PRIMERO : Los representantes del sindicalismo oficial que han aprobado los acuerdos de este documento gozan de plena autoridad, ya que han sido designados por su delegado nacional señor Solís, quien ha dado el refrendo a los acuerdos.

» SEGUNDO : En las esferas del Gobierno tienen conocimiento de estas gestiones, y los representantes del sindicalismo oficial se muestran confiados en que se conseguirá de los Poderes Públicos la aprobación de estas conclusiones.

» TERCERO : No sabemos si la Ejecutiva de la U.G.T. aceptará estas resoluciones, ya que está gobernada por el partido socialista y a éste solo le interesan las organizaciones sindicales en cuanto instrumento político del partido, pero en España la mayoría de los ugetistas participarán del principio que encierra esta resolución.

» CUARTO : Los sindicalistas demócrata-cristianos, lo único que lamentan es no haber estado presentes en estas negociaciones desde su iniciación.

» QUINTO : Tenemos presentados varios esquemas cuyas copias os entregaremos, sobre estructuración orgánica, mecánica sindical y tácticas de acción. Han sido debatidos en las reuniones y ha quedado claro el principio de la democratización de los sindicatos, mediante la creación de federaciones de industria y comités de coordinación sindical a todos los niveles, semejantes a nuestros comités confederales. Estos comités de coordinación serían constituidos por las representaciones directas de todas las tendencias aliadas más los delegados directos de las federaciones de industria, cuyos comités directivos serán nombrados hasta el máximo nivel, libremente por los trabajadores. Pero todo este plan ha sido postergado, para que en él puedan participar todas las organizaciones invitadas.

» SEXTO : Con la entrega de estas conclusiones al Comité Nacional termina la gestión particular del grupo que la inició, y será ya oficialmente la C.N.T. quien deberá continuar las negociaciones, junto con las representaciones oficiales de las demás organizaciones.

» Todo esto es lo que ponemos a la consideración de los militantes, no sin, antes de terminar, hacer un llamamiento a la reflexión pensando si existen otras posibilidades, otras alternativas que nos ofrezcan soluciones más reales y ventajosas, antes de que desaparezcamos los pocos que aún somos. Hemos de pensar fundamentalmente en que este hecho nos ha colocado ya históricamente ante el fallo inexorable que sobre nuestras decisiones pronunciarán al hacerlo

público, ocho millones de trabajadores españoles, que están por encima de las exiguas minorías de fracciones y tendencias. En espera de que este planteamiento tenga sobre todo la virtud de despertar en todos un afán de solución a los difíciles problemas de nuestro pueblo, conservando la unidad de nuestros efectivos orgánicos, queda cordialmente vuestro.

» Comité Nacional. »

UN JUICIO EN MOSCU

Durante unos días, la prensa mundial ha dado cuenta del juicio y la posterior condena de dos escritores soviéticos, Andrei Siniavski y Yuli Daniel. Naturalmente la ocasión fué bien aprovechada por la prensa reaccionaria, cosa que no debe extrañarnos ni escandalizarnos en absoluto. El elemento nuevo es la protesta de varios comunistas occidentales y — curiosamente — uno de los que menos respeto demuestra por la libertad de expresión en su interior, como sus conflictos periódicos con los estudiantes comunistas demuestran: el P.C. francés. Hay que suponer que han pesado más las razones de coyuntura — embarcado el P.C.F. en plena política electoralista — que de principio.

El hecho ha presentado todos los caracteres particularmente odiosos del estalinismo, ya un poco olvidado por « los hombres de buena voluntad », siempre dispuestos a ciertas actitudes « comprensivas ». La acusación perfectamente hipócrita, persiguiendo a unos escritores por haber publicado sus obras fuera de la U.R.S.S., cuando por todos es sabido que la única causa es la falta de libertad de expresión dentro de ella. El ataque cobarde y sin posibilidad de defensa, de la prensa uniformada. Los « hinchas » del fiscal que llenaban la sala, donde no fué admitido ningún periodista extranjero, etc.

Todo esto, es una prueba más — una de tantas — de la debilidad de una « desestalinización », realizada por los herederos testamentarios de Stalin, cuyo lema es ir lo menos lejos posible.

CARTA A « ACCION COMMUNISTA »

LEON TROTSKY Y ANDRES NIN

ESTIMADOS CAMARADAS :

Os felicito muy sinceramente por haber consagrado una buena parte del número 3 de « Acción Comunista » a defender la obra y la personalidad de León Trotsky, uno de los revolucionarios más ilustres de todos los tiempos y, sin duda alguna, el más calumniado en el curso de los últimos cuarenta años.

La defensa de León Trotsky es más fácil hoy que años atrás. Hasta en la propia U.R.S.S. se habla ya de su « rehabilitación ». Y en ciertos medios pequeños burgueses del mundo capitalista asistimos actualmente a diversas iniciativas tendientes a canonizar al gran revolucionario, al objeto de hacerlo inofensivo. Pero en este dominio, como en tantos otros, en España estamos con retraso. El aparato dirigente del Partido Comunista español sigue oponiendo una firme resistencia a la corriente de « desestalinización » y continúa difundiendo una literatura del más puro estilo stalinista, en la que abundan las calumnias contra Trotsky y, naturalmente, contra el P.O.U.M.

Esta situación, agravada por el formidable obstáculo a la difusión de la literatura revolucionaria que representa la dictadura franquista, impone graves responsabilidades a los comunistas y socialistas auténticos, a todos los que quieren acabar con el oscurantismo en el movimiento obrero y aportar su contribución al renacimiento del marxismo en España.

La nueva generación revolucionaria española se desenvuelve en medio de tremendas dificultades. En una época en que los problemas de la lucha de clases y de la política proletaria son más complejos que nunca, el simple acceso a las fuentes más elementales de información no es nada fácil para los jóvenes revolucionarios de hoy. Por otra parte, éstos desean fervientemente que se les ofrezcan concepciones precisas y perspectivas claras.

Según tengo entendido, « Acción Comunista » ha nacido para luchar contra el confusio nismo imperante en el movimiento obrero español, y sobre todo entre los elementos más avanzados de la nueva generación. Si es así — y no lo pongo en duda un solo instante —, esto le obliga a proceder con mayor rigor que otras publicaciones y a evitar las improvisaciones y las ligerezas.

Con la franqueza que se merecen los compañeros de « Acción Comunista » les diré que me han sorprendido mucho algunos juicios formulados por Jesús Santos en su artículo « León Trotsky, el gran tabú », y la publicación de « Los ultra-izquierdistas en general y los incurables en particular » sin la menor nota explicativa.

Coincido con el camarada Jesús Santos en que Trotsky no era infalible. (¿ Hay alguien infalible para los marxistas ?) Pero encuentro francamente ligero decir, por ejemplo, que « las concepciones de tipo clásico bolchevique limitaron

su comprensión (la de Trotsky) de determinados aspectos peculiares de la revolución China». Jesús Santos pasa por alto tranquilamente toda la discusión sobre la cuestión China en la Internacional Comunista y no tiene en cuenta que la política de Stalin en China, combatida por Trotsky y la Oposición de izquierda, se saldó por una verdadera catástrofe. En efecto, el fracaso de la Revolución China de 1926-27 tuvo consecuencias desastrosas en la U.R.S.S. y en el movimiento comunista internacional.

Al final de su artículo, Jesús Santos dice que « será necesario ir más allá y « superar » en cierto modo el pensamiento de Trotsky (como el de Lenin y sus contemporáneos) ». Jesús Santos no hace más que repetir, extendiéndolo a « Lenin y sus contemporáneos », lo que escribió hace algún tiempo Jorge Semprún en « Le Nouvel Observateur ». Pero lo que en Semprún constituía casi un mérito, dada la posición política que ocupaba en aquel momento, en Jesús Santos resulta desconcertante. Sí, ya sé que Santos habla a continuación de « asimilar críticamente » el pensamiento de Trotsky, lo que me parece mucho más justo. Pero entonces, ¿ a qué viene ese « SUPERAR », además entre comillas, en esta época en que, bajo el pretexto de « superar », tantos sociólogos y seudosociólogos deslumbrados por eso que llaman el « neo-capitalismo » tratan de meternos toda clase de mercancías averiadas, incluso utilizando una parte del vocabulario marxista ?

Pero vayamos a lo más importante. La reproducción del artículo de Trotsky titulado « los ultraizquierdistas en general y los incurables en particular » sin la menor nota que aclare en qué condiciones fue escrito y a qué se refería concretamente no puede servir más que para aumentar la confusión en un dominio oscuro, poco conocido : la posición de Trotsky ante la Revolución Española y sus diferencias con el P.O.U.M.

Léon Trotsky escribió bastante sobre nuestro país y muchos de sus artículos y cartas siguen teniendo, pese al tiempo transcurrido y a los cambios que se han producido en España y en el movimiento obrero español en estos últimos treinta años, un evidente interés. Incluso algunos de los más críticos — y más injustos — para con el P.O.U.M. Desgraciadamente, no sucede así con « Los ultraizquierdistas en general y los incurables en particular ».

En realidad, el artículo de referencia es de pura polémica interna. Trotsky polemiza con los trotskistas y no con Nin y el P.O.U.M. Estos últimos sirven simplemente de pretexto. En aquella época (1937-1938), el movimiento trotskista estaba dividido, como lo está hoy, por desgracia, en diversos grupos. Ciertos militantes trotskistas, los « ultraizquierdistas », sostenían que la guerra civil española se había transformado en una guerra imperialista y que, por lo tanto, la lucha militar contra Franco no tenía el menor sentido. Era una posición grotesca e indefendible, tan grotesca y tan indefendible como la de los que hoy afirman que la dictadura franquista ya no tiene la menor importancia y que el problema es la « lucha contra el neo-capitalismo ». Otros militantes trotskistas o próximos a la IV Internacional decían que el único partido marxista revolucionario de España era el P.O.U.M., que había que partir de esa realidad, gustara o no gustara, y que, por lo tanto, la IV Internacional tenía que apoyar al P.O.U.M. con todas sus consecuencias.

Entre ellos figuraban los camaradas Weerecken y Sneevliet, este último dirigente del Partido Socialista Revolucionario de Holanda, la organización marxista más importante de Europa después del P.O.U.M. Y había, finalmente, los que eran más pounistas que el P.O.U.M., entre los que figuraban no pocos trotskistas disidentes, como actualmente hay entre los jóvenes españoles elementos más castristas que Castro o más « chinos » que Mao Tse-tung.

Para comprender esta situación hay que tener en cuenta lo que el P.O.U.M. representaba en los años 1936-39. El P.O.U.M. no era una pequeña secta, sino un gran partido, con una influencia importante entre las masas trabajadoras, sobre todo en Cataluña y Levante. Y el P.O.U.M. se había levantado en plena Revolución Española contra el « frentepopulismo » que en aquellos años desvió a la clase trabajadora de Europa Occidental de toda perspectiva socialista. Estos factores, y la formidable irradiación de la Revolución Española en una época de ascenso fascista, determinaron que alrededor del P.O.U.M. se agruparan, internacionalmente, casi todas las fuerzas socialistas y comunistas independientes del mundo, desde la izquierda socialista francesa (Marceau Pivert) y el Partido Laborista independiente de Inglaterra hasta el Partido Socialista Revolucionario de Holanda, pasando por la Oposición Comunista Internacional de Brandler-Lowestone y el Partido Socialista Alemán (S.A.P.) de Walcher y Willy Brandt. Y no sólo ésto : que algunas de estas fuerzas lanzaran incluso la idea de crear una nueva Internacional que tuviera como eje el P.O.U.M.

Tengo la impresión de que esta situación complicó las relaciones del P.O.U.M. con la IV Internacional y dio lugar a ciertas actitudes de Trotsky con respecto a nuestro Partido que, a mi modo de ver, como al de muchos de mis compañeros, fueron sectarias e injustas. Con el tiempo, muchos camaradas trotskistas de diversos países han llegado a la misma conclusión, sobre todo los que han tenido la posibilidad de estudiar a fondo la Revolución Española o de conocer más de cerca, en la emigración, al P.O.U.M. y a sus militantes.

Al decir todo esto, no pretendo, en manera alguna, eludir lo que me parece esencial : las diferencias de Trotsky con el P.O.U.M. durante la Revolución Española. No quiero extenderme demasiado sobre este particular porque es un tema que pienso abordar pronto en otro lugar, con más calma y más tiempo. Pero, de todas las maneras, me parece indispensable precisar algunas cosas.

Sí, hubo diferencias entre Trotsky y el P.O.U.M. La primera, la que abrió un largo capítulo de incomprensiones y de equívocos que hoy tiene simplemente un interés histórico, se produjo en el momento mismo de la creación de nuestro Partido. Trotsky quería aplicar en España una táctica que consistía en ingresar en los Partidos Socialistas para animar o reforzar, según los casos, las tendencias de izquierda. Vale la pena consignar que en aquel momento — ¡ nadie lo diría ! — Santiago Carrillo, uno de los dirigentes de las Juventudes Socialistas, tenía la misma posición. Carrillo, que al propio tiempo era partidario de la IV Internacional (supongo que hoy no le crearemos el menor problema al recordarlo) escribió dos artículos en « La Batalla » en los que sostuvo la tesis de que el Bloque Obrero y Campesino y la Izquierda Comunista debían

ingresar en el Partido Socialista. Salvo rarísimas excepciones, los militantes de ambas organizaciones se opusieron a las posiciones de Trotsky (y de Carrillo) y se pronunciaron por la creación de un partido marxista revolucionario independiente, el P.O.U.M., partiendo del punto de vista de que la aceleración del proceso revolucionario exigía algo más serio que una simple maniobra táctica y aleatoria.

La táctica de Trotsky no dió resultados en los países en que fue aplicada, y principalmente en Francia y en los Estados Unidos. Creo que tampoco los hubiera dado en España. La experiencia del P.O.U.M. fue mucho más positiva, entre otras razones porque reunió en un partido de nuevo tipo, joven, combativo y audaz, a los elementos más valiosos del marxismo revolucionario, evitando esa dispersión en sectas estériles que hemos visto en el curso de estos últimos treinta años en varios países de Europa Occidental y de América, dispersión que no permitió — y que no permite tampoco hoy, en mejores condiciones — contrarrestar eficazmente la influencia nefasta del stalinismo.

La segunda diferencia importante fue la cuestión de la Internacional. Después de la derrota de la clase obrera alemana, Trotsky lanzó la idea de fundar una nueva Internacional. Ya antes de la creación del P.O.U.M., los militantes del B.O.C. y de la I.C. consideraron que no se daban todavía las condiciones para crear una nueva Internacional y que la simple transformación de la Oposición Comunista de Izquierda en IV Internacional no era la solución del problema de la Internacional revolucionaria. La experiencia de este último cuarto de siglo y la situación actual del movimiento trotskista, más dividido que nunca, prueban que nuestro punto de vista tenía más sentido de lo que parecía.

Estas diferencias, y las circunstancias enumeradas más arriba en lo que respecta al papel internacional del P.O.U.M., falsearon las relaciones de nuestro Partido con el movimiento trotskista internacional y con el propio León Trotsky. Y a partir de la creación del P.O.U.M. asistimos a un fenómeno sorprendente: Trotsky, que desde 1930 había seguido casi al día, con un interés apasionado, como lo prueban sus numerosos artículos y cartas (la mayor parte de ellos traducidos y publicados por Andrés Nin en la revista «Comunismo»), consagró mucha menos atención a la Revolución Española de 1936-39. Y, sin duda, mal informado por sus representantes en España (la mayor parte de los cuales, por cierto, no tardaron en romper con el movimiento trotskista), no llegó a comprender nunca lo que era y lo que representaba exactamente el P.O.U.M. Basta con leer su ensayo «España, última advertencia» para darse cuenta de ello.

¿Quiere decir esto que las críticas de Trotsky no tenían fundamento alguno y que el P.O.U.M. no cometió errores? En manera alguna. El P.O.U.M., como todo partido con una influencia real en los acontecimientos, cometió faltas y errores. Nadie lo sabe mejor que sus propios militantes, que los sufrieron en su propia carne. La participación en el gobierno de la Generalidad de Cataluña fue criticada en el seno de nuestro Partido mucho antes de que la censurara Trotsky. El papel del Partido en las Jornadas de Mayo fue sometido a una severa crítica en las asambleas de militantes y en los organismos diri-

gentes. E incluso hechos que Trotsky nunca censuró y que algunos militantes trotskistas elevaron a la categoría de acontecimientos sensacionales — como la creación y la estructura del Comité de Milicias de Cataluña — fueron duramente criticados por los militantes del P.O.U.M. y de la J.C.I.

Ahora bien, estas críticas, hechas lealmente, entre camaradas de una misma organización empeñados en una lucha formidable, no dieron lugar a rupturas y escisiones. El Partido permaneció unido y trató de superar, en circunstancias cada vez más difíciles, sus errores y sus faltas. ¿Por qué? Por una razón muy sencilla: porque esas faltas y esos errores no hicieron dudar jamás a nadie de la integridad revolucionaria de Andrés Nin y de la fidelidad del Partido a las concepciones básicas del marxismo revolucionario y a su interpretación del carácter de la Revolución Española.

Andrés Nin entró en el gobierno de la Generalidad porque él mismo, y los que defendían sus puntos de vista, temieron el aislamiento y creyeron, como escribió Kurt Landau (cito esta referencia porque es la única que tengo a mano en este momento) que « el Consejo de la Generalidad representaba un tipo original, aunque no duradero, de régimen de transición revolucionaria ». Precisando más la cosas, Kurt Landau escribía: « El Consejo de la Generalidad presenta una mezcla de órganos de gobierno burgués y de órganos de dualidad de poder. Pero semejante combinación no puede ser duradera. O bien las fuerzas revolucionarias tomarán el poder, o bien las fuerzas de las cuales el stalinismo catalán es el portavoz desplazarán de la Generalidad a los elementos "molestos" del doble poder. »

Andrés Nin era el principal elemento « molesto » del doble poder, para emplear la expresión de Landau. Por eso fue desplazado. Porque encarnaba lo mejor del espíritu de la Revolución. Si Nin y el P.O.U.M. se hubieran plegado a las exigencias de la pequeña burguesía y del stalinismo, la evolución de las cosas hubiese sido muy distinta. Pero antes, durante y después de su participación en el Consejo de la Generalidad, Andrés Nin proclamó en todo momento lo que recuerda Trotsky en el artículo reproducido en « Acción Comunista »: « La lucha que comienza no es la lucha entre la democracia burguesa y el fascismo, como piensan algunos, sino la lucha entre el fascismo y el socialismo. »

Permitidme ahora, antes de terminar, que recuerde algo que me concierne más personalmente. En estos últimos años, en diversas publicaciones, se ha tratado de oponer mecánicamente las posiciones de Andrés Nin, que eran las de la mayoría del Partido, a las de la Juventud Comunista Ibérica, organización de la que fui secretario general. Los que han procedido así se han basado en los documentos políticos de la J.C.I. y en artículos de los semanarios « Juventud Comunista » y « Juventud Obrera ». Pero, en realidad, no han comprendido el fondo del problema.

La J.C.I. era una organización más homogénea que el P.O.U.M. Por eso sin duda no conoció ciertas dificultades que tuvo el Partido. Además, por ser una organización juvenil, tuvo la posibilidad de trabajar en un terreno en el que los intereses políticos mezquinos y las posiciones oportunistas pesaban mucho menos. De ahí que en ciertos momentos pudiera alcanzar resultados

que nunca alcanzó el P.O.U.M. El más importante de todos ellos fue la constitución del Frente de la Juventud Revolucionaria de Cataluña, frente que estuvo a punto de extenderse a toda España y que durante unas semanas marcó la ruta del poder de los trabajadores.

El Frente de la Juventud Revolucionaria, formado por la Juventud Comunista Ibérica, las Juventudes Libertarias y otras organizaciones menos importantes se presentó ante los trabajadores en Marzo de 1937, en un gran mitin que se celebró en la Plaza de Cataluña de Barcelona, ante 50.000 personas, y que fue retransmitido por Radio a toda España. El acontecimiento inquietó gravemente al representante de Stalin en Barcelona, a los dirigentes stalinistas del P.S.U.C. y a todas las fuerzas burguesas. En efecto, podía haber sido el prefacio de una alianza efectiva de todas las fuerzas obreras revolucionarias y marcar un viraje fundamental en el curso de la Revolución.

Pues bien, recuerdo que la víspera del acto fui a ver a Nin con el esquema del discurso que pensaba pronunciar. Nin lo aprobó enteramente y me dijo poco más o menos esto : « Como los anarquistas se perderán seguramente en divagaciones, insiste sobre el programa y sobre el problema del poder. El mitin de mañana tiene una importancia enorme. Habéis trabajado muy bien. Pero tú sabes que para el Partido no es tan fácil llegar a un resultado semejante. » Pese a mi entusiasmo juvenil, las palabras de Nin me parecieron justas. Me quejé, claro está, de que el Partido no hiciera ciertas cosas, como nos quejábamos todos los militantes de la J.C.I. Pero el programa que yo defendí en el mitin histórico de la Plaza de Cataluña era el de Andrés Nin, era el del P.O.U.M.

Este año vamos a conmemorar el XXX aniversario de la Revolución Española del 36. Sin descuidar los problemas del presente, que son en fin de cuentas los más importantes, quizá sea una buena ocasión para realizar ese « balance crítico » de la Revolución Española y de la derrota de 1939 » que sugirieron los camaradas de « Acción Comunista ». El tiempo transcurrido, los resultados de la experiencia stalinista y el renacimiento del movimiento obrero y del socialismo en España nos colocan quizás en excelentes condiciones para sacar al fin las lecciones de la lucha más heroica que ha reñido el proletariado español contra las fuerzas reaccionarias y por el socialismo. Pero ese balance crítico tiene que englobar todos los problemas y todas las fuerzas en juego.

En la perspectiva histórica, las diferencias entre León Trotsky y Andrés Nin no tienen una importancia considerable. Sería un error ignorarlas ; pero resultaría absurdo dramatizarlas. Al fin y al cabo, nadie ha hecho ni hará seguramente tanto como Andrés Nin para dar a conocer la personalidad y el pensamiento de Trotsky. Ahora mismo, publicar a Trotsky en castellano quiere decir publicar las excelentes traducciones que hizo Nin, traducciones en las que puso no solamente todo su talento, sino también todo su entusiasmo de escritor militante y toda su simpatía hacia el jefe glorioso de Octubre.

Pero a la hora de hacer el balance, no basta con esto. Jesús Hernández nos ha relatado en qué condiciones murió Andrés Nin, « por la misma mano que en Rusia había exterminado físicamente a toda la vieja guardia bolchevique ». Sus verdugos, sabiéndole enfermo, le torturaron bárbaramente. Espera-

ban arrancarle una « confesión » que comprometiera al P.O.U.M., a los dirigentes bolcheviques rusos y al propio Trotsky. Pero, como dice Jesús Hernández, « Nin resistía increíblemente. En él no se daban los síntomas de ese deplome moral y físico que llevó a algunos de los más destacados colaboradores de Lenin a la inaudita claudicación de la voluntad y firmeza revolucionarias... »

Andrés Nin murió, inflexible ante sus verdugos. El, militante profundamente catalán, que amaba apasionadamente la tierra, la lengua y el pueblo de Cataluña, no olvidó en las horas supremas que era ante todo y sobre todo un revolucionario internacionalista, ligado por mil lazos al proletariado ruso y a los jefes de Octubre. Nin sabía sin duda que al morir salvaba no solamente el honor revolucionario de su partido, del partido más avanzado del proletariado español, sino también el honor de la vieja guardia bolchevique y, por tanto, el de León Trotsky, víctima de una campaña de calumnias sin precedentes en la Historia, y que iba a morir poco tiempo después a manos de otro verdugo de la policía de Stalin.

Trotsky, como todos los hombres excepcionales, tenía su orgullo y sus pasiones. No sabemos si comprendió toda la importancia política y moral del sacrificio de Andrés Nin. También escribió poco sobre el particular. Pero suponemos que sí. Era demasiado clarividente para no comprenderlo. Por algo en uno de sus últimos artículos sobre la Revolución Española — y creemos que no fue en un momento de debilidad o de excesiva lucidez — dijo que el P.O.U.M. era « la organización política más honesta de España ».

Con mis excusas por la longitud de esta carta y mis más cordiales saludos revolucionarios.

WILEBALDO SOLANO

NOTA DE LA REDACCION :

Como así les invitábamos en una nota del No 3 de A.C., los camaradas del P.O.U.M., — en este caso su secretario general — nos han enviado esta carta que publicamos gustosos.

Pensamos, sin embargo, que dicha carta merece breves puntualizaciones que hacemos con la franqueza que tanto Solano como nosotros consideramos necesaria en las relaciones entre revolucionarios.

1. - Cuando W. Solano refiriéndose al artículo de Jesús Santos dice « encuentro francamente ligero... » etc. (ver pág. ...) corta arbitrariamente la cita. Repitamos la frase íntegra : « como sus concepciones de tipo bolchevique clásico limitaron su comprensión de determinados aspectos peculiares de la revolución China y del papel que había de desempeñar en ella el ejército campesino de Mao. » No vamos a citar aquí todos los textos, que Solano conoce, en los que Trotsky daba al ejército campesino un papel secundario, de apoyo en la Revolución. Desgraciadamente o no, dicho ejército ha desempeñado el papel central. Cuando más adelante Solano « acusa » a Jesús Santos de « pasar por alto tranquilamente » toda la discusión sobre la cuestión China, le remiti-

remos de nuevo al texto de Santos : « Trotsky denunciará durante todos estos años incasablemente la política desastrosa, confusa, oportunista, conciliadora, que Stalin dicta a la III Internacional, en China frente a Chang kai shek, en Alemania frente al ascenso del nazismo, en España durante la República y la guerra civil... » Y es luego cuando Santos se permite decir que en todo este debate las tesis de Trotsky no fueron exentas de lagunas...

Solano se indigna asimismo cuando Jesús Santos habla de « superar » a Trotsky y le « acusa » de repetir lo que Jorge Semprún ya escribió en el semanario francés « LE NOUVEL OBSERVATEUR ». Aparte de que Jorge Semprún se refería, en dicho artículo, a las tesis artísticas de Trotsky no entendemos por qué el camarada Solano se pregunta lo que entiende Jesús Santos por « superar » puesto que nuestro camarada lo precisa él mismo : « Significa, antes bien, saberle asimilar críticamente, saber proyectar su luz sobre las nuevas realidades que surgen ante nuestros ojos. » Y está tanto en relación con Trotsky como con los demás teóricos marxistas.

2. - Parece que Solano considera que la publicación del artículo de Trotsky « Los ultraizquierdistas en general », no puede servir más que a aumentar la confusión en un dominio oscuro. No estamos de acuerdo. Si el dominio es oscuro, y lo es, no se aclarará mas que publicando textos y discutiendo sobre ellos. El artículo de Trotsky lo hemos publicado porque nos parecía interesante. Publicar un artículo en donde Trotsky al hablar de la revolución española en general critica la entrada de Andrés Nin en la Generalidad de Cataluña y ciertos aspectos de la actividad del P.O.U.M., no representa por nuestra parte ni condena del P.O.U.M., ni adhesión incondicional a todas y a cada una de las tesis de Trotsky sobre la revolución española. ¿ Es necesario precisar cosas tan elementales a estas alturas ? Representa claro, que consideramos las ideas de Trotsky en dicho artículo interesantes (repetimos) y sus críticas a la entrada de Nin en la Generalidad dignas de tenerse en cuenta — y por cierto, sobre este punto concreto el camarada Solano no tiene en su carta una opinión categórica. ¿ Será necesario asimismo precisar que consideramos a Andrés Nin como una de las figuras más representativas de la historia del movimiento obrero español y su asesinato uno de los tantos y repugnantes crímenes del estalinismo, como ya hemos dicho ?

— No consideramos a nuestros lectores como enfermos a quienes haya que dar las informaciones por píldoras o como niños a quienes haya que ocultar ciertas cruentas realidades de la vida. Por ello, modestamente, a la medida de nuestros modestos medios, seguiremos publicando textos poco conocidos, pero interesantes de los teóricos revolucionarios, sin que ello quiera decir que estemos a 100 % de acuerdo con todos y cada uno de sus puntos y comas, sino sencillamente porque consideramos útil darlos a conocer y a nuestro lectores capaces de asimilarlos críticamente.

PUNTUALIZACIONES

Son del dominio público las divergencias surgidas en el Partido Comunista de España sobre algunas cuestiones de la línea política y del funcionamiento del Partido. La Dirección de éste fue la primera en darles estado público, en el discurso pronunciado el 19 de abril de 1964 por Santiago Carrillo ante una asamblea de militantes comunistas. Ulteriormente, los firmantes de esa declaración, así como otros cuadros responsables del Partido en el interior de España y en la emigración, hemos sido expulsados del Partido u objeto de diversas sanciones.

Consideramos injustas dichas medidas, pero si la mayoría del Partido las apoya — independientemente de que sólo conozca nuestras opiniones a través de la versión deformada difundida por la Dirección — no nos queda más que inclinarnos ante ellas y continuar la lucha contra la dictadura y por el socialismo fuera de las filas del Partido, hasta que la mayoría cambie en el seno de éste y que esas medidas se rectifiquen. Hay un aspecto, sin embargo, que no podemos silenciar por más tiempo, y ante la imposibilidad de expresarnos en los órganos del Partido Comunista nos dirigimos a la prensa obrera y democrática española, solicitando que acoja la presente declaración. Consideramos que este proceder es legítimo porque ya no se trata sólo de divergencias políticas e ideológicas en el seno de un partido, sino de una cuestión de ética que afecta a toda la izquierda española. Hoy se produce en relación con el Partido Comunista, pero mañana puede manifestarse en otro grupo político. Si la izquierda aspira a ser la fuerza capaz de ofrecer una alternativa al actual curso reaccionario, capitalista-monopolista, en nuestro país, debe ser capaz de instaurar en su seno unas normas de objetividad, de respeto a la verdad y a los hombres, en la solución de sus conflictos internos, ya se produzcan éstos en las relaciones entre grupos y partidos, ya estallen en el interior de alguno de ellos.

El hecho es que nos encontramos ante una campaña denigratoria, calumniosa, contra militantes revolucionarios cuyo único delito ha consistido en mantener opiniones discrepantes de las sostenidas por la mayoría de la Dirección de su partido, sin poner en tela de juicio, en ningún momento, ni los principios fundamentales del Partido, ni su disciplina interna, ni su unidad. En lugar de abordar el análisis de los problemas de fondo planteados, esa campaña calumniosa nos presenta como renegados, como gentes que se han convertido en apologistas de la oligarquía monopolista española, como individuos que han renunciado a la revolución, que niegan la necesidad del partido marxista, que tratan de destruirlo, inclusive, mediante una siniestra actividad fraccional, etc., etc. Sin el más leve intento de prueba, sin poder citar un sólo texto que las demuestren, esas y otras acusaciones similares, son lanzadas por Santiago Carrillo, en su ensayo «Después de Franco

¿ qué ? », y por Gregorio López Raimundo, en su informe « Cataluña y la futura democracia política y social de los pueblos de España », ambos fechados en octubre de 1965. Santiago Carrillo nos atribuye como propósito « la liquidación del partido revolucionario » para facilitar la integración en la vía monopolista (p. 159), y con palabras de Lenin aplicadas a los « liquidadores » nos califica de « traidores al marxismo y traidores a la democracia » (p. 159-160). Gregorio López Raimundo nos atribuye la « negación no sólo de la necesidad histórica del partido marxista-leninista, sino de la misma revolución proletaria » (p. 48) y nos sitúa en lo que él llama « la pendiente por la que se deslizaron en el pasado otros ex comunistas que han acabado siendo profesionales del anticomunismo » (p. 49). Como se ve, estamos ante los clásicos epítetos stalinistas utilizados durante decenios para impedir toda discusión real en el Partido y aplastar a los discrepantes.

Ante todos los militantes del Partido Comunista de España, ante los militantes del movimiento obrero y democrático español, declaramos que esas acusaciones son falsas ; que la versión dada por el grupo mayoritario del C.E. del P.C.E. de nuestras posiciones políticas e ideológicas es una burda caricatura ; que la historia divulgada en el seno del Partido sobre nuestro supuesto trabajo fraccional es mera fábula, como han podido comprobar los militantes del Partido.

En el marco de esta breve declaración no es posible exponer en detalle nuestras divergencias reales con la mayoría actual de la Dirección del Partido Comunista, pero en esencia se refieren a lo siguiente :

1. Consideramos que durante años hemos tenido una interpretación subjetivista, no científica, no marxista, de la realidad española. No hemos tenido suficientemente en cuenta los importantes cambios provocados por el intenso desarrollo capitalista-monopolista y por otros factores. La ausencia de un análisis objetivo, condición básica de toda política revolucionaria marxista, nos ha llevado a cometer graves errores en la apreciación de la situación y, como consecuencia inevitable, en nuestras consignas tácticas, en la concepción estratégica de la revolución. Nuestros planteamientos críticos sólo tenían por objeto promover la elaboración colectiva de una nueva estrategia revolucionaria, adecuada a las nuevas contradicciones reales de la sociedad española.

2. Consideramos que nuestro Partido no ha deducido las debidas enseñanzas de la trágica experiencia del stalinismo, que no ha realizado todos los cambios internos necesarios para liquidar radicalmente las deformaciones inculcadas en él durante aquel largo periodo. Ello le ha dificultado transformarse en un auténtico partido marxista, capaz de aplicar de manera autónoma el método marxista a la investigación de la sociedad española y a la elaboración de su acción revolucionaria. Hemos planteado la necesidad de crear las condiciones internas que aseguren la discusión real de los problemas en el seno del Partido, la

participación real de todos los militantes en la elaboración de la política del Partido.

Incapaz de sostener la discusión en el terreno del razonamiento, de los hechos, del contraste de opiniones, la mayoría de la Dirección del P.C. ha recurrido al conocido método de deformar las posiciones de los discrepantes, de impedir que la masa del Partido llegue a conocer sus opiniones, y de inventar, finalmente, una historia de actividad fraccional para justificar con ella la expulsión. De esa forma, se ha yugulado una discusión que no sólo hubiera beneficiado al P.C. sino a toda la izquierda española, que hubiera reforzado a uno y a otra. En efecto, la corrección de nuestros errores y la renovación del P.C. son condiciones imprescindibles de la tan necesaria reunificación de las fuerzas socialistas españolas y de la unidad de acción de la oposición. El importante papel que desempeña el Partido Comunista en el movimiento obrero y democrático no hace más que subrayar la grave responsabilidad en que incurre la actual Dirección al cerrar el camino a la corrección de los errores del Partido, a la elevación de su nivel teórico, y a la adecuación de su política a la realidad española.

Por nuestra parte, seguimos en nuestro puesto. Dispuestos a colaborar con todos los grupos y organizaciones obreras, con toda la oposición antifranquista, y, en primer lugar, con el Partido Comunista, al que seguimos considerando nuestro Partido. A lo que no estamos dispuestos es a silenciar nuestras opiniones ni a dejar sin respuesta la calumnia.

20 de diciembre de 1965

Fernando Claudín, ex-miembro del Secretariado y del
Comité Ejecutivo del P.C.E.

Federico Sánchez, ex-miembro del Comité Ejecutivo del
P.C.E.

Juan Berenguer, ex-miembro del Comité Ejecutivo del
Partido Socialista Unificado de Cataluña.



30 F Belgas
3 F Franceses
3 marcos
10 pesetas



Jun 1966

acción comunista



6

Editorial : EL « DESHIELO » DEL FRANQUISMO

LA CRISIS CARBONERA Y LA LUCHA OBRERA

por Luis Peña

ALGUNAS NOTAS SOBRE EL PROBLEMA DE LA ORGANIZACION

por Lorenzo Torres

CENTRALISMO Y DEMOCRACIA

por Rosa Luxemburgo

8' P 5423

SUMARIO :

Editorial

- EL « DESHIELO » DEL FRANQUISMO 3

Notas Internacionales

- CARTA ABIERTA A W. GOMULKA 11
por *I. Deutscher*
— LA HUELGA DE LAS MUJERES 14
— EL FIN DE UN REFORMISTA 15
— MONSTRUOS Y DEMONIOS 16

- LA CRISIS CARBONERA Y LA LUCHA OBRERA 17
por *Luis Peña*

- PROVOS, CAPELLONI, AGGIORNAMIENTO Y ORDEN SOCIAL 32
por *Jesús Santos*

- LIBERTAD ¿ PARA QUIEN ? 36
por *Fernando Ibeas*

- ALGUNAS NOTAS SOBRE EL PROBLEMA DE ORGANIZACION 38
por *Lorenzo Torres*

Documentos :

- CENTRALISMO Y DEMOCRACIA 52
por *Rosa Luxemburgo*
— LA « DESCOLONIZACION » DE FRANCO, CARTA DEL SECR. GENERAL DE LA I.P.G.E. 69

Editor responsable :

Ferdinand Lardinois - 13, rue du Géron, Liège - Belgique.

Precio de la suscripción :

6 números : 150 F. Belgas - 15 F. Franceses - 50 pesetas.

Precio del ejemplar :

30 F. Belgas - 3 F. Franceses - 10 pesetas - 3 marcos.

Envios por giro postal al editor.



EDITORIAL:

El « deshielo » del franquismo



Los acontecimientos del mes de Marzo en Barcelona han ocupado el primer plano de la actualidad española de esta primavera. La agitación estudiantil ha vuelto a situarse de nuevo, a causa de ellos y de sus prolongaciones en otros distritos universitarios, en el centro de la actividad política de nuestro país.

Pero lo que da una particular significación a dichos acontecimientos es indudablemente la inserción bien aparente en ellos de las fuerzas de la oposición burguesa que se han manifestado en la calle con alboroto, saliendo de las prudentes y vagas declaraciones verbales, de los actos político-folklóricos de cánticos a la Moreneta, o del trabajo subterráneo.

Lo esencial de los hechos es conocido de todos. El 9 de Marzo en el convento de capuchinos de Sarriá se reunía la « Asamblea Constituyente del Sindicato democrático de estudiantes de Barcelona ». Asistían delegados de las distintas Facultades y Escuelas Superiores del distrito universitario de Cataluña. Se encontraban invitados diversas personalidades intelectuales, representantes estudiantiles extranjeros y delegados de Madrid, Sevilla y Valencia.

La policía respondió sitiando el convento y más tarde penetrando en él, reacción torpe, que iba a dar una publicidad y un impulso al movimiento que no podía desagradar a quienes lo animaban. Al mismo tiempo la asociación íntima a tal movimiento de los capuchinos daba a éste una respetabilidad y a las organizaciones católicas una importancia que había de repercutir vivamente sobre la evolución posterior: en el movimiento iban a aparecer implicados la masa estudiantil en su conjunto, mezclados indistintamente desde los elementos comunistas a los seminaristas, apoyados por organizaciones profesionales del género del Colegio de Abogados y por las « fuerzas católicas de masas ». Diversas organizaciones católicas manifiestan en efecto su solidaridad con el movimiento sin tardar: el 15 de Marzo Declaración de 16 organizaciones católicas de Barcelona, la J.E.C. de Bilbao el mismo día, el 16 de Marzo 100 sacerdotes manifiestan ante el Palacio del Obispo. En cuanto a los estudiantes del Opus Dei de Pamplona, si intervienen más tardíamente, no por ello lo hacen con menos entusiasmo; sus enfrentamientos con la policía en abril-mayo se acompañan de unos conmovedores gritos: ¡ abajo la opresión !.

De este modo la lucha por la libertad sindical — y por las liber-

tades democráticas en general —, lucha preparada y realizada en sus primeros tiempos por los estudiantes de tendencia socialista, es adoptada por una fracción de las fuerzas burguesas. Más aún, aprovechando la tolerancia del régimen ellas, dichas fuerzas se proponen aparecer a la cabeza de la misma, conducirla incluso y utilizarla para sus propios fines.

No hay en esto nada sorprendente (y un artículo publicado precedentemente aquí mismo lo preveía de modo expreso)⁽¹⁾. La oposición burguesa se encuentra en unas condiciones de semilegalidad que la favorecen. Dispone gracias a la Iglesia y a las organizaciones católicas, de un cuadro organizativo perfectamente legal. El carácter elemental de las reivindicaciones en esta fase permite asociarse a ellas sin escrúpulos. En fin, el origen social de los estudiantes da a dicha oposición la posibilidad de encontrar un eco importante en este medio y ofrece la garantía así de que el movimiento no desborde el marco burgués que sirve de base a su plataforma política; es decir el movimiento estudiantil se presta mejor que el obrero a que la oposición burguesa se « ensaye » en él.

Sus pretensiones en la etapa actual son sencillas y nada ambiciosas⁽²⁾. No se trata de dar el asalto al régimen; se trata simplemente de ejercer presión sobre él, de facilitar así su evolución paulatina, de preparar las bases políticas de la oposición burguesa. Cuentan como masa de maniobra con la pequeña burguesía, su instrumento ideológico y organizativo tiende a ser la Iglesia, proponiéndose como ésta situarse en la escena con vistas a preparar la sucesión (burguesa) del franquismo para cuando ésta sea inaplazable: « Cambiar todo para que todo siga igual » podría ser su lema. Y esta oposición se echa a la palestra tanto más de sí mismo cuanto que no existe ninguna oposición a su izquierda que pueda dificultar su tarea seriamente; no hay contrincante. El P.C. no tiene tal pretensión en absoluto no hablemos ya del P.S.O.E., el P.C. busca tan sólo entrar en la combinación y su obsesión es la de aparecer como un aliado respetable y ponderado que ofrece « una garantía a la izquierda », que acepta las reglas del juego a cambio de ser reconocido como « *compañero de viaje de la oposición burguesa* ».

La aparición de esta oposición burguesa « en la calle » va indubablemente a animar a toda una serie de sectores pequeño burgueses

(1) « La Lucha contra la dictadura y la crisis de la izquierda en la Universidad de Madrid », por Luis Ortiz, A.C. No. 4, p. 33.

(2) No insistimos aquí sobre sus perspectivas a más largo plazo por haberlas analizado repetidas veces en los precedentes números y en particular en los editoriales de los No. 2 y 3. Ni sobre el carácter diametralmente opuesto, pese a ciertas coincidencias formales, entre sus designios y los nuestros, entre su senda y la nuestra.

inhibidos. La pelota va, pues, a rebotar de los capuchinos al Colegio de Abogados, de éste a tal o cual sector catalanista pequeño burgués (mas cánticos a la Virgen de Montserrat), y así sucesivamente. La intervención « oposicional » de las organizaciones católicas de masas, de los estratos inferiores del clero se empieza a acentuar y seguirá acentuándose, indispensable como es para crear las bases de la Democracia Cristiana, para desarrollar su implantación⁽³⁾. En la Universidad el peso de la fracción moderada estudiantil tenderá a crecer, lo que contribuirá a animar e impulsar las reivindicaciones estudiantiles por un lado, y a asimilarlas, por otro, a su propia perspectiva, eliminado lo que pudiera en ellas abrir una vía hacia una « puesta en entredicho global » de la sociedad española, del modo de producción capitalista. La mayor parte de tales reivindicaciones encuadran, por lo demás, perfectamente con la « liberalización » en su modelo más avanzado, tal como puedan deseársela o prepararla los sectores de vanguardia de la burguesía.

La C.U.D.E. (F.U.D.E.) se va a encontrar, pues, en esta delicada posición : su función esencial es la de estimular el movimiento reivindicativo estudiantil obligando a la fracción moderada a entrar en la liza y teniendo que consentir en aliarse con dicha fracción para dar al tal movimiento mayor envergadura y eficacia, para lograr de este modo resultados tangibles (pues sólo tales resultados mantendrán a los estudiantes en la brecha y darán su razón de ser a la C.U.D.E.). Pero es evidente que, aún marchando a su zaga, los elementos moderados, gozando de todas las ventajas que citábamos, están en condiciones de apropiarse en gran parte del fruto político de dichas acciones.

(3) No ignoramos, claro, que la Iglesia no es una institución monolítica. Su valor político reside justamente en esa « unidad diversificada », en ese juego elástico de conflictos en su seno. Es ese juego elástico el que le permite hoy ser el tirante que une con flexibilidad los servidores más retrógrados de la burguesía (los obispos franquistas) y las fuerzas más audaces inspiradas por los sectores más avanzados de la misma (curas democristianos, católicos catalanistas, etc.). Por su función misma de fuerza unificadora, de lazo con que la gran burguesía tira y conduce a la pequeña, ocurre que las diferencias de criterio que surgen en la burguesía, los problemas que plantea para esta la necesidad de ciertas mutaciones repercuten vivamente en la Iglesia. Pero al mismo tiempo su « versatilidad » es el mejor instrumento para llevarlas a cabo, su unidad institucional la mejor garantía para que se realicen sin que se desintegre el heterogéneo conglomerado constituido por todo el arco que va desde el Gran Capital a los humildes, fervorosos y sumisos asalariados sometidos a su influencia « pastoral ». Y el ala izquierda católica no consigue, casi siempre, sino prolongar esa influencia en los sectores « humildes » por negarse a combatirla y contrarrestarla sistemáticamente.

De suerte que las pretensiones políticas de los grupos que animan la C.U.D.E. (F.U.D.E.) corren peligro de ser frustradas en parte. Sus esfuerzos para ligar el movimiento estudiantil a una puesta en entredicho global de la sociedad española, para esclarecer y estimular una toma de conciencia socialista entre los estudiantes se enfrentarán a graves dificultades.

Si decimos esto no es para invitar a los estudiantes socialistas a encerrarse con su F.U.D.E. en un purismo sectario que sería suicida y que terminaría con la única organización autónoma que la juventud socialista española ha logrado construir, con la única organización democrática de cierto peso. Por limitado que pudiese ser el fruto recogido en estas luchas nunca será despreciable. La lucha de los estudiantes por la democratización de la Universidad, por las libertades democráticas, aunque no llegue a alcanzar el nivel que los elementos más avanzados desean darle, será de cualquier modo un factor importante que abrirá nuestro campo de propaganda y acción, las posibilidades de desarrollo de los elementos revolucionarios. Nuestro deber e interés es estar en el centro de esas luchas, ser sus portavoces más consecuentes y radicales.

Pero es necesario comprender que el peso de ese aluvión de estudiantes moderados o conservadores va a hacerse sentir seriamente en la tarea, que se plantean los estudiantes socialistas, de desbordar a la oposición burguesa, de movilizar a las masas estudiantiles alrededor de una plataforma que responda a sus aspiraciones y reivindicaciones, apuntando al mismo tiempo hacia las raíces sociales y políticas de los males que padece la Universidad — cosa que se intenta, por ejemplo, en el texto planteando « la reforma democrática de la Universidad », redactado en Barcelona (sin que falten en él aspectos que respondan y sean compatibles con las perspectivas neocapitalistas).

Las dificultades del trabajo universitario no dejarán de sembrar en dicho medio las dos tentaciones divergentes clásicas. La de sectarismo ya citada, motivada por el carácter limitado — y para algunos decepcionante — de los resultados obtenidos; la de oportunismo que las propias reformas obtenidas suscitarán puesto que las reivindicaciones específicamente estudiantiles pueden ser satisfechas en su mayor parte disociándolas justamente de una transformación social global, incorporándolas a las perspectivas de la burguesía. Los orígenes de clase de la mayoría de los estudiantes favorecerán tal desnaturalización de las reivindicaciones, la incoherencia que supone el disociarlas de una transformación global. Y el P.C. (y todavía con más razón el P.S.O.E.) no denunciará tal oportunismo sino en cuanto « se quede más corto » que el suyo propio y se proponga objetivos más limitados que el fundamental de ellos: su inserción en el juego político burgués, el derecho a intervenir como oposición leal y respetuosa.

Aparecen en todo esto simplemente los límites mismos de la acción estudiantil que no puede por sí sola desembocar en una toma

de conciencia socialista más que para reducidos grupos. La acción estudiantil no desembocará en ella de modo más amplio sino en función de todo el contexto social y en relación con una crisis social general. El centro de gravedad del socialismo no se encuentra en la Universidad sino en las fábricas. Sin el movimiento de éstas, la izquierda estudiantil no es más que un núcleo marginal, una parte del cual, por la misma función que el estudiante va a cumplir en la sociedad (neo)-capitalista, deriva hacia el «izquierdismo tecnocrático»⁽⁴⁾.

Paradójicamente el movimiento estudiantil padecerá, pues, por su propio avance respecto a la situación general española, o digamos mejor, por el retraso general de dicha situación (en lo que al movimiento socialista revolucionario se refiere). No es que vayamos a lamentar dicho avance que puede ejercer un estímulo importante en otros sectores y en la clase obrera en particular. Nos limitamos a constatar que ese avance, ese relativo aislamiento, su desconexión con el movimiento obrero dan tiempo a la oposición burguesa a implantarse en la acción estudiantil y a utilizarla ampliamente. Y que será harto difícil manobrar frente a su solicitud hacia el sindicalismo estudiantil. (Repetimos que estas constataciones no son en modo alguno una invitación a abandonar el sindicalismo estudiantil y la lucha por las libertades democráticas sino, al contrario, una exhortación a combatir y contrarrestar la influencia creciente de la burguesía en ellos poniéndose a la cabeza de los mismos, impulsándolos sin cesar.

El hecho fundamental es, no obstante, la debilidad de toda oposición obrera, la ausencia en su seno de un ala cuya vocación de autonomía y oposición frente al sistema sea profunda y sincera. No ignoramos las manifestaciones del 1 de Mayo reclamando la libertad sindical, la presencia de las Comisiones Obreras. Pero hay que reconocer

(4) Un izquierdismo en el que se recogen del socialismo exclusivamente sus aspiraciones a «una organización más racional», reduciendo esta racionalidad a un puro problema técnico, lógico, matemático casi, perdiendo de vista que no hay solución real para dicho problema sino mediante la intervención efectiva y radical de los trabajadores en la gestión y en las decisiones, mediante la apropiación de hecho, real, por los mismos de los medios de producción. Mientras toda perspectiva neocapitalista parecía negada a la sociedad española, el partido comunista por su propia constitución y visión del problema, burocráticas y estalinistas, podía recoger este tipo de «izquierdismo». Con la apertura neocapitalista que se entrevé, una actitud oportunista — «togliatiana» — de «conquista desde dentro», incorporándose e introduciéndose en la máquina del Estado «liberalizado», resultará mucho más seductora. Máxime que la burguesía, pese a las buenas disposiciones de Carillo, no manifiesta ningún interés en asociar su partido (y núcleos satélites) a ningún tinglado parlamentario con las consabidas prebendas y sinecuras para diputados y teólogos.

que a estas alturas, cuando los signos de la vitalidad de la oposición burguesa son evidentes, estas últimas no han llegado todavía a constituir una organización de lucha obrera a escala nacional capaz de coordinar y dirigir con eficacia a los trabajadores. La oposición burguesa, como los aspirantes a «compañeros de viaje» de la misma en otra forma (el P.C. y núcleos satélites), tratan tan sólo de verlas reasorbidas en una organización sindical integrada en su sistema en el caso de la primera, o subordinada a sus perspectivas oportunistas y parlamentarias en el caso del segundo.

Sin duda alguna, una buena parte de las dificultades para constituir esa oposición autónoma frente a la burguesía provienen de la propia situación objetiva (que se caracteriza por una expansión capitalista real), del peso del pasado histórico, en fin del mismo contexto internacional que contribuye a sembrar la confusión con el ejemplo reformista de los P.C. de otros países europeos, con la desmoralización que introduce el que nuestras perspectivas puedan aparecer asociadas a un «socialismo» que no lo es en realidad, etc. Pero esas dificultades se ven agravadas por la falta, entre los grupos más conscientes, de un contacto orgánico, regular, por la falta de intercambio de ideas en la tarea de elaboración teórica, por la falta de una organización que cumpla efectivamente su *función instrumental* de desarrollar el pensamiento revolucionario, de coordinar la acción revolucionaria (y no meramente de reemplazarlos para más eficazmente negarlos y destruirlos; sin contar ya con la función «consoladora» que muchas viejas y nuevas organizaciones cumplen manteniendo la ilusión en los militantes de «hacer algo»).

Esta debilidad organizativa nos coloca en clara situación de inferioridad frente a la oposición burguesa cuya iniciativa tiende a dominar los acontecimientos que nosotros mismos hemos suscitado; y esto cuando llegamos a suscitarnos. Porque es evidente que por causa de esa misma debilidad, de una implantación y coordinación insuficientes, las ocasiones no aprovechadas sobran.

Hay que reconocer que la oposición burguesa, como consecuencia de la ausencia en la vida política española de una organización obrera autónoma con influencia, está en condiciones de seleccionar a discreción los temas sobre los que combatir al régimen, de conducir esta

(5) La Iglesia se apresuró por la revista *Ecclesia* a mostrar ciertas reservas hacia el presente con que los americanos nos colmaron temiendo que la cosa pudiese levantar vientos y preparándose a colocarse en la buena dirección. Pero como la manifestación y las firmas no desbordaron los límites de los homenajes a Machado, etc. (y esto no es un reproche hacia los presentes) prefirió dejarlo desvanecerse. El tema era demasiado político, sus implicaciones podían ser demasiado democráticas para adoptarlo y para lanzarlo por iniciativa propia.

lucha por el camino y en la forma que le place, apoyando ciertas acciones, frenando otras, silenciando ciertas cuestiones, es decir y en resumidas cuentas, reforzando y consolidando sus posiciones, avanzando con seguridad hacia sus metas. Su apoyo al movimiento estudiantil se acompaña actualmente, p. ej. de una gran discreción frente a otros acontecimientos: la represión cae inexorable sobre los obreros que en Mieres rompían las reglas del juego, iniciándose a la acción violenta contra el régimen; el escándalo de Palomares queda reducido a una manifestación de 1.000 a 2.000 individuos⁽³⁾, etc.

Por lo demás su lucha contra el régimen es llevada siempre dentro del « fair play » (juego limpio) burgués. Hay un tejido de complicidades — lo que no excluye discrepancias, no tanto sobre las metas como sobre el ritmo a que alcanzarlas — que se extiende desde los « paleo-franquistas » (cada vez más arrinconados) a los « neo-franquistas », y de éstos a la Democracia Cristiana hasta alcanzar de modo más limitado y reservado el ala socializante (Tierno Galván y los « socialistas modernos », el sindicalismo cristiano, etc.). Y las Direcciones del P.S.O.E. y del P.C. no pretenden sino extenderlo hasta ellos mismos para constituir esa alianza del pueblo y del Ejército con que sueña Carrillo y que nos permitiría ponernos de un salto en una situación que la burguesía considera aún prematuro e innecesario abordar.

Con la ilusión de evitar toda solución de continuidad en ese tejido de complicidades posible, en esa tela de araña que iría de las manos de nuestros intrépidos empresarios al cuello del sufrido obrero, no faltan buenas gentes dispuestas a constituir (o mantener) formaciones, que, situándose entre el P.S.O.E. y el P.C., entre el ala izquierda de la Democracia Cristiana y el P.C., sirvan de puente entre ellas, anuden más estrechamente la tela. Tales gentes no parecen comprender que el problema esencial que se nos plantea es el de salir de dicha red, el de evitar convertirse en un remate más de la misma, el de sacar de ella a tantos militantes que la soportan por falta de clarividencia, el de incitar al obrero a quitársela de encima.

Porque el neocapitalismo no es simple resultado de ciertos mecanismos sociales y económicos caídos del cielo, que actúan según un determinismo ineluctable. El neocapitalismo es el resultado de una historia política, en la que intervinieron determinadas organizaciones políticas con una política y unos objetivos determinados. Y el neocapitalismo se está implantando actualmente en España a través de una historia política; la ausencia en la situación actual de tales mecanismos es mucho menos importante que la actitud de las organizaciones políticas hacia su paulatina implantación. Y esta actitud, desgraciadamente, no nos permite augurar nada bueno. *Hic jacet lepus*. Ahí está la liebre.

Los acontecimientos se encadenan con una lógica y una coherencia que parecen un desafío a los escasos elementos fieles a los intereses de la clase obrera, una burla hacia su incapacidad para ver, para reaccionar, o para organizarse. En lo que va de año hemos visto a una fracción

de la C.N.T. integrarse de puntillas en el régimen y a la Iglesia pasar con gran algarabía a la « oposición ». O España es efectivamente el país de locos que tanto seduce a ciertos literatos, o la burguesía española está dando muestras de una extraordinaria sagacidad. *¿Y si nos estuvieran substituyendo la « dialéctica de las pistolas » por otra mucho más sutil y refinada ?*

ACCION COMUNISTA ; 27 de Mayo de 1966

Notas internacionales

CARTA ABIERTA A WLADYSLAW GOMULKA Y AL COMITE CENTRAL DEL PARTIDO DE LOS TRABAJADORES POLACO

por Isaac Deutscher

(Publicamos a continuación importantes fragmentos de esta « carta abierta » de I. Deutscher. El autor, polaco de nacimiento, fue militante del Partido Comunista polaco, pero se opuso valientemente al estalinismo. Actualmente vive en Inglaterra. Ha escrito innumerables artículos y libros sobre los problemas políticos y teóricos del socialismo. Citemos, por ejemplo su biografía « Stalin » ; « La Unión Soviética después de Stalin », su monumental biografía en tres tomos de L. Trotsky, etc. Actualmente prepara una biografía de Lenin.)

Les dirijo esta carta para protestar contra los recientes procesos secretos y las condenas de Ludwik Hass, Karol Modzelewsky, Kazimierz Badowsky, Stefan Smiech, Kuron y otros miembros de vuestro partido. Según las informaciones a nuestra disposición, estos hombres se han visto privados de libertad únicamente porque han expresado opiniones críticas sobre vuestra política o ciertos aspectos de ella y porque han declarado su desacuerdo con el arbitrio burocrático y la corrupción que han visto difundirse en su país. La acusación llevada a cabo en contra de ellos se basa en que han difundido octavillas y un folleto conteniendo « informaciones falsas, que constituyen un ataque contra el Estado y sus autoridades supremas ». El Fiscal, parece ser, no les ha acusado de ningún otro crimen ni delito más grave⁽¹⁾.

Si esta es la acusación, la condena de estos hombres es escandalosa y vergonzosa. Varias cuestiones deben ser planteadas : ¿ Porqué, en primer lugar, el Tribunal se ha reunido en audiencia secreta ? No se podía en este caso remitirse a la seguridad del Estado. Todos los acusados son profesores universitarios o estudiantes y lo que han tratado de hacer, es comunicar sus opiniones a sus colegas universitarios. ¿ Porqué no han tenido un proceso público y leal ? ¿ Porqué vuestra propia prensa no ha publicado ni un resumen de las

(1) El diario francés « LE MONDE » y el norteamericano « NEW YORK TIMES » dieron cuenta, en 1965, de las detenciones de estos comunistas polacos.

acusaciones y de la defensa? ¿Será porque el asunto es tan absurdo y tan vergonzoso que han sentido ustedes mismos que no podían justificarlo o excusarlo y que han preferido cubrirlo así con el silencio y el olvido? Según mis informaciones, el Fiscal y los jueces no han puesto en tela de juicio los objetivos de los acusados, ni en duda su integridad. Los acusados se han declarado y han actuado en tanto que comunistas no conformistas abnegados, profundamente convencidos de la verdad y de la validez del marxismo revolucionario.

Ya sé que uno de ellos, Ludwik Hass, era ya antes de la segunda guerra mundial, miembro de la organización comunista llamada «trotskista», de la que yo mismo fui uno de los fundadores y portavoz. Pasó luego 17 años en las prisiones, campos de concentración y lugares de deportación de Stalin. Liberado en 1957, volvió a Polonia, libre de toda amargura y tan fuertemente animado por su fe en un porvenir socialista mejor que decidió ingresar en vuestro partido, en donde fue aceptado en tanto que miembro. Nadie le pidió que renunciara a su pasado y no ha renunciado un sólo instante a sus antiguas concepciones «trotskistas» — al contrario, las defendía abierta e incansablemente. Este hecho que pone de manifiesto su valor y su integridad.

.....

Su Gobierno ha declarado recientemente con cierto orgullo, que desde 1956 no había detenidos políticos en Polonia. Esta declaración, si es verdadera, constituye, en efecto, una cosa de la que uno se puede enorgullecer sobre todo en un país cuyas cárceles han estado siempre llenas, bajo cualquier régimen, de prisioneros políticos y particularmente de comunistas; no han, según tengo entendido, encarcelado ninguno de sus demasiado numerosos y virulentos opositores anti-comunistas y usted merece la consideración por la moderación con la cual les trata. ¿Porqué, entonces, negar el mismo tratamiento a quienes le critican por la izquierda? Hass, Modzelewsky y sus compañeros han sido llevados ante el tribunal, con las manos atadas y bajo buena guardia. Unos testigos han contado como levantaron sus puños atados repitiendo el viejo saludo comunista y cómo han cantado la «Internacional». Este detalle dice mucho sobre su carácter político y su lealtad. ¿Cuántos de sus dignatarios, Wladislaw Gomulka, cantarían hoy la «Internacional» por su propia voluntad?

He sido informado que antes del proceso, durante el sumario, el funcionario que lo dirigía había acusado Hass y otros acusados de haber trabajado en relación conmigo. No sé si el Fiscal ha repetido la misma acusación ante el Tribunal. De todas formas la acusación es falsa. Permítanme decir que si los acusados hubieran intentado entrar en contacto conmigo, yo les hubiera respondido con gusto, pero el hecho es que no he tenido el menor contacto con ninguno de ellos. Ni siquiera he visto una sólo de sus octavillas o folletos. Juzgo su comportamiento únicamente a partir de las informaciones que me llegan y por la prensa de Europa occidental.

Debo tal vez explicar que desde la segunda guerra mundial no he participado de ningún modo en la vida política polaca y que, no siendo miembro de ninguna organización política, trotskista u otra, hablo únicamente en nombre personal.

.....

La otra ocasión en la que me permití decir algo sobre los asuntos políticos polacos, fue en 1957, cuando expliqué en un ensayo «La Tragedia del comunismo polaco entre las dos guerras mundiales». Debe recordar que sus censores estalinianos del grupo «natojiniano» confiscaron mi ensayo cuando «Política» empezaba a publicarlo y que fue usted, Wladislaw Gomułka, quien ordenó que fuera ampliamente distribuido entre los miembros del Partido. En aquellos días lejanos, inmediatamente después del «octubre polaco» usted defendía la tesis de que los comunistas polacos debían conocer mi ensayo sobre los estragos que Stalin había hecho a su partido al llevar a casi todos sus dirigentes ante el pelotón de ejecución...

¿ Puedo recordarle las palabras que usted mismo pronunció en la famosa octava sesión del Comité Central de Octubre 1956? « El culto a la personalidad no será una cuestión limitada a la persona de Stalin », decía usted entonces, « es un sistema que había sido transplantado desde la U.R.S.S. a todos los partidos comunistas... Hemos terminado, o mejor dicho estamos terminando de una vez para siempre con este sistema... »...

Pero ¿ no está usted reestableciendo, en cierta medida dicho sistema?...

LONDRES, 24 DE ABRIL DE 1966.

LA HUELGA DE LAS MUJERES

El 16 de febrero pasado comenzó en la Fábrica Nacional de armas de Bélgica una huelga poco corriente. Las huelguistas eran todas las mujeres que trabajaban en ella, un 93 % de las cuales eran clasificadas a efectos salariales como inferiores al hombre menos calificado, es decir, al peón. Una de las condiciones esenciales del desarrollo económico capitalista, sigue siendo la existencia de reservas de trabajo barato que permitan frenar las reivindicaciones salariales. En unos países son los negros, en otros los españoles, y en todos las mujeres.

Los textos legales suelen proclamar — hasta en España — lo de « a trabajo igual, salario igual », pero la práctica desvirtúa completamente tan buenas intenciones. En un mundo industrializado, en que la formación profesional polivalente se impone, la mujer encuentra muchas menos posibilidades que el hombre de obtenerla. O bien tal formación se la niega en la práctica, como sucede en España, donde las escuelas profesionales son escasas, o se la dirige hacia la especialización en sectores deprimidos, de baja productividad, o tareas domésticas.

Los prejuicios sociales y religiosos son un buen auxiliar de esta maniobra del capitalismo. ¿ Cuántos obreros se dan cuenta de que manteniendo un sector de mano de obra deprimido artificialmente por medidas de discriminación, el patrono se asegura un arma contra la subida de salarios? Los peores prejuicios son conservados cuidadosamente por la burguesía cuando conviene a sus intereses. Esta situación salta a la vista en España, donde infinidad de industrias textiles, de conservas, etc. funcionan gracias a la super-explotación de mano de obra femenina sin especializar (a veces las obreras son consideradas como aprendizas, a las que se despide y readmite periódicamente, para evitar el ascenso de categoría), con un pequeño grupo capataces masculinos con mentalidad de « aristocracia obrera ».

La huelga de las obreras belgas, que terminó tres meses después con la aceptación de sus reivindicaciones — igualación con el personal masculino de categoría inferior —, no ha sido una simple lucha económica, su sentido es mucho más revolucionario, porque ha sido una lucha por la DIGNIDAD HUMANA.

F. I.

EL FIN DE UN REFORMISTA

El día 2 de junio, el presidente Johnson ha podido telegrafiar su alegría a Santo Domingo : SU CANDIDATO, el antiguo presidente-lacayo de Trujillo, el despreciable Balaguer, llevaba más de 100.000 votos de ventaja a Bosch. Hay que reconocer que éste había hecho todo lo posible para perder : refugiado en su casa, no se dirigía sino por la radio al pueblo dominicano ; además abandonando su actitud de protesta antiyanqui, no perdió una ocasión de separarse de todos los partidarios de una política medianamente enérgica y de presentarse como « anticomunista » frenético.

Si todos esos golpes de pecho no le han valido la gracia de Johnson, indudablemente habrán desanimado a muchos de sus partidarios, poco dispuestos a jugarse la vida por tales ideales. Por lo demás, las elecciones han sido ordenadas y democráticas, es decir, que así como es costumbre suspender toda propaganda 48 horas antes de la consulta electoral, aquí, los generales y demás « gorilas » tuvieron la delicadeza de dejar de asesinar a sus contrarios durante el mismo período. El resto lo ha hecho la « presión moral de los Estados Unidos », traducida por la presencia en el país de las llamadas tropas interamericanas y la promesa de bastantes millones de dólares si todo salía bien. En cuanto al presidente de la junta electoral central, declaró el día 3 que « si alguna urna se encontraba en lugar diferente del que hubiera debido hallarse, no se debía pensar en la existencia de un fraude, sino en la negligencia de algún empleado ».

La heroica lucha del pueblo dominicano sólo le ha servido a Bosch para hacer el ridículo, pero una vez más se ha demostrado que entre la dictadura de los servidores del capital yanqui y la revolución, no queda sitio para ningún reformismo.

F. I.

MONSTRUOS Y DEMONIOS

Uno de los más destacados intelectuales chinos, actualmente en el « fango », Kuo-Mo-jo, recibió hace algún tiempo una merecida reprimenda por no haber pensado en sustituir los seres fantásticos que aparecían en sus obras que pueblan la literatura clásica china, por « campeones del trabajo socialista » o de la abstinencia sexual, que es otro terreno donde el pensamiento de Mao — olvidado el apólogo del niño que trae dos brazos y sólo una boca, y que sirvió para tapársela a los que hace diez años preconizaban una política de control de nacimientos en China — hace milagros. Expulsados de la escena, los « monstruos y demonios » se metieron en el Partido Comunista Chino, y durante cinco años utilizaron su prensa para « atacar abiertamente » al Partido. Calificados con los adjetivos más políticos de « derechistas, monárquicos y burgueses » han sido, como se dice, desenmascarados, así como su protector Peng-Chen, perteneciente al reducido grupo de dirigentes máximos.

Por si alguien tuviera la ingenuidad de suponer que el estalinismo es un fenómeno totalmente « personal e intransferible », aquí aparecen los comunistas chinos reproduciendo un 36, casi completo, con « víboras lúbricas » y todo.

Indudablemente la causa de toda esta literatura insensata, es la conjunción de dificultades de extraordinaria gravedad para China. Por un lado, su problema básico, la dificultad de hacer progresar su producción agrícola al mismo ritmo que su población. La política exterior ha experimentado en los últimos tiempos un revés tras otro ; la laboriosa construcción para la que no habían escatimado el oportunismo de la mejor calidad — Conferencia Afroasiática, Fuerzas Ascendentes, etc., que hizo creer a algunos en la posibilidad de una segunda O.N.U., « revolucionaria », se ha hundido sin remedio. Sus intentos de aislar a los « revisionistas modernos » crear una nueva internacional comunista han fracasado. La sangrienta guerra de Vietnam es un desafío constante en sus mismas puertas. ¿ Como en otras épocas, los dirigentes chinos tratan de salvarse de las dificultades que les cercan dando « un gran salto adelante » ? ¿ Puede consistir éste en responder al desafío norteamericano con la guerra ?

Estos son interrogantes a los que sería bastante presuntuoso querer responder, pero lo cierto es que las primeras víctimas del « salto », sea el que sea, han sido aquellos elementos minoritarios que han creído poder hacer críticas. Si empleamos los términos, al fin y al cabo relativos, de izquierda y derecha, todo parece indicar que los eliminados están, en su mayoría, entre estos últimos, y que lo ocurrido se podría comparar, con todas las diferencias que la situación histórica manda, a la de los bujarinistas eliminados por Stalin en 1936.

F. I.

La crisis carbonera y la lucha obrera

por Luis Peña

La gran huelga de abril y mayo de 1962 fue como un trueno, un hecho inesperado. Sin consignas, sin que las organizaciones políticas la preparasen alcanzó una amplitud, una intensidad y una duración que despertó el interés del mundo entero. Para muchos era la señal de que el pueblo español, tras más de veinte años de dictadura, se despertaba para sacudir el yugo que le oprimía, era el principio del fin del régimen de los vencedores de la guerra civil. Partió de Asturias, de las minas de carbón y en pocas semanas se extendió a todo el norte de España tocando casi todas las industrias de la zona y despertando ecos en muchos puntos del país, principalmente en los mineros. Por fin el pueblo español, decían los comentaristas, ha perdido el miedo al régimen de represión y eso no podía significar otra cosa que la debilidad de éste era grande, lo que confirmaba los informes y vaticinios de los políticos españoles, que, desde hacía años, anunciaban el debilitamiento y la descomposición del régimen franquista. Incluso los políticos de la nueva oposición, disidentes del régimen, pensaron que el momento era adecuado para aparecer en escena, en un intento de cortar el paso a los hombres de la vieja oposición, los exilados. Aprovecharon una reunión europeísta en Munich para formar una alianza con algunas fuerzas de la vieja oposición como los socialistas y otros; durante unos días fueron las estrellas políticas de la oposición española, casi aparecían como el futuro Gobierno de una España democrática que llegaría de un momento a otro. Las huelgas de abril y mayo de 1962, despertaron miedos terribles y grandes esperanzas; Gil Robles, en Munich, declaraba que la transformación había que realizarla pacíficamente, en una evolución que evitase la revolución. Demostrando una vez más que los dirigentes políticos de la oposición eran conscientes de su misión histórica: encauzar las fuerzas populares para impedir los «desmanes» y la gran tragedia de un cambio de régimen económico, porque un cambio de régimen político ellos eran los primeros en desearlo. Las huelgas fueron para los dirigentes de la oposición tradicional una fuente de esperanza: gracias a ellas y sin haberlas preparado, los dirigentes de la nueva oposición les buscaban para realizar una tarea común: traer la democracia a España. Las huelgas de abril y mayo de 1962 tuvieron la virtud de unir a todos los hombres políticos españoles que tenían una visión común de la situación: el régimen se tambaleaba.

Las huelgas de 1962 pusieron en evidencia dos cosas: que el régimen podía soportar unas huelgas de esa envergadura, sin caerse ni tambalearse. Y que no era todo el pueblo quien se ponía en marcha, sino una buena parte del proletariado.

Desde 1962 a hoy, han pasado muchas cosas ; los « astros políticos » de la época de Munich han ido apagándose con gran rapidez ; en 1963, en la primavera y el verano las huelgas volvieron a estallar, esta vez reducidas a Asturias y León y al sector de la minería del carbón ; se repiten en 1964 y más atenuadas en 1965. La repetición de las huelgas, su dureza y la represión brutal han hecho de Asturias el símbolo de la lucha en España. El problema asturiano es el índice, para muchos, de la lucha de clases en España, de su grado de virulencia. Por ello vamos a tratar de abordarlo en las líneas que siguen.

Comenzaremos por dos precisiones : La primera, que el problema asturiano es el problema de un sector de la economía española : el carbón. Y la segunda, que es una consecuencia de la primera, que el problema asturiano es el problema de Asturias y León. Abordar el problema de las huelgas sucesivas, nos remite a Asturias y León, aunque en otras zonas mineras se produjesen huelgas. Si, como lo haremos, consideramos el problema a partir del sector carbón, también en este caso nos situaremos en Asturias y León, pues entre Oviedo y León producen el 87 % de la hulla, y el 86,7 % de la antracita de España (1962) y las dos provincias ocupan el 74 % de la mano de obra del sector (Oviedo : 57,8 % ; Leon : 16,7 %).

LA CRISIS CARBONERA EN ESPAÑA

Tratar de comprender las huelgas pasadas, su alcance y sentido nos obliga a considerar las causas de la crisis del sector carbonero en España. Para ello hemos de considerar la estructura del sector, su importancia en la economía española y el momento en que la crisis se agudiza.

1. Estructura del sector carbón.

Las minas del Norte se caracterizan, desde el punto de vista físico, por estar constituidas de vetas de un espesor de 50 a 60 cm., aproximadamente la mitad del espesor medio de las vetas de las minas europeas, además, las vetas están inclinadas y en muchos casos dislocadas, lo que explica, en parte, el bajo rendimiento de las minas españolas : 540 kg. por hombre y día en 1961, la mitad que en Francia por ejemplo. A las deficientes condiciones geológicas hay que añadir una característica que tampoco es favorable : el número elevado de pequeñas empresas que existen en el sector como puede verse en el :

CUADRO I

Distribución de las empresas carboneras según el N° de productores empleados (1962).

Empleados:	Menos de 5		5/9		10/19		20/49	
	E	P	E	P	E	P	E	P
OVIEDO :	55	164	26	157	19	252	35	1.014
LEON :	40	129	19	118	21	301	51	1.871

Empleados:	50/99		100/499		Mas de 500		TOTAL	
	E	P	E	P	E	P	E	P
OVIEDO :	31	2.066	25	8.357	26	42.937	217	54.947
LEON :	27	1.913	45	9.156	4	2.843	207	16.331

E : Empresas - P : Productores - FUENTE : C.E.S.

Unas pocas empresas relativamente grandes (el 71 % de las empresas emplean el 74 % de la mano de obra) junto con una multitud de empresas minúsculas (el 62,7 %) emplean el 5,6 % de la mano de obra.

Por lo que respecta a la distribución funcional de la renta, es de todos los sectores de la economía nacional, el que vierte en salarios la parte más importante del valor añadido (véase cuadro II).

CUADRO II

Distribución funcional de la renta (1958).
Por 100 pts. de valor añadido.

Sectores	Asalariados	No asalariados	otros sectores
Combustibles minerales sólidos y gas	73,5	13,0	13,5
Petróleo, gas natural y carburantes	22,2	—	77,8
Minas de hierro y siderurgia	54,9	4,0	41,1
Textiles confección y cuero	43,0	36,8	20,2
Electricidad y agua	22,8	7,0	70,2

Fuente : Delegación Nacional de Sindicatos « Tabla input-output de la Economía Española.

El misterio de la enorme importancia de la renta salarial del sector reside en lo que se ha llamado la política de « halago al minero », practicada por el régimen desde 1939 a 1962 y que se refleja en el hecho de que los mineros del carbón recibían los salarios más elevados de España. Así si los salarios del sector que paga menos (aceite y derivados) son tomados como cien, los salarios de las minas del carbón representan 250 (salarios medios reales).

Salarios altos, rentas patronales y de capital bajas, se explican por la fijación de los precios del carbón por el Estado ; es decir son la consecuencia de la política energética del régimen. El que la crisis del carbón alcance su punto culminante en los alrededores de 1962-63, como lo indican palpablemente las huelgas, puede intentar explicarse, por la crisis mundial del carbón y sus repercusiones en España ; no creemos que esta explicación sea suficiente. No cabe duda que la crisis del carbón en el mundo ha repercutido en España ; pero cabe preguntarse por qué repercute en ese momento con tanta intensidad, y con mucha menos virulencia entre 1939 y 1962 época en que crisis del carbón no han faltado.

La explicación de la crisis en España y la repercusión real, pero no tan importante como quieren hacernos creer ciertos comentaristas de la situación de la industria carbonera mundial, hay que buscarla en el cambio de la política económica del régimen. Cualquier otra forma de abordar el problema conduce a interpretaciones erróneas y a soluciones no satisfactorias. Generalmente se recurre a dos tipos de explicación, sea la crisis mundial, explicación a escala mundial, o bien una pretendida disminución del consumo del carbón en España, explicación a escala sectorial. A veces, en un intento de explicación total, se combinan los dos elementos, crisis mundial y crisis sectorial en el país. Es de notar que ambas explicaciones tienen la propiedad de eliminar el análisis, o al menos la referencia a la situación general del país, a la evolución económica del régimen, aunque la aplicación conjunta de ambas desempeñe la función de un sustituto de la explicación (y de la evolución) del régimen español. Así la referencia a la crisis mundial permite aludir al cambio de política económica, paso de la autarquía a una búsqueda de integración en el comercio mundial. En este caso se da una consecuencia, paso de una política autárquica, a la liberación de cambios como un hecho fundamental, sin intentar explicar el cambio ni las razones del mismo, o lo que es lo mismo se da implícitamente una interpretación « política » del cambio. El cambio de política favoreció la incidencia de la crisis mundial del carbón en España, lo cual es cierto, pero plantea otro problema ¿ Por qué hay cambio ? Sin la explicación del cambio de política económica en España, esta explicación parcial, pues no solo es la crisis mundial del carbón la causa de la crisis carbonera española, conduce a interpretaciones erróneas de la situación del país.

La otra explicación, la local, supuesta disminución del consumo

del carbón (veremos posteriormente que esto no es así) conduce a una interpretación técnica del fenómeno.

Es en definitiva la evolución técnica, sustitución del carbón por otras fuentes de energía más cómodas, la que aparece como responsable de la crisis carbonera en España, en esta explicación local, sectorial, el problema político-económico desaparece totalmente. Además esta explicación es idéntica a la anterior, ya que generalmente la crisis mundial del carbón se explica por la sustitución de este por otras fuentes de energía. Esta explicación, local, sólo permite decir que el desarrollo de la economía española ha llegado a un punto tal que los problemas económicos de los países más desarrollados se producen también en España. Conclusión que nos conduce a hacer otra pregunta. ¿Cómo ha cambiado la economía española?. Pregunta que está íntimamente relacionada a la anterior ¿Por qué cambió la política económica del régimen?

Antes de intentar responder a esta pregunta, de un modo esquemático dada la extensión de este trabajo, vamos a considerar el problema de la producción y el consumo del carbón. En el cuadro III se dan las cifras de producción, importaciones y consumo del carbón en España desde 1935 a 1962.

CUADRO III

	Producción	Importación	(en miles de Tm) Total
1935	6.931	1.706	8.637
1942-45	10.902	219	11.121
1945-50	11.992	774	12.766
1951-55	13.776	1.021	14.897
1956-60	15.907(*)	610	16.517
1961	15.884	524	16.408
1962	15.148	1.815	16.963

La primera lección de las cifras indicadas, es que el consumo del carbón aumenta en España. Es más, en las previsiones de producción del actual plan de desarrollo se asigna como cifra de producción para 1967 la de 22.300.000 toneladas de carbón. La realidad y las previsiones contradicen la explicación de la crisis del carbón por una disminución del consumo. La crisis tiene otras raíces. No son los índices de producción los que pueden informarnos adecuadamente. En el cuadro II puede verse que las rentas de capital del sector carbón, son más bajas que las rentas de otros sectores energéticos, petróleo o electricidad. Aún

(*) El máximo de producción del período se sitúa en 1958 con un total de 17.116 TM. - Fuente: INE, y comisión reguladora para la producción y distribución del carbón.

teniendo en cuenta la diferente incidencia de las amortizaciones en los diferentes sectores, la electricidad y el petróleo son sectores en expansión. Según el Ministerio de Industria en 1955 la demanda total de energía primaria se distribuía del modo siguiente : carbones (incluido lignito) 55,8 %, petróleo bruto 23,8 %, energía hidroeléctrica 20,4 %. Para 1965 preveía la distribución siguiente : carbones (incluido lignito) 40,4 %, petróleo bruto 30,8 %, energía hidroeléctrica 28,8 %, con un aumento de la demanda total de energía primaria de 95 % respecto a 1955. Las previsiones se han quedado cortas frente a las exigencias del desarrollo de la economía española.

A pesar del aumento previsto de la producción del carbón, su importancia disminuye frente a las otras fuentes de energía. A esto hay que añadir una rentabilidad más baja que los otros sectores y las dificultades de la estructura física de las minas, que impiden un aumento de la productividad que hagan rentables las inversiones, frente a la rentabilidad ofrecida por otros sectores. Desde este punto de vista se podría decir que las minas de carbón están a punto para ser nacionalizadas (transferencia al Estado de los sectores poco rentables pero necesarios a la vida del país).

De la necesidad de nacionalizar las minas de carbón se ha hablado y escrito en España, sobre todo durante las huelgas de 1963, pero la nacionalización no es probable que se realice, por una serie de factores que indicamos a continuación. Si la extracción y venta del carbón no es rentable, sí lo es, si el consumidor del carbón se sitúa en la proximidad de las minas y es al mismo tiempo propietario de ellas. Es decir las minas, ciertas minas, las mejores, son rentables a condición de ser explotadas por los consumidores « in situ », por ejemplo : la siderurgia o las centrales térmicas de electricidad. Además, la nacionalización de las minas de carbón podría inducir la nacionalización de otra fuente de energía: la electricidad, que hoy es de una gran rentabilidad y tiene una gran posibilidad de expansión, por ejemplo el consumo puede duplicarse en 1970, gracias en gran parte al aumento del consumo doméstico, que es muy bajo en España. En Alemania se consumen 2.443 Kw h./año per cápita, en Francia 1.825 Kw h./año, en Irlanda 942 Kw h./año y en España 715 Kw h./año per cápita. Si se nacionalizasen las minas de carbón, es muy probable que los consumidores industriales de energía hiciesen presión para que se nacionalice la electricidad. Pero esta es hoy una fuente de acumulación de capital que no ha agotado sus posibilidades ni muchos menos.

En parte la crisis del carbón en España procede del aumento del consumo de energía y de la incapacidad del sector carbón para satisfacer este aumento, incapacidad ligada a la baja productividad de las minas y a la estructura de la propiedad en ellas. Lo que implica una sustitución creciente del carbón como fuente de energía, una pérdida de importancia del sector carbón, a pesar del aumento previsible de la producción carbonera.

Decíamos que la estructura del sector carbonero era responsable en parte de la crisis del carbón, ya que en los años anteriores a 1962 la estructura era la misma y la crisis no era tan aguda. La estructura de las minas y de la industria carbonera no ha variado prácticamente desde el final de la guerra civil, lo que ha variado es la estructura económica del país bajo el régimen de los vencedores de la guerra civil y esta evolución de la economía es la que ha conducido a situar el sector del carbón en mala posición. O dicho de otro modo, el sector carbón no se ha degradado, simplemente se ha retrasado respecto a los otros sectores en auge.

Limitándonos al sector energético y al período que va desde 1939 a 1958, período que podemos considerar «grosso modo» de política económica autárquica, lo anteriormente dicho está confirmado por las cifras de los cuadros IV y V.

CUADRO IV

Evolución de la producción eléctrica

Años	Producción de energía en millones de Kw h.
1940	3.617
1945	4.163
1950	6.916
1955	11.922
1956	13.673
1957	14.523
1958	16.350

(Fuente : I.N.E.)

CUADRO V

Consumo de combustible líquidos y sus derivados

Años	consumo en millones de Tm.
1953	2.549
1954	2.707
1955	3.054
1956	3.430
1957	5.647
1958	6.046

Fuente : Dirección General de Aduanas.

Durante todo este período, la importancia del sector carbonero, disminuye, y los defectos estructurales tienden por ello a pesar cada vez más sobre el sector.

Nada más terminarse la guerra civil, prácticamente la sola fuente

de energía de que dispone la economía nacional es el carbón. Lo que obliga al Estado a aplicar una política bien determinada con dos objetivos bien determinados : (1) proporcionar energía a un precio bajo con el objeto de fomentar el desarrollo de la débil economía española, (2) evitar toda agitación social en las minas de carbón, para lo cual los salarios deberían ser lo más elevados posibles (como se ha visto anteriormente eran los salarios más elevados de España).

Estos dos objetivos contradictorios solo podían alcanzarse reduciendo la plus valía de los propietarios (individuos o sociedades) de las mismas (lo que explica el cuadro II). Reducción de la plus valía que en parte era compensada por el régimen de primas al aumento de la producción y que no repercutían en los precios. Esta política carbonera, podía ser tolerada por los interesados por dos razones : La primera, la fuerza del Estado y la segunda la estructura de la propiedad del sector de la minería del carbón. La mayor parte de las minas son propiedad de un patrón (carácter primitivo del sector) y la prima caía íntegra en su bolsillo y las grandes empresas eran propiedad, sea de consumidores — siderurgia — sea de otras empresas, en las que las minas eran un sector secundario. A medida que la economía crecía, dentro del sector carbonero se establecía una diferenciación entre las empresas carboneras exclusivamente dedicadas al carbón y las que estaban integradas en empresas con actividades diversas — por ejemplo : minas de carbón propiedad de empresas siderúrgicas o de grupos bancarios —, es decir entre las pequeñas y las grandes. Para las primeras a medida que la economía se desarrollaba y se diversificaba, su negocio, el carbón, se hacía cada vez menos rentable relativamente, mientras que en el caso de las empresas carboneras integradas en los conjuntos económicos más amplios la baja de rentabilidad era amortiguada y perfectamente tolerada por el conjunto económico del que formaban parte. Si además se tiene en cuenta que las minas integradas en otros sectores, son, por lo general, las mejores y de más alta rentabilidad, caso de las minas propiedad de empresas siderúrgicas, estas obtenían una renta diferencial substancial. Una situación económica que no era la exclusiva del sector carbonero (la semejanza es grande con el sector triguero de la agricultura, con sus minifundios y latifundios, fijación de precios, etc., pero este es un problema que tocaremos otro día), es más bien una constante estructural de la economía española del período de la postguerra civil hasta 1958, que se prolonga en cierto modo hasta hoy y que ha permitido una acumulación fabulosa durante el período considerado.

Al tiempo que disminuía la rentabilidad relativa de las minas de carbón, el carbón dejaba de ser la fuente casi exclusiva de energía del país, la electricidad y el petróleo le roban sectores enteros de consumidores, lo que le ponía en condición de dependencia respecto a un número reducido de sectores consumidores. Dependencia que se acentuaba por su débil rentabilidad. De ser un sector clave del desarrollo a

principios del período de autarquía, cuando este termina, está reducido a un sector secundario. En cierto modo el desarrollo de la economía española durante los veinticinco años que siguieron al fin de la guerra civil se fundó en buena parte sobre la explotación de los propietarios de las minas de carbón por los sectores de la burguesía que controlaban el Estado.

El cambio de política económica marcado por el plan de estabilización de 1959 y la afluencia de divisas (turismo y rentas de trabajo de los obreros emigrados, etc...) disminuye las limitaciones en las importaciones de carburantes, lo que ayuda a reducir la importancia del sector carbón. La crisis endémica del sector carbonero, que tiene sus raíces estructurales ya indicadas, quedó en latencia durante el período de autarquía, precisamente por el modo de acumulación propio de la época; el desarrollo si producido condujo a una situación económica tal que era necesario cambiar el modo de acumulación. Este cambio de política económica es el que pone de manifiesto la deficiente estructura del sector carbonero y la crisis se revela.

De lo indicado anteriormente se deducen dos conclusiones:

La primera, que el intento de explicar la situación de la industria carbonera en España, como una repercusión de la crisis mundial, no explica nada. El sector carbonero está en crisis prácticamente desde el comienzo de la crisis del carbón en el mundo. Basta recordar que las minas españolas, son marginales respecto a las europeas... Si la situación grave de las minas de carbón en España no ha aparecido hasta hace unos años (1962) con toda su virulencia, era debido a que el sistema de acumulación en vigor hasta 1959 lo impedía. La crisis del carbón aparece cuando la política económica española cambia.

La segunda, es que la explicación de la crisis por una disminución del consumo, es falsa. Lo que acaece es una disminución relativa de la tasa de beneficios del sector, ya escasa de por sí.

1959-1962

Tras varios intentos de reajuste, la nueva política económica es aplicada oficialmente en el verano de 1959. Tres años después, en el verano de 1962 unas huelgas iniciadas, en las minas de carbón de Asturias sacuden todo el Norte de España. Durante estos dos años los salarios no han variado, por el contrario los precios han subido en más del 10%. En 1961 y sobre todo a principios de 1962, la reactivación de la industria es patente. El número de horas trabajadas vuelve a ser el de antes del Plan de estabilización, la productividad ha aumentado. Al mismo tiempo la emigración de trabajadores a Europa ha crecido, sobre todo se ha acentuado la salida de obreros especializados y entre ellos buen número de mineros. La emigración masiva va a tener dos consecuencias importantes, entre otras, para el caso que nos interesa. La primera es que el envío de rentas de trabajo de los obreros en el extranjero hace aumentar la demanda de bienes y por ello favorecen y acentúan

la reactivación económica. La segunda, que la salida masiva de productores va a crear una penuria de mano de obra general y en particular de obreros especializados.

En 1962, a principios de año, la situación se presenta en resumen con los rasgos característicos siguientes :

- Reactivación de la industria (Paso de la recesión a la expansión).
- Aumento de la demanda interior.
- Elevación de la productividad.
- Subida de los precios (coste de la vida).
- Salarios bloqueados.
- Penuria de mano de obra relativa, sobre todo de mano de obra especializada.

Son las condiciones para que una huelga se produzca con posibilidades de éxito. En el norte de España, donde las características enumeradas anteriormente aparecen con mayor fuerza, las huelgas estallan.

De pasada, y de un modo incidental, recordaremos que los partidos y movimientos políticos de la oposición no consideran las cosas de este modo, basta recordar que los grandes llamamientos a la agitación se realizan en momentos, en que la economía entra en recesión, en mayo de 1958, Jornada de Reconciliación Nacional y Junio de 1959, Huelga nacional pacífica. Es como si los partidos políticos buscaran la dificultad o ignoraran totalmente la situación real del país. En realidad los partidos y grupos políticos no tienen una política consciente de autodestrucción, ni carecen de la información mínima. El que actúen al revés, a contracorriente, tiene su explicación : La información que reciben no la emplean para determinar cuál es la situación del país y actuar en consecuencia, la utilizan para justificar un *apriori* que les sirve de política y que es al mismo tiempo una justificación de su política pasada y de su actuación durante y después de la guerra civil. Sin entrar en las causas y raíces de la política de los partidos de la oposición, podemos enunciar su contenido de un modo esquemático : Para los partidos, el fundamento, base y eje de su política se reduce a suponer que el régimen de los vencedores de la guerra civil conducía a una catástrofe económica al país. Por ello interpretaron los comienzos de la recesión como el principio del fin del régimen, en lugar de ver el fin de una etapa de desarrollo capitalista del país. Las informaciones que los partidos recibían, al pasar a través de su esquema político les daba una imagen invertida de la realidad española. Lo que era ascenso del capitalismo español, les aparecía como decadencia del sistema. Por eso su actuar va a contracorriente. Llaman a la huelga en 1958 y las huelgas fracasan rotundamente. Quedan en silencio triste, desconcertados por la reactivación, que debían haber previsto, y el proletariado va a la huelga, a la más importante de todas las huelgas desde 1939 en España.

El proletariado del Norte de España pasa a la acción en el mo-

mento oportuno, los partidos que nominalmente se definen como vanguardia del proletariado, tratan de seguir el movimiento, que hay que reconocerlo les sorprende grandemente, son una retaguardia despistada que actúa a destiempo.

CONSECUENCIAS DE LAS HUELGAS DE 1962

Ante la ofensiva del proletariado, el conjunto de los capitalistas tiende necesariamente a tratar de hacer cesar las huelgas por razones obvias. La huelga paraliza la producción y por ello los beneficios cesan y segundo, para evitar que la huelga al prolongarse no estabilizase las redes de contacto (precarias) que se establecieron entre los distintos sectores y dentro de los sectores entre las empresas tocadas por la huelga, que podían conducir a algo más que un embrión de organización proletaria autónoma, de clase. Este último punto puede justificar, en parte, la relativa suavidad de la represión durante las huelgas en este año 1962. Tratan de evitar todo lo que pueda dar cohesión al proletariado. En consecuencia se conceden (en parte) los aumentos de salarios. Según el I.N.E. en 1962 los salarios horarios aumentan en un 15 % en el conjunto de la industria. Según la misma fuente sabemos que la producción por hombre/hora aumentó del 13 % y que la subida de salarios real como consecuencia del aumento del coste de la vida fue solo del 9 %. Frente a un proletariado no organizado, el capitalismo puede absorber bastante bien las ofensivas del proletariado y reducir sus victorias a un nivel soportable para la estructura capitalista.

Los dos procedimientos principales para amortiguar el choque de los aumentos salariales, aumentar los precios y la productividad, no pueden aplicarlos sectores en recesión, caso del sector carbonero, que no puede aumentar su productividad sin inversiones elevadas que son inconcebibles con una tasa de beneficios tan baja. Sólo puede aumentar el precio del producto (16 % de aumento del precio al pormayor del carbón después de las huelgas de 1962, mientras que el índice de precios al pormayor durante el mismo período sólo indica un aumento del 2,2 % para los productos industriales, lo que demuestra la rigidez del sector carbonero).

Las huelgas nacidas en las minas de carbón de Asturias y León, agravan la situación del sector. El aumento del precio del carbón debilita el sector carbonero aún más y le hace sufrir agudamente la crisis mundial del carbón (precios de dumping, etc.). Además la acción huelguística, produjo una agravación de las contradicciones en el seno de los capitalistas. Los intereses del sector carbonero divergen cada vez más de los intereses del resto de los capitalistas españoles de sectores en progresión. En cierto modo la táctica del capitalismo aplicada durante las huelgas para evitar la unión organizativa del proletariado ha tenido como consecuencia una acentuación de la desunión en el

seno del capitalismo español. Este resultado de las huelgas de 1962 nos conduce al problema político, al aspecto político de las huelgas.

LAS HUELGAS, SU ASPECTO POLITICO

Una clasificación primaria divide las huelgas en políticas y económicas. Las huelgas de Asturias y León son consideradas huelgas económicas, que las distintas organizaciones intentaron politizar con un resultado nulo, si se tienen en cuenta los objetivos de los « politizadores ». Toda huelga es económica y tiene consecuencias políticas, es decir tiene objetivos políticos y económicos, que pueden ser explicitados o no. En el caso que nos interesa los objetivos económicos estaban explicitados claramente, la conciencia de la situación total por lo que respecta al aspecto económico de las reivindicaciones y de la elección del momento de las huelgas. Faltaba una toma de conciencia de la situación y de los objetivos políticos a alcanzar, faltaba una explicación de los mismos. No quiere esto decir que no se aportasen a los huelguistas objetivos políticos. Los partidos trataron de politizar la huelga y no lo consiguieron. Este resultado negativo se interpreta como una prueba de la despolitización de las masas en España (Fenómeno general en todos los países industrializados, según los « especialistas » en la materia). Esta interpretación nos parece un tanto aventurada y ligera. No cabe duda que los huelguistas en 1962 y los años siguientes, en su conjunto, no sólo no politizaron su huelga explícitamente y de un modo consciente, sino que rechazaron todo intento de politización.

Si consideramos este aspecto, lo primero que vemos es que las huelgas son espontáneas y no están dirigidas por ninguna organización sindical o política. Esto puede ayudarnos a comprender el carácter « económico y no político » de la huelga. Fue una respuesta a una situación determinada y concreta. Espontáneamente (y tras más de veinte años de régimen franquista) la huelga no podía superar los límites del problema económico, percibido fácilmente por los trabajadores. Su nivel de conciencia les limitaba la acción. Desde el exterior y desde otros niveles de conciencia, soluciones políticas se ofrecen a los trabajadores por los partidos, éstos traen lo que falta a los obreros y estos últimos no aceptan el « regalo ». ¿ Despolitización de los trabajadores ? No, basta con considerar las soluciones ofrecidas para convencerse de lo contrario : Un frente unido de todas las clases explotadas por el régimen contra este : es la clave de las soluciones políticas. En el terreno de la táctica es un intento de transformar la huelga de « económica » en « política », pasar de la reivindicación salarial a la política de un cambio de régimen político *exclusivamente político*. Ante esas incitaciones ¿ cuál es la receptividad del proletariado en huelga ? Es sumamente consciente, la experiencia lo demuestra, de que no tiene una organización propia. No hay una organización capaz de transmitir la consigna de huelga con una rapidez mínima. Desde que comienzan

las huelgas en Asturias hasta que se inician en Vizcaya pasa un mes. Y las comunicaciones, tanto por carretera como por ferrocarril no fueron gravemente alteradas en ningún momento. Esta lamentable (y explicable) deficiencia de las organizaciones políticas, no era la más apropiada para infundir una confianza suficiente al proletariado de la región en la capacidad de las organizaciones políticas para llevar la lucha a terrenos mucho más graves. Los huelguistas constataban experimentalmente la inexistencia de los partidos como organizaciones implantadas en el país. Esta es una consecuencia grave de las huelgas. Pero hay más. A la carencia organizacional de los partidos, se añadía un desfase político importante. En el momento en que los obreros están en lucha abierta con los patronos pequeños y grandes es muy difícil convencerles que deben unirse con los representantes de los pequeños. Los huelguistas constataban experimentalmente, que los objetivos políticos que les ofrecían los partidos no coincidían en absoluto con sus problemas reales, que los partidos emitían sobre otra longitud de onda que la del proletariado.

Es natural que las motivaciones políticas de los partidos, « deducidas » de una visión errónea de la realidad no encontrasen eco entre los hombres que luchan en medio de esa realidad misma.

No puede decirse que las masas están despolitizadas completamente, sólo puede hablarse de una « malapolitización » de los partidos y grupos políticos.

La huelga de 1962 tiene una serie de repercusiones políticas importantes ; como se ha indicado anteriormente acentúa la división de la burguesía y al mismo tiempo induce a una reagrupación de las fuerzas de la oposición como se vió anteriormente (reunión de Munich). Demostración palpable de que el factor decisivo en política es la clase obrera.

Desgraciadamente el efecto de cohesión, unitario, de las huelgas en el seno de la clase obrera, comienza a atenuarse al cesar éstas. No habiendo existido el elemento capaz de proponer objetivos de largo alcance, a partir de los motivos concretos que produjeron las huelgas y que podía dar una continuidad a la acción unitaria, las acciones huelguísticas quedan reducidas a acciones parciales que responden a motivos locales o sectoriales. Frente a la acción global del capitalismo el proletariado responde de un modo parcial y disperso. Esto es evidente si se tiene en cuenta las huelgas de 1963 y 1964 ; huelgas exclusivamente reducidas a Asturias y León y dentro de la región, al sector carbonero. Esta reducción de la acción entre 1962 y 1963, ausencia de ecos importantes de la agitación de Asturias y León, demuestra que el proletariado no ha conseguido tomar la iniciativa, que es conservada por el capitalismo.

La falta de cohesión del proletariado, que no se le puede imputar, tiene en el plano político repercusiones inmediatas : La unión de parte de la oposición (Munich) nacida a raíz de las huelgas del 62, se deshace

y desaparece. Entre los grupos y partidos comienza una serie de crisis, de divisiones, de expulsiones. Es como si la falta de unión organizativa del proletariado acentuase las debilidades internas de los partidos y los grupos. Es que la única razón de ser de los partidos y los grupos que se reclaman del proletariado, es la acción proletaria, su único objetivo es conducir, promover la unidad lo más amplia posible del proletariado. Los resultados de las huelgas de 1962, 1963, 1964, ponen en evidencia su fallo y comienza o mejor dicho se acentúa la descomposición interna de los mismos. Es una prueba experimental de la imposibilidad de partidos independientes (no ligados) a la clase obrera, de la imposibilidad de existir de modo autónomo, como entes políticos autosuficientes.

La etapa actual de la oposición, descompuesta, desorientada, dividida, es el resultado de su incapacidad de comprender la situación del país y a partir de ella llevar al proletariado a tomar la iniciativa en la lucha de clases.

Los partidos y grupos desarraigados de su medio natural, tratan de justificar su situación, sea declarando que el capitalismo conserva la iniciativa, lo que es cierto, y proponiendo una integración más o menos descarada al sistema, lo que es erróneo; y que les sitúa como reformistas que es un modo de declararse vencidos por el capitalismo. Sea declarando que las masas están despolitizadas, que es un modo de echar la culpa al proletariado de sus propios errores y faltas, posición ésta que conduce o bien a un integracionismo más o menos descarado, o a la formación de capillas más o menos extremistas, con una tendencia a considerarse ellos mismos el proletariado. Ambas justificaciones tienen en común el abandono de la idea de que el proletariado es el eje y base de toda acción posible. No habiendo sido aceptados tal como son por el proletariado, prescinden del proletariado para poder seguir siendo lo que son.

Frente a la descomposición de la oposición, el régimen capitalista español, por guardar la iniciativa, utiliza el respiro que les da la no organización del proletariado, para reducir las divisiones producidas en su seno por las huelgas de 1962.

En 1963 y 1964 la agitación se reduce al sector del carbón, el carácter de las huelgas es meramente económico, es decir no supera el nivel local y contingente. Es el eco laboral de la crisis del sector. Para reducir este foco a la situación del resto de la industria (huelgas locales, en empresas, pero no de sector o de zona), mucho más tolerable para él, tratará de reducir la agitación con mucha más violencia que en 1962, lo que pone en evidencia que ha comprendido que no existe una unidad organizativa en el seno del proletariado. Paralelamente a la represión sobre el proletariado, emprende una acción tendiente a reestructurar el sector carbonero. Para ello favorece la instalación en Asturias de consumidores, como la siderurgia. Así, siguiendo su política de concentración de empresas, favorece, mediante las acciones concertadas, la formación de complejos industriales, como la Unión de Side-

rurgia Asturiana (UNINSA), que va a ampliar su capacidad productiva con la ayuda de Krupp que se propone invertir unos 3.400 millones de pesetas en el nuevo complejo siderúrgico, lo que hará de Asturias uno de los núcleos siderúrgicos importantes de Europa. En el sector mismo del carbón, la concentración de empresas es ya una realidad. La Duro-Felguera, Fábrica de Mieres, Industrial Asturiana y Hullera Española, han formado Hullas y Energía del Noroeste de España (HENOSA), que producen el 50 % de la hulla asturiana. Ligada estrechamente con UNINSA.

Las pequeñas empresas del sector carbonero no tienen otra solución que entrar en las uniones o desaparecer sea por cierre sea por cesión, a través de la organización sindical, a los empleados y trabajadores, como es el caso de la « Mina Vincentina », que tras el expediente de crisis ha pasado a ser una especie de cooperativa formada por los 80 mineros y técnicos.

La solución del problema del carbón tal como la plantea el régimen, conduce a una reestructuración del sector (concentración) y a una dependencia de otros sectores, tales como siderurgia y electricidad (integración). De este modo atenúa y tiende a hacer desaparecer la división producida en su seno por el efecto de las huelgas.

Las huelgas han demostrado :

1. Que el proletariado es la fuerza decisiva en la situación actual.
2. Que el proletariado espontáneamente sólo alcanza el nivel sindical y que desde éste no puede conquistar la iniciativa, que está hoy en manos de la burguesía.
3. Que todo intento de politizar al proletariado a partir de políticas exógenas, que le son ajenas, fracasa.
4. Que sin una política global, deducida de la realidad concreta y arraigada en ella, toda acción proletaria está condenada al fracaso.
5. Que de la acción « económica » a la acción « política » falta un escalón. Esta debe ser una prolongación natural de la primera.
6. Que no existe la organización, agrupación o como quiera llamársela, capaz de proporcionar ese « escalón » al proletariado, para que mediante él, pueda, a través de las luchas actuales, llegar a conquistar la iniciativa.

L. P.

PROVOS, CAPELLONI, AGGIORNAMENTO Y ORDEN MORAL

No hay duda, la juventud de nuestro tiempo está echada a perder. Malagradecida e incapaz de apreciar los esfuerzos de sus mayores para rodearla de bienestar, sus manifestaciones de rebeldía acabarán por perturbar este mismo bienestar. Sólo una reacción paternal pero firme de sus mayores podrá preservar ese bienestar y el orden social que lo garantiza.

Cojamos, por ejemplo el caso de los « provos ». Estos jovencitos mal educados han tenido la osadía de perturbar con sus algarazas un matrimonio real que hubiese enternecido a cualquier otro (real de reino, que no estamos enterados de más). Máxime que se trataba de la princesa Beatriz y de la Monarquía holandesa, una de las más simpáticas y menos pretenciosas, un verdadero modelo de monarquía popular, capaz de realizar la unanimidad desde los tradicionalistas a los socialdemócratas.

En su artevimiento — su curioso nombre de « provos » viene de provocadores — han ido hasta proclamarse republicanos. Sus agarradas con la policía fueron primero motivo de estupor para los apacibles holandeses ; pero luego, despertando en estos un extraño instinto destructor, la prensa nos explica que los « provos » fueron jaleados en algunas calles por los obesos ciudadanos holandeses que incluso les dieron una mano arrojando por los balcones sobre las cabezas de los guardias todos los trastos viejos de los que querían deshacerse.

Los « provos », arrastrando a los pacíficos holandeses a pegarse con los guardias, no sólo han salvado el honor de los Países Bajos, sino que han puesto de manifiesto al mismo tiempo un extraño desasosiego en un país que con sus hectólitros de leche y sus miles de frigoríficos y televisores nos dejaba a los pobres españoles estupefactos. Para colmo de escándalo parece ser que nuestros simpáticos « provos » han enarbolado por momentos en sus luchas, como estandarte, unas curiosas pancartas en las que se leía « I LIKE SEX » (« Me gusta el sexo »).

Ya comprenderá el lector el malestar de ciertas gentes ante tales afirmaciones. Pero ¿ qué quiere Vd ?, es ésta una vieja afición humana que el que escribe estas líneas confiesa estar todavía en edad de compartir. Porque

« Como dize Aristóteles, cosa es verdadera :
El mundo por dos cosas trabaja : la primera,
por aver manteniencia ; la otra cosa era
por aver juntamiento con fenbra plazentera. »

Evidentemente una reacción del Orden Moral contra estos desajustados de la juventud era necesaria. Reacción que debía ser en cierto modo tajante y preventiva. De ahí la hostilidad generalizada hacia los « capelloni » por las autoridades de distintos países europeos. El origen de esta extraña moda (ciertos jóvenes se complacen en dejarse el pelo largo como Jesucristo y echarse una guitarra en bandolera) viene de los nada recomendables « beatniks », si bien, en la medida misma en que se extiende, la pelambreira de marras tiende a convertirse en una moda inofensiva con que los jóvenes tratan de afirmarse y sacarles la lengua a los mayores.

El lector ha oído ya hablar de los « beatniks ». Una fracción de la juventud americana, decididos a no ser útiles para su sociedad, hartos de la jaula dorada en que debían vivir, incapaces de soportar por más tiempo la « pesadilla climatizada » de la más hermosa sociedad neocapitalista, decidieron retirarse del mundanal ruido y buscarse una Tebaida en California. El alcohol, la música, el sexo y los estupefacientes debían substituir al Espíritu Santo en esta evasión.

Tal actitud se hacía merecedora de la reprobación general. Pero la irritación del público creció cuando estos jóvenes, solicitados por el problema negro y la guerra del Vietnam, decidieron abandonar su Tebaida y desperdigarse por esos caminos cantando canciones sobre la paz y la fraternidad entre los hombres, temas en su boca eminentemente subversivos, porque lejos de ser tratados en lo abstracto y general, como pueda hacerlo Paulo VI, los trataban en su significación más concreta e inmediata : los negros frente a su opresión, el Vietnam frente a una agresión.

El fenómeno beatnik con su confusa espontaneidad debía tener sus prolongaciones en Europa y seducir por lo que tenía de protesta elemental. Es difícil saber lo que hay en un capelloni corriente y moliente de « beatnikismo » y lo que hay de sarampión juvenil. Pero hay en el capelloni virtualmente un protestante y el Orden Moral soporta difícilmente su insolencia. Atacados por las bandas fascistas en Roma, zurrados por los civilizados mozos de Pamplona, rechazados por las autoridades en la frontera francesa, los capelloni parecen destinados a ser víctimas de esa demagogia que explota — según un lector de *Le Monde* precisa — « esa hostilidad de la multitud hacia quienes le son extraños. Tal hostilidad es de la misma naturaleza que la xenofobia, el antisemitismo y el racismo ».

El « desequilibrio » de la juventud moderna ha hecho su aparición igualmente en Italia. Reina en este país, como es sabido, una represión sexual (del sexo femenino en particular, del masculino tan sólo en cuanto rehusa para la mujer el dilema de prostituta o enclaustrada), una represión sexual, decimos, no superada en Europa Occidental sino en la Triste Iberia. Un periódico estudiantil de un liceo milanés (la « Zanzara ») ha tenido el atrevimiento de publicar una mesa redonda sobre el tema « ¿ Qué piensan las jóvenes de hoy ? ». Entre otras opi-

L. P.

niones, algunas de las muchachas de las que intervenían en la misma iban hasta preconizar el control de nacimientos, las experiencias sexuales prematrimoniales, etc., cosas todas ellas que en otros países europeos hubiesen molestado a los « bienpensants », pero sin que llegase la sagre al río. En Italia la « Zanzara » era llevada ante los tribunales como publicación obscena y corruptora de la juventud. La angustia de los « padres de familia » al descubrir que la educación de pago no bastaba para convertir a las tiernas doncellas italianas en seres asexuados era espantosa. El fiscal, Dr. Lanzi, se lució ante los tribunales oponiendo a la corrupción de los jóvenes actuales, objetores de conciencia, capelloni y análogos, la seriedad de los de su época « cuyo corazón — por ejemplo — vibraba al escuchar el himno nacional » (¿ manifestaba el Dr Lanzi en esos tiempos su entusiasmo saludando « a la romana » ?).

Como en estas cosas los bienpensantes opinan que los razonamientos están de más, el fiscal y el juez de instrucción no encontraron nada mejor para controvertir las ideas de las jóvenes italianas que la de afirmar la necesidad de desnudarlas y comprobar su virginidad. Con tan insólitas y morbosas apetencias, la Curia parecía pensar de la muchacha italiana aquello que Unamuno decía en unos versos del hombre español :

« Guarda entre piernas el entendimiento. »

Que los Srs de la Curia confundan el himen con el cortex cerebral no nos sorprende. Y no nos molestaría lo más mínimo que se pueda ser juez, honorable y comendatore con un nivel científico pre-aristotélico, si los tales señores se ocupasen de los sumerios y de los acadios. Lo que es menos tolerable es que puedan ocuparse de unas jóvenes cuyo nivel científico, intelectual y humano es manifiestamente superior al suyo.

Los acusados fueron, sin embargo, absueltos. Tal tolerancia no ha tardado en provocar la ira de la prensa del Vaticano — Il Osservatore Romano — que no comprende que se puedan consentir tales abominaciones. ¡ Hasta ahí podíamos llegar ! — dicen nuestros santos varones — ¡ Hay Aggiornamiento y Aggiornamiento !. El Vaticano invoca en su diatriba contra nuestros tiempos el orden y la moral « natural » ; un orden bien extraño pues, aparte de que los etnólogos no logran encontrar rastro de él, no parece impedir que la Iglesia recomiende a sus ministros y fieles más aventajados la más singular de las perversiones sexuales : la CASTIDAD.

Según las últimas noticias, el fiscal ha decidido apelar contra la absolución de los estudiantes ante el tribunal superior, dispuesto a operar su « escalada » en defensa del Orden Moral. ¡ Qué quieren Vds !. Todo este mundo de buhos amarillentos y amajamados, curas, militares, fiscales, beatas, burócratas del komsomol y padres de familia, no podrá comprender nunca que reclamemos para la mujer una igualdad,



una libertad y una dignidad que no se confunden con su enclaustramiento, que exijamos para la juventud el derecho a bailar con alegría, sin angustias ni temores, la Vieja Danza :

« Viene acá, el pastorciço,
si quieres tomar placer
.....
el cuello tengo de garza
los ojos de un esparver;
las teticas agudicas.
Pues lo que tengo encubierto
maravilla es de lo ver... »

J. S.



¿ Libertad, para quien ?

por F. IBEAS

A mediados de Abril empezó en España la operación publicitaria del año, titulada « libertad de prensa ». Nada más lejos de nuestra intención que despachar con estas palabras un fenómeno que durante unos días hizo abrir ojos como platos, a los lectores, forzados o por afición, de una de las prensas más tediosas del universo. Toda operación publicitaria tiene un objeto, a plazo más o menos largo, que suele ser la venta de algún producto, y este caso no es una excepción a la regla.

Como sabemos perfectamente, en España los únicos periódicos existentes pertenecen a los distintos grupos de ese conglomerado inmovilista que se llama irónicamente « el Movimiento » : vasto sindicato de intereses, unos viejos, otros producidos por la inmensa rebatina que siguió a la guerra civil. Pues bien, la « libertad » de que se habla es únicamente « libertad » para ellos. Son « libres » de clamar sus diferencias, sin envolverlas en el ropaje de retórica que ha estado de moda hasta ahora. Han cambiado de traje y hablan, como los periódicos de « fuera », de democracia, de libertad, de república, de monarquía, etc. Son « libres » de dar noticias sobre huelgas o protestas de todo género, que antes llegaban al conocimiento del español por las emisoras extranjeras. Su « libertad » se manifiesta por el empleo de palabras que el diccionario del Movimiento sólo empleaba cuando se podían aplicar a Francia o Inglaterra, como la palabra « huelga », por ejemplo. Naturalmente los conflictos son minimizados o ridiculizados, los opositores al régimen insultados groseramente, habiéndose producido un nuevo género literario : el anticlericalismo de derechas. Todo esto por si alguien olvida que la tal « libertad » es exclusivamente SUYA.

Los motivos profundos de tal transformación son los cambios evidentes de la sociedad española en los últimos años, que ya ha provocado importantes transformaciones en otros sectores, especialmente económicos, con la desaparición de la política autárquica. En realidad, muchas de las novedades de hoy tienen su antecedente en pequeños cambios de los años pasados. El relativo éxito del nuevo camino escogido por la economía española a raíz de la « estabilización » ha ido haciendo perder el miedo a sectores importantes de la burguesía, a quienes el recuerdo de la guerra civil hacía ver fantasmas por todos lados. Su vinculación cada vez más fuerte con el capital extranjero, es un motivo de seguridad suplementario. Todo esto hace que las andaderas del franquismo resulten cada vez más molestas e incluso supongan para un futuro cercano un impedimento grave. Tanto más cuanto que este futuro ha de traer la desaparición definitiva de su mascarón de proa. Ha llegado la hora de transformar « el Movimiento » en un pluralismo que permita andar más de prisa, y la operación publicitaria de hoy no tiene otro objeto que sentar las bases de un sistema que, dejando el aspecto monolítico, plantee con claridad lo que hasta ahora se resolvía en el limbo de las camarillas.

Hoy puede hablarse ya de equipos bastante bien definidos, en cuanto a su estructura de grupo más que en cuanto a su ideología o programa, que se disputan, en vida, la herencia de Franco. El portavoz de uno de estos, Emilio Romero, ha hablado del «techo de la libertad» al referirse a una de las consecuencias prácticas de la operación que comentamos. La realidad es mucho más modesta, lo que tratan de conseguir es un «acuerdo entre caballeros» (de industria, naturalmente), comparable al acuerdo de la Restauración, a fines del siglo pasado, y cuya regla de oro sería mantener al pueblo alejado en todo momento de «sus» conflictos, aunque, como entonces, se adoptara una retórica que proclamase los principios contrarios.

Sin embargo, la operación que cada uno por su parte, sin acuerdo previo explícito, quiere — el acuerdo sería el fruto, la consecuencia del proceso en marcha — llevar a buen término, tiene sus dificultades, los escollos son numerosos y alguno de los grupos menos comprometidos por la ostentación del poder puede sentir la tentación de romper su solidaridad de modo demagógico. Una advertencia de E. Romero, a los monárquicos de ABC, puede indicar que éstos, al menos, han pensado en ello: hablando de la impopularidad de la monarquía, les dice que el único modo de vencerla es de presentarse como legítima heredera del Movimiento. Otra tentación pudiera ser la de acudir de nuevo al arbitraje del ejército, que crearía, como se ve, por ejemplo, en Argentina, una inestabilidad permanente.

Pudiera extrañar a nuestros lectores que en todo lo escrito no aparezca el pueblo español como actor, «imponiendo» a la dictadura los cambios que supone esa ridícula «libertad». Si así hubiera sido, la pantomima no hubiera aguantado mucho y el estrecho marco en que ha quedado encerrada hubiera saltado a las pocas horas. El hecho es que el pueblo español no se reconoce en tal «libertad» y la prueba la tenemos en la quema de periódicos «libres» por parte de los estudiantes en huelga, y en la indiferencia general que encuentran las disputas de los escolásticos del Movimiento. El pueblo español sabe que esa «libertad» no es para él, sabe que es sólo una maniobra de los grupos dirigentes para disminuir el vacío que les rodea, para integrarle en su sistema.

Algunas notas sobre el problema de la organización

por Lorenzo Torres

I

Desde el primer número de Acción Comunista venimos afirmando la necesidad de la « construcción » de una organización revolucionaria, instrumento de la clase obrera en su lucha por la revolución socialista. Para nosotros, la clase obrera española — como la de muchos otros países — no tiene su organización, o sea ningún partido (P.C., P.S.O.E., etc.) expresa realmente los intereses de la clase obrera en lucha por su liberación. Esta constatación — esquemáticamente resumida aquí — es para nosotros el resultado de un análisis de la situación política española, del papel que en ella desempeñan los partidos tradicionales y los nuevos grupos (véase, por ej. el artículo de Luis Peña en el No. 5 de A.C.) y es, asimismo, resultado de una experiencia concreta, realizada en el seno de una u otra de dichas organizaciones.

Seguimos totalmente convencidos de este postulado inicial, pero ya que, según parece, somos muy críticos hacia « los demás », vamos por una vez a criticarnos a nosotros mismos. Hay que reconocer, en efecto, que hasta ahora, aparte de la afirmación categórica de la necesidad de una nueva organización y de la crítica de las existentes, hemos dicho bien poca cosa sobre : (1) cómo llegar a una tal organización revolucionaria, qué pasos concretos dar en este sentido y (2) y sobre todo, por qué tipo de organización luchamos nosotros. Creemos, en efecto, que es totalmente insuficiente declararse partidario de un partido obrero revolucionario, incluso añadiendo la precisión : ni estalinista, ni socialdemócrata, porque ante una definición tan vaga y general caben innumerables interpretaciones.

Con el propósito de ir precisando estas cuestiones, de ir *discutiendo* concreta y seriamente sobre ellas iniciamos en este número, por una parte la publicación de textos clásicos sobre el tema (véase el artículo de Rosa Luxemburgo) y por otra la de opiniones de militantes reunidos en torno a Acción Comunista. (Ni que decir tiene que dicha discusión está abierta a compañeros de otras organizaciones o de ninguna.)

II

Tal vez debido a la insuficiencia de nuestros análisis, ciertos lectores — y ciertos compañeros — han creído que nosotros consideramos la creación de dicho partido como cosa inminente. Se nos han pedido aclaraciones en este sentido. Unos temían que llevados de nuestro

« optimismo » e « impaciencia » fuéramos a crear de la noche a la mañana un partido minúsculo, una caricatura de partido, un grupo sectario « puro » y « duro », sin acción real sobre los acontecimientos. Les hemos contestado, claro, que esa no era nuestra intención. Otros, en cambio, nos han dicho, muy entusiasmados : « estamos totalmente de acuerdo, sentémonos en torno a una mesa todos los socialistas revolucionarios (¿ ?) y hagamos un ¡ « Gran Partido » ! « Cuando les pedíamos que nos explicaran cuáles eran las bases para un tal « Gran Partido », en las condiciones de confusión actuales y sin una discusión y colaboración previas, nos presentaban más bien la receta de un cóctel, que la creación de un partido. Se trataba de unir « pro-chinos », « F.L.P. » — o lo que queda — « pro italianos », « ciertos núcleos F.U.D.E., « elementos descontentos del P.S.O.E. y J.S. » etc... Evidentemente, con cada interlocutor, los elementos del « cóctel » variaban un poco, según la simpatía que sentía hacia una o varias de las « partes constituyentes » (o sea que ni siquiera sobre este punto de partida hay acuerdo). Sobre el papel, una tal « unión » puede resultar vistosa, y es evidente que en la situación actual y debido a la dispersión de los elementos revolucionarios es necesario ir unificando gentes y grupos procedentes de horizontes políticos diferentes. Pero la peor solución, para mí, es la simple suma de siglas — que muchas veces no representan nada, ni nadie. Además, una tal forma de proceder lleva implícita una unión « por arriba » con su inevitable colofón : una lucha sin piedad por copar los puestos del « Comité Central », como así ha ocurrido en diversas experiencias anteriores, todas ellas fracasadas. Quienes se reunirían en torno a una mesa para crear dicho « gran Partido » socialista revolucionario o unificado o como se llamase, serían los « jefes » de los distintos grupos antes citados — con todas las variaciones posibles, que no son muchas. Dichos « jefes » — dejando a un lado su valor o su despiste personal — tienen un rasgo común : su falta de representatividad. Dicha falta de representatividad es doble : de los « jefes » en relación con el grupo, y del grupo en relación con la clase obrera. Prácticamente ninguno de los « dirigentes » de estos grupos o « alas » ha sido elegido democráticamente y cuando lo ha sido — en raras excepciones — era para desempeñar una responsabilidad concreta en un lugar concreto. No hago un « proceso de intención » sino hablo de una realidad que todos conocemos. No se nos ocultan las dificultades de la clandestinidad para el desarrollo de la democracia, pero tampoco se nos oculta cómo se utiliza la clandestinidad para obstaculizar la democracia.

Vemos pues los peligros reales para la creación de un partido sobre esta base. Unida a la lucha por los puestos en el « Comité Central », está la falta de representatividad real de dicho comité. Además, la simple suma de siglas, uniéndolas formalmente gentes más acostumbradas a las zancadillas que a la discusión política pondrá rápidamente de manifiesto las profundas divergencias y, la confusión teórica sobre

todos y cada uno de los principales problemas políticos nacionales e internacionales QUE AUN ESTÁN SIN DISCUTIR. Ante la aparición de tales discrepancias lo más probable es que actúe el reflejo defensivo de « la unidad del partido » y que éste se exprese con el aplastamiento de la discusión, los llamamientos lírico-militares a la disciplina y la subsiguiente aparición de las « capillas » y caciques en lucha por el poder. Y la confusión política y teórica seguirán reinando... Habremos hecho un partido más...

No intentamos aquí criticar únicamente algunas de las opiniones recogidas por nosotros en las diversas discusiones que estamos realizando sobre este tema. Se trata sobre todo de iniciar una explicación de cómo vemos las cosas en este aspecto.

Aunque sólo sea para demostrar que no pretendo ni mucho menos plantear las cosas de manera radicalmente diferente a como hemos venido planteándolas hasta ahora en A.C., sino sencillamente precisar y ampliar lo ya expuesto, empezaré por citar un párrafo del editorial del No. 4 de A.C. (pág. 11 y 12).

« Consideramos, en efecto, que ha llegado el momento de pasar de las conversaciones y discusiones — con alguna que otra colaboración en casos concretos — al análisis serio de las bases mínimas necesarias para la creación de una nueva organización. Teniendo en cuenta la actual atomización de grupos y grupitos y la diversa procedencia de unos y otros, nosotros opinamos que es necesario abordar *previamente* (subrayado por mí, L.T.) un proceso de colaboración y discusión teórica entre los diversos grupos más afines — sobre la base de una plataforma política común. »

Las cosas me parecen bastante claras, nosotros proponemos como *etapa previa* un proceso de colaboración y discusión teórica entre los diversos grupos más afines.

Como todo proceso, éste puede durar semanas, meses o años. Teniendo en cuenta la situación actual y si no ocurren nuevos acontecimientos que aceleren considerablemente las cosas, opino personalmente que este proceso de unificación va a durar en todo caso meses y probablemente años. Por lo tanto no sólo no somos impacientes sino que consideramos necesario armarse de paciencia y de tenacidad. Pero también estamos convencidos de que *hay que empezar ya* a actuar en la perspectiva de la creación de una organización revolucionaria. Si no, lo más probable es que todos los militantes de grupos y grupitos, cansados por su ineficacia o por su labor meramente propagandística en círculos obligatoriamente reducidos, abandonen la actividad política o vuelvan al redil de los « grandes partidos », lo cual teniendo en cuenta lo que son dichos partidos, sería desde luego catastrófico para el desarrollo de una actividad revolucionaria.

¿ Empezar ya, pero por donde ? Nosotros somos conscientes de la necesidad de unificar los elementos revolucionarios hoy dispersos en diferentes grupos y organizaciones — ¡ o en ninguna ! —, pero propo-

nemos una táctica radicalmente diferente para obtener dicha unificación. En vez de la mencionada unión — por arriba — de siglas, tras una o varias reuniones de « dirigentes », una unificación « por abajo » a través de un proceso de discusión y colaboración.

Ya hemos insistido en diferentes ocasiones sobre la necesidad de una reelaboración teórica de los problemas del socialismo. Esta reelaboración será más profunda y eficaz cuanto más amplia y libre haya sido la discusión entre todos los elementos revolucionarios. Bien conocida es la confusión que existe en las filas de la oposición socialista sobre toda serie de cuestiones: desarrollo del capitalismo español e internacional, crisis del mal llamado campo socialista, carácter de las « revoluciones coloniales », lucha contra el imperialismo, lucha por la conquista del poder en los países industriales desarrollados, confusión y discrepancias sobre qué es realmente el socialismo, bajo la bandera del cual (para utilizar los términos político-militares en boga) decimos luchar todos, etc., etc... Es para nosotros imprescindible discutir y aclarar todas estas cuestiones y muchas otras. No para llegar a elaborar no sé qué verdad eterna, o « nuevo evangelio », sino nada menos y nada más que para hacer triunfar la revolución proletaria.

Hay que reconocer, sin embargo, que algunos pasos se están dando en este sentido. Que núcleos cada vez más numerosos de jóvenes obreros y estudiantes se plantean cuestiones y critican los tabúes heredados del pasado. Los informes de Fernando Claudín han tenido el gran mérito de hacer reflexionar sobre la realidad española a un sector del P.C., poco acostumbrado hasta entonces a tal gimnasia mental. Pero no son estos informes los únicos gérmenes de reelaboración, claro está. En una serie de revistas — incluso en revistas publicadas legalmente en España — se pueden encontrar ecos de esta necesaria discusión, aún incipiente y timorata. Los propios anarquistas tan dados hasta la fecha a la mera exaltación del pasado comienzan a preocuparse por una « puesta al día » de sus postulados tradicionales. (En su revista « Presencia », por ejemplo.) Y no hablemos de los innumerables documentos, informes y proyectos de plataformas editados en ciclostil que corren de mano en mano... Modestamente y en un sector aún muy limitado yo creo sinceramente que « Acción Comunista » participa en esfuerzo de renovación teórica y política tan necesario.

La discusión política está, pues, *iniciada*. No tratándose para nosotros, como para muchos otros de los participantes, de meras especulaciones académicas, sino de una reflexión sobre la realidad nacional e internacional, para mejor influir en ella y llegar a transformarla, el resultado de estas discusiones debe tener un carácter práctico, debe desembocar en una acción política. Nosotros (o sea, los grupos y militantes reunidos en torno a Acción Comunista) pensamos que no deben separarse las cosas en dos etapas: primero, discutir y luego colaborar sino que debemos encontrar las formas para desarrollar « paralelamente » ambas actividades; o mejor dicho que ambas activi-

dades (discutir y colaborar) no son sino las dos caras o facetas del mismo movimiento.

III

La colaboración entre elementos revolucionarios de diversos grupos y organizaciones también está iniciada. Colaboran, con o sin el beneplácito de los « estados mayores », militantes de diversas tendencias socialistas en las fábricas en defensa de sus reivindicaciones ; en la lucha universitaria todo el mundo lo sabe, colaboran asimismo estudiantes de diversas tendencias socialistas — y estos a la vez con otros que no lo son —, etc... No es lugar aquí de dar ejemplos concretos de las diversas formas y resultados que toma dicha colaboración — no siempre exenta, desgraciadamente, de las habituales maniobras y zancadillas — ; pero basándonos en nuestra propia experiencia y en las informaciones que tenemos, creo que podemos señalar en grandes rasgos, los límites actuales de dicha colaboración.

1. **Su carácter local.** La falta de una coordinación peninsular, constituye uno de los defectos más graves de la colaboración entre los diferentes núcleos socialistas revolucionarios, así como de los grupos de oposición en los partidos tradicionales. (También se nota una insuficiente coordinación en el movimiento reivindicativo de la clase obrera, pero este es otro aspecto del problema, que aunque esté ligado, no trataremos aquí.) Dicha falta de coordinación se explica, para resumir, a la vez por la atomización de los grupos y grupitos que van « cada cual por su lado », y por la clandestinidad en que nos movemos unos y otros que obstaculiza los « contactos », las reuniones, la distribución de propaganda, el intercambio de experiencias e iniciativas, etc... Pero también hay que señalar una insuficiente voluntad para superar esta situación. Todos nosotros conocemos el caso del grupo « A » colaborando con elementos del grupo « B » en Madrid, mientras que militantes de « A » y « B » en Barcelona — por ejemplo — se ignoran totalmente. En muchos casos una tal incoherencia no es siquiera el resultado de una decisión consciente, sino precisamente resultado de la falta de coordinación y de la falta de una perspectiva global. Últimamente, en el sector universitario se han dado pasos importantes hacia la coordinación de las luchas. Pero aparte del carácter específico de estas luchas, que señala el editorial de este número, ¿ puede decirse que los elementos socialistas revolucionarios estén, ellos, realmente coordinados y presenten un frente unido en el marco de la lucha general de los estudiantes por un sindicato democrático ? No lo creemos — incluso si se han tomado algunas iniciativas en este sentido. Pero de todas formas, aún queda por resolver la *difícil* tarea de la coordinación de la lucha universitaria con la de otros sectores de la población y concretamente, de la clase obrera.

2. **Su empirismo.** Minoritarios y aislados, los elementos revo-

lucionarios no llegan a desarrollar una actividad política *propia*, original. Seamos sinceros, si nos distinguimos de los partidos tradicionales, por lo que decimos y escribimos, si criticamos, con razón, el empirismo, el reformismo y la ausencia de análisis científicos sobre la realidad española de dichos partidos, *nuestra actividad práctica no se distingue de la suya*. Esto es para mí, gravísimo. Vamos — como en muchos casos los partidos tradicionales — a la zaga de los acontecimientos, participando en « lo que salga », bien sea en el movimiento reivindicativo de la clase obrera, bien sea en las luchas universitarias. Muchas veces también — y esto es aún más grave — vamos a la zaga de los partidos que criticamos, por no poder y no saber, presentar una alternativa propia, una actividad diferente. A la zaga del P.C. y a la zaga de las fuerzas burguesas de la « nueva oposición », católicos, nacionalistas, etc... No siempre ocurre así, pero los casos en que un grupo, o varios, de la oposición socialista revolucionaria realiza una actividad que se distingue de la de los partidos tradicionales, constituyen hoy por hoy excepciones que no contradicen la tendencia general que acabo de señalar.

Hay, claro está, innumerables causas de esta situación, la primera la debilidad de los grupos. También su dispersión y falta de coordinación de la que hablábamos antes. Hay que señalar asimismo lo incapacidad que los grupos han demostrado hasta la fecha para presentar y desarrollar una perspectiva global de actividad política. Una tal perspectiva global de actividad basada en la realidad y que tenga en cuenta las posibilidades concretas de unos y otros — reducidas en una primera etapa — no puede definirse y aplicarse mas que a través del proceso de colaboración y discusión que estamos defendiendo. Todos deben participar en él. No sólo todos los grupos que ya han encontrado importantes puntos de coincidencia, sino *todos los militantes* de dicho grupos. Sería grotesco pensar que en nombre de tal o cual grupo, basta que hablen dos o tres de sus « representantes » o « dirigentes ». Hay que partir del principio, a mi entender, que todos los militantes deben representarse a sí mismos. No es el lugar aquí de señalar por qué vías concretas puede esto realizarse. Tampoco es tan difícil organizar una discusión en la que todos participen de manera efectiva y real. Hablar de democracia, de otro modo, no sería más que una farsa.

Durante este proceso que *tiende* a la unificación de los grupos marxistas autónomos sobre una base seria, democrática y revolucionaria, nosotros pensamos que debe coexistir una colaboración y coordinación crecientes, con la más completa autonomía y libertad de expresión. Tal vez sería bueno empezar por crear « comités de coordinación » (el nombre es lo de menos) de los grupos revolucionarios más afines en los lugares en donde existen y ya tienen relaciones. Estos « comités de coordinación » estudiarían con plena autonomía las posibilidades concretas de colaboración que existen, intercambiarían informaciones, se transmitirían los resultados de las discusiones realizadas en el seno de

cada grupo, organizarían cuando fuera posible, reuniones de discusión entre militantes de diferentes grupos, difundirían en común la propaganda, que han decidido digna de ser difundida, etc., etc... Lo más rápidamente posible, a nuestro entender, habrá que extender la coordinación y la colaboración por toda la península, Madrid-Barcelona, País Vasco-Asturias, interior-exterior, etc. Una tal coordinación no debe ser obstáculo, repito, a la autonomía de cada grupo, desarrollándose en común solamente las actividades que en común se ha decidido desarrollar, paralelamente, manteniendo una amplia y profunda discusión sobre todos los problemas actuales.

La más absoluta igualdad y democracia debe reinar entre los grupos en este proceso, ningún « Comité Central » amañado podrá hablar en nombre de todos los grupos, so pena de hacer fracasar los esfuerzos realizados. Las actividades realizadas en común irán creando los lazos para una ulterior unificación. A mi entender dicha unificación no puede tomar otra forma que la de un Congreso de delegados democráticamente elegidos. Pero democráticamente elegidos de verdad, y no « democráticamente designados a dedo ».

IV

Evidentemente, el objetivo de un tal Congreso será la constitución de una nueva organización revolucionaria. Es importante, por lo tanto, empezar a definir cómo debe ser dicha organización.

Como ya dije al principio de este artículo la discusión está abierta sobre este tema y sólo pretendo aquí, señalar algunos de los rasgos que a mi entender deberá tener dicha organización.

Antes que nada creo que debemos comenzar por destruir el concepto estalinista de Partido, con P mayúscula. Este concepto mucho más arraigado de lo que parece es, en el fondo, profundamente conservador y hasta reaccionario. El « partido » se convierte en un ente mesiánico, Iglesia, Ejército y Administración a un tiempo. En los países en que dichos partidos están en el poder, la penetración es real, efectiva, práctica. Los partidos *son* el Estado, la Administración, el Ejército, la Policía, y la « Iglesia » ; o sea : el guardián de los dogmas de la fé y esto tanto para los problemas generales político-económicos, como para las cuestiones más ínfimas de la vida cotidiana, familiar, sexual ; sin hablar del Arte, de la Ciencia, etc.

En los partidos estalinistas de los países capitalistas durante un largo período que aún perdura, se llevó a extremos inconcebibles la imitación mecánica del modo de ser, pensar y actuar de los partidos en el poder. No cumpliendo la misma función en la sociedad (en los países llamados socialistas los partidos son, *esencialmente*, los instrumentos de dominación de las respectivas « burocracias ») esta imitación ha dado y da lugar a toda serie de contradicciones absurdas a la vez que pintorescas. En la oposición y hasta en la clandestinidad, dichos partidos luchan por aumentar su influencia, romper su aislamiento, lo que les

conduce muchas veces al oportunismo y al empirismo. Pero, como al mismo tiempo son, o mejor dicho se consideran, partidos de poder, o sea fatalmente llamados y hagan lo que hagan, a tomar un día el poder, «administraciones» de recambio preparadas y dispuestas a sustituir a las administraciones existentes, esta digamos mentalidad, les lleva a copiar, caricaturizar incluso, en toda una serie de actividades y sobre todo filas adentro, los «cultos a la personalidad» del dirigente nacional, parte integrante al gran culto a la personalidad del jefe supremo y águila de la ciencia, José Stalin. Ejemplo de ello, su bien enraizado dogmatismo perfectamente compaginable con el más descarado oportunismo. Ejemplo de ello también, los simulacros de ejecución de los discrepantes. No teniendo siempre — salvo en los períodos «agitados» de guerras y revoluciones — la posibilidad de liquidar físicamente a los opositores, o incluso simplemente a los militantes que se permitían ciertas críticas los partidos «comunistas» que no están en el poder han procedido y siguen procediendo a «simulacros de ejecución». Una vez expulsado del partido discrepante, se le hace desaparecer de los libros y artículos, de las conversaciones y de las memorias de los militantes y cuando, en algunos casos, aún se cita a esta nueva categoría de excomulgados, los excluidos, es únicamente en tanto que «agentes del imperialismo» y «espías de la burguesía». Así, en ciertas tribus de Africa se celebraban antaño los «simulacros» de ejecución del jefe enemigo plantando una aguja en su efigie de cera o barro... La barbarie evoluciona a través de los siglos, pero aún no ha desaparecido.

Ya sé que la situación ha cambiado un poco — bien poco — en este aspecto y que incluso en ciertos partidos «comunistas» hay núcleos de militantes que ya no tienen, o nunca han tenido una tal concepción mesiánica del «Partido». Pero ésto no invalida la lucha contra tales concepciones. Tenemos en cuenta, eso sí, esta lenta, tímida y confusa evolución de ciertos sectores de los partidos «comunistas» al afirmar que la lucha es hoy más posible que ayer en este aspecto.

Los Partidos no son, pues, un fin, sino un medio. Uno de los instrumentos de la clase obrera en su lucha por la revolución socialista. Los partidos no deben sustituirse a la clase obrera como tantas veces ha ocurrido, o incluso enfrentarse con ella en nombre de los consabidos «intereses históricos superiores», los cuales intereses históricos han resultado en la práctica ser los intereses de una burocracia, cuando no los sueños del secretario general. Los partidos, si cumplen correctamente su papel, son la expresión de la actividad revolucionaria organizada y consciente de la clase obrera, o de los sectores más avanzados de la clase. Pero esta actividad revolucionaria puede y debe tomar otras formas, como los comités de fábrica y Consejos obreros, los sindicatos en ciertos casos, etc... En una palabra todas y cada una de las formas del doble poder en el período prerevolucionario, de la democracia proletaria bajo el socialismo.

Perfectamente consciente de la ambigüedad del vocabulario político, de que los mismos términos son interpretados de manera muy diferente, creo que esta ambigüedad es aún más evidente en los problemas de organización. « Centralismo democrático », « libertad de discusión », « democracia interna », etc., etc., son términos que han querido decir cosas tan diferentes a lo largo de la historia del movimiento obrero, que casi se puede afirmar que hoy ya no quieren decir nada. Por muy democráticos que sean unos estatutos si en la práctica una organización no es democrática, dichos estatutos no son más que retórica. Digo esto para limitar de antemano, el valor — de todas formas relativo — que podrán tener las siguientes definiciones sobre los rasgos esenciales que un partido revolucionario debería tener, en mi opinión. En las cuestiones de organización, más aún que en las demás, las ideas más justas no son nada si no se encarnan en la práctica, en la vida de las organizaciones. Pero creo útil, sin embargo, empezar por plantear ciertas ideas sobre la organización.

1. Un partido obrero

El partido por el que luchamos es un *partido obrero*. Esto resulta evidente para cualquier lector de « Acción Comunista ». Ahora bien ¿ qué quiere decir un partido obrero ? Quiere decir una organización que considera a la clase obrera, al proletariado industrial como el protagonista de la Revolución socialista. El protagonista es pues *la clase* y no el partido. El partido debe ser un *instrumento* de la clase y su papel es coordinar, orientar, agrupar a los elementos más revolucionarios de la clase, contribuir a dar consciencia al proletariado de sus intereses históricos, contribuir en primera fila a la lucha del proletariado por su liberación.

Ya que estamos hablando de España hoy, un partido obrero es necesario para presentar ante las masas trabajadoras un programa político revolucionario que vaya *más allá*, en todos los aspectos, que los programas de los sectores avanzados de la burguesía (neocapitalismo) y no presente, como el P.C., por ejemplo, soluciones pequeñoburguesas históricamente reaccionarias. Creemos que un partido obrero es necesario para elaborar dicho programa de alternativa socialista y para *contribuir* a la movilización de las masas trabajadoras con el fin de hacerle triunfar.

Es difícil concebir un partido obrero sin apenas obreros en sus filas. Sería necesario, en mi opinión, que la mayoría de los militantes de dicho partido fueran obreros. Pero esto no quiere decir que no deban asimismo ingresar en él representantes de otras capas explotadas ; campesinos, evidentemente, empleados, técnicos, así como estudiantes e intelectuales, cuyo papel es, creo yo, imprescindible para un partido

revolucionario. En cambio, no creo ni necesario, ni útil, que en el « partido de los explotados » se admitan explotadores, incluso a título individual, como así ocurre hoy en día en muchos partidos « obreros ».

Llamamos, pues, partido obrero a aquella organización — inexistente hoy en España — que represente y defienda los intereses históricos de la clase obrera y no los intereses de la burguesía en los medios obreros, como así ocurre con la socialdemocracia en general y numerosos partidos « comunistas » en particular.

2. Un partido revolucionario

Aunque esto vaya implícito en el apartado anterior, no está de más insistir. Un partido es revolucionario cuando no se contenta con luchar por mejorar las condiciones de la clase obrera y masas explotadas dentro del marco existente, en el seno del capitalismo, sino cuando lucha efectivamente por transformar las condiciones de existencia de los proletarios, transformando la sociedad. Esta es una definición clásica de los partidos revolucionarios que sigue siendo, a mi entender, válida. Solamente queremos añadir que difícilmente podrá ser revolucionario un partido en la « práctica » si no lo es en la « teoría ». Y ser revolucionario en la teoría no tiene nada que ver con la cantidad de veces que se cita a Lenin. Brejnev, como es sabido, le cita a Lenin profusamente y de revolucionario el Brejnev... ¿qué es lo que tiene? Desconfiaremos asimismo de aquellos partidos o grupos « revolucionarios » en los que coexiste toda una fraseología revolucionarista sobre la toma del poder por la clase obrera e incluso sobre la insurrección armada, con una serie de concepciones retrógradas, tales como el patriotismo, disfrazado de « patriotismo », el canto a la autoridad, la defensa de una jerarquización de tipo militar del Estado o de las organizaciones, etc., etc... Para nosotros revolución es sinónimo de libertad.

3. Un partido democrático

La democracia está en los estatutos de los partidos tradicionales españoles y sin embargo, ninguno de ellos es realmente democrático. No basta, por lo tanto, señalar esta necesidad para que se convierta en realidad.

La propia estructura de los partidos tradicionales (sobre todo del P.C.) constituye una barrera infranqueable al desarrollo de la democracia y a la participación de la base en las decisiones políticas. Esta estructura está fuertemente centralizada y burocratizada. Una jerarquización de arriba-abajo, sin posibilidad de contactos paralelos (incluso en una misma ciudad) permite a la dirección aislar y expulsar, si así lo considera necesario todos los focos, no ya de rebelión sino sencillamente de crítica.

Por otra parte, la dominación todopoderosa del « Centro » (en teoría el Comité Central, en la práctica el Comité Ejecutivo a su vez dominado por el secretario general) es aceptada como cosa normal y hasta necesaria por numerosos militantes a quienes se ha aplastado sus veleidades de crítica e iniciativa a golpes de referencias históricas más o menos hábilmente adaptadas a las necesidades del momento. La frase : « Lo ha decidido el Comité Central », o aún mejor el Comité Ejecutivo o incluso el Secretario general, constituyen argumentos de autoridad que cortan de hecho toda discusión, imponiendo de arriba a abajo las decisiones. La autoridad del Comité ejecutivo se ejerce a través del « aparato » del Partido, espina dorsal de éste, compuesto por « permanentes », funcionarios asalariados. Esta dependencia financiera, limita aún más si fuera necesario, su independencia política. El « aparato de permanentes » no sólo constituye la administración del P.C. sino también la dirección política. Ambas cosas se confunden. En el Comité Ejecutivo sólo hay funcionarios y en el C.C. constituyen la inmensa mayoría. Las decisiones políticas, como las administrativas incumben al Comité ejecutivo y en éste al Secretario general en primer lugar. La participación del Comité Central a dichas decisiones es insignificante y la de los militantes nula. En estas condiciones los Congresos de « delegados » — designados por el C.E. — no son sino ceremonias rituales sin verdadera discusión y elaboración colectivas. Hay que señalar en este sentido que las « crisis » no se resuelven *nunca* en los Congresos. No ha sido en un Congreso en donde se ha decidido la expulsión de Fernando Claudín, Federico Sánchez y Juan Berenguer, para no dar como ejemplo mas que la última — hasta la fecha — de las crisis políticas en el seno del P.C., « crisis » que bien merecía ser discutida en un Congreso. En realidad, tan deformada está la mentalidad de numerosos militantes del P.C. que no sólo encuentran lógico sino hasta necesario tal grado de burocratismo centralizado. Los llamamientos a la disciplina producen en estos singulares militantes espasmos emocionales y no faltan quienes añoran a voz en grito los tiempos dichosos — que volverán, según ellos — en los que « por menos eso se hubiera fusilado a Fernando Claudín » y a sus compañeros. Si en los P.C. en general y en el español en particular, se ha llevado hasta un alto grado de perfección la jerarquización burocrática, también adolece de este defecto el P.S.O.E., con sus bonzos inamovibles. Y no faltan organizaciones « nuevas » y « democráticas » en las que se imita con gran entusiasmo el modelo estalinista, excluyendo sin discusión a los militantes en desacuerdo sobre tal o cual punto y lanzando alaridos históricos al « centralismo a ultranza y a la disciplina férrea »...

No se puede crear una organización con estructuras diferentes, realmente democráticas manteniendo el modelo de centralismo burocrático. Nosotros luchamos por una organización *descentralizada*, o sea con amplia autonomía de las secciones locales y regionales. Una organización que no sólo respete, sino impulse en su seno, la más abso-

luta libertad de discusión. Una organización con libertad de tendencias. Una organización sin cargos de responsabilidad personales, sino colectivos. Una organización en la que todos los órganos políticos regionales y centrales estén compuestos por delegados *elegidos y revocables* por la base de militantes.

La lucha contra la burocratización que esclerosa a las organizaciones, no puede limitarse a meras declaraciones demagógicas. La única manera de impedir que la burocracia — el « aparato » — se haga con el partido es la siguiente : todos los órganos políticos locales, regionales y *centrales* deben estar compuestos en su *inmensa mayoría* por delegados elegidos y revocables, delegados que *aún trabajan* : obreros, campesinos, estudiantes e intelectuales. Los « permanentes », necesarios al funcionamiento de una organización deben (1) reducirse al mínimo imprescindible y (2) deben estar en minoría absoluta en los comités locales, regionales y centrales, (3) deben turnarse. Cuando un camarada es durante 20 o más años funcionario de una organización es lógico que se creen en él hábitos burocráticos y que se distancie de la realidad cotidiana de las fábricas y lugares de trabajo en general. Mientras que si es « permanente » durante dos años — por ejemplo — no sólo se reducen al mínimo los peligros de burocratización, sino que incluso su experiencia de « permanente » puede servirle para desarrollar una actividad política entre sus compañeros de trabajo.

Una organización revolucionaria debe de tener órganos políticos centrales, que reflejen, apliquen y coordinen la voluntad de la organización y las decisiones tomadas en los Congresos. El papel del Comité o Consejo central debe ser ante todo de orientación política. Su composición, como hemos dicho, una mayoría de delegados elegidos y revocables.

Pero el verdadero « centro » de la organización deben ser los Congresos. Esto también está en los estatutos de muchos partidos pero la realidad es muy diferente. Antes y durante el Congreso la libertad de discusión debe ser total, la difusión de las diversas tesis en presencia debe realizarse sobre la base de la igualdad más absoluta. La elección de los delegados lo más democrática y directa posible. Hay que velar porque la minoría tenga plena libertad de expresión antes, durante y *después* de los Congresos. Debe estar representada en los órganos políticos centrales. El punto de vista de la minoría debe poder reflejarse en la prensa del partido, etc...

Muchas más cosas podrían decirse sobre el funcionamiento democrático de una organización revolucionaria. Pero volveremos sobre el tema en próximos números. De lo que se trata, en una palabra, es de lograr la máxima participación de los militantes, de todos los militantes, a la elaboración política, a las decisiones. De dar a todos los militantes un papel activo y consciente, de desarrollar su iniciativa y espíritu críticos, de sustituir a la disciplina de tipo militar (como escribió Stalin) el sentido de la responsabilidad libremente consentida. Y un

tal sentido de la responsabilidad y una actividad creadora no se logran más que a través de la participación efectiva del conjunto de militantes a las decisiones y a la actividad de la organización.

Una organización revolucionaria debe luchar por la democracia no sólo en sus filas, sino en la sociedad. Porque ¿qué es el socialismo sino la conquista de la verdadera democracia, la democracia obrera? Dificilmente un partido centralizado y burocratizado podrá luchar por la democracia socialista.

4. Un partido internacionalista

No quiero terminar sin decir brevemente algo a este respecto (brevemente no porque no sea tema importante, que lo es, sino por falta de espacio). Desde el « Manifiesto Comunista » de Marx y Engels, el internacionalismo proletario constituye uno de los principios básicos del movimiento obrero revolucionario. Y dicho sea de paso, uno de los más traicionados por la práctica de los partidos tradicionales. Ya hemos señalado en AC.. que nosotros seguíamos convencidos de que el socialismo — como el capitalismo — es un sistema mundial. Cada vez resulta más evidente el carácter internacional de la lucha contra el imperialismo, por el socialismo. La « internacionalización » del capitalismo tiende a aumentar, los monopolios hacen saltar las fronteras nacionales (ver el Mercado Común, sin ir más lejos), el imperialismo yanqui, el más agresivo, ataca en diferentes regiones del mundo etc... Y las fuerzas revolucionarias están cada vez más divididas y aisladas. La responsabilidad del llamado campo socialista es grande en este aspecto y la reacción nacionalista (Rumanía) ante la hegemonía soviética, aunque comprensible tiene aspectos muy negativos.

Pero hablemos claro : No se pueden pedir peras al olmo ni internacionalismo proletario a países como la U.R.S.S. y China, cuyo « socialismo » queda por demostrar, para nosotros en todo caso.

Por ello y aún cuando la discusión sobre el carácter y la evolución de los países del llamado campo socialista esté abierta (en realidad apenas iniciada en lo que a España se refiere), cuando hablamos de partido internacionalista, entendemos asimismo, partido totalmente independiente tanto de la U.R.S.S. como de China, o de cualquier otro Estado que se diga socialista. Partido internacionalista porque creemos que deberá luchar, junto con otros partidos y grupos en el mundo, por la creación de una nueva Internacional, repito, independiente de los Estados llamados socialistas y que sólo se podrá ir creando sobre la base de experiencias y luchas concretas, sobre una colaboración e intercambio entre diversas organizaciones de diferentes países y que podrá plasmar primero en reagrupamientos digamos « regionales » (Europa, América Latina, etc...), para ir extendiéndose y ramificándose a través de los continentes. Para nosotros dicha Internacional (que ni existe, ni parece viable a corto plazo) deberá aprovechar la experiencia

de las que la precedieron. Concretamente deberá saber compaginar una necesaria coordinación y orientación a escala mundial, con la imprescindible autonomía de los partidos « nacionales ». Aunque estemos aún muy lejos de una tal Internacional, la colaboración, la solidaridad efectiva y la discusión entre organizaciones de diferentes países es hoy en día, posible y necesaria. Es, en realidad, imprescindible para dar pasos hacia una nueva Internacional revolucionaria.

CUESTIONES DE ORGANIZACION DE LA SOCIAL-DEMOCRACIA RUSA

I

La social-democracia rusa se encuentra ante una tarea original y sin precedentes en la historia del socialismo : la de definir una táctica socialista, es decir, conforme a la lucha de clases del proletariado, en un país donde domina aún la monarquía absoluta. Toda comparación entre la situación rusa actual y la Alemania de 1878-1890, cuando estaban en vigor las leyes de Bismarck contra los socialistas, es errónea en su base ya que no considera sino el régimen policiaco y no el régimen político. Los obstáculos que la ausencia de libertades democráticas crea al movimiento de masas no tienen sino una importancia relativamente secundaria : en la misma Rusia el movimiento de masas ha conseguido derribar las barreras del orden absolutista y darse su « constitución », aunque fuera precaria, a base de « desórdenes callejeros ». Sabrá perseverar por ese camino hasta la victoria completa sobre el absolutismo.

La principal dificultad que encuentra la lucha socialista en Rusia proviene de que el dominio de clase de la burguesía se encuentra oscurecido por el dominio de la violencia absolutista ; lo que da inevitablemente a la propaganda socialista de la lucha de clase un carácter abstracto, mientras que la agitación política inmediata reviste sobre todo un carácter revolucionario-democrático.

La ley contra los socialistas en Alemania sólo tendía a poner fuera de la constitución a la clase obrera, y ésto en una sociedad burguesa altamente desarrollada, donde los antagonismos de clase se habían ya manifestado plenamente en las luchas parlamentarias. Eso es lo que hacía absurda e insana a la empresa bismarckiana. En Rusia se trata, al contrario, de hacer la experiencia inversa : de crear una social-democracia antes de que el gobierno esté en manos de la burguesía.

Esa circunstancia modifica de manera particular no sólo la cuestión de la difusión de la doctrina socialista en la tierra rusa, no sólo el problema de la AGITACION, sino también el de la ORGANIZACION.

En el movimiento social-demócrata, que difiere en ello de las antiguas experiencias del socialismo utópico, la ORGANIZACION no es el producto artificial de la propaganda, sino el producto de la lucha de clase, a la cual la social-democracia da simplemente un cierto grado de conciencia política.

En las condiciones normales, es decir, allí donde el dominio político, enteramente constituido, de la burguesía, ha precedido al movimiento socialista, es la propia burguesía la que ha creado en gran medida los rudimentos de una cohesión política de la clase obrera. « En esa fase-dice el "Manifiesto Comunista" — la unificación de las masas obreras no es la consecuencia de su propia aspiración a la unidad sino la consecuencia de la unificación de la burguesía. » En Rusia, la social-democracia se ve obligada a reemplazar con su intervención consciente todo un período del proceso histórico y a conducir al proletariado, en tanto que clase consciente de sus objetivos y dispuesta a realizarlos en una lucha sin concesiones posibles, desde el estado « atomizado » que es el fundamento del régimen absolutista, hacia la forma superior de la organización. Eso hace que el problema de la organización sea extremadamente difícil ; y no tanto porque la social-democracia debe proceder a esa organización sin poder aprovechar las garantías formales que ofrece la democracia burguesa, sino porque se ve obligada, como Dios padre, a hacer que esa organización salga de la nada, sin disponer de la materia prima política que, en otras partes, la burguesía prepara por sí misma.

La tarea que la social-democracia rusa se esfuerza en realizar desde hace varios años, es la transición del tipo de organización de la fase preparatoria durante la cual la propaganda es la principal forma de actividad, los grupos locales y los pequeños cenáculos manteniéndose sin ligazón entre ellos, a la unidad de una organización más vasta, como la que exige una acción política coherente sobre el territorio del Estado. Y como la autonomía absoluta y el aislamiento fueron los rasgos más acusados de la forma de organización superada, es natural que la consigna de la nueva tendencia que preconiza una vasta unión sea la de CENTRALISMO. La idea del centralismo fue el motivo dominante de la brillante campaña llevada durante tres años por la « ISKRA » que condujo hasta el congreso de 1903 que, aunque figure como segundo congreso del partido social-demócrata, ha sido en realidad su asamblea constituyente. La misma idea se había apoderado de la joven élite de la social-democracia en Rusia.

Pero muy pronto en el mismo congreso y más DESPUÉS del congreso, fue necesario comprender que la fórmula de CENTRALISMO no abarcaba, ni mucho menos, todo el contenido histórico y la originalidad del tipo de organización que necesita la socialdemocracia. Una vez más, se ha probado que ninguna fórmula puede bastar cuando se trata de interpretar desde el punto de vista marxista un problema del socialismo, aunque sólo sea un problema que concierne a la organización del partido.

El libro del camarada Lenin, uno de los dirigentes y militantes más destacados de la « ISKRA » : « Un paso adelante, dos pasos atrás » es la exposición sistemática de las concepciones de la tendencia ultracentralista del partido ruso. Ese punto de vista, que está expresado con

un vigor y una lógica poco comunes, es el de un centralismo sin concesión alguna, que parta de los siguientes principios: por un lado, la selección y la constitución en cuerpo separado de los revolucionarios activos y destacados, frente a la masa inorganizada, aunque revolucionaria, que les rodea, y por otro lado, una disciplina severa, en nombre de la cual los centros dirigentes del partido intervienen directa y resueltamente en todos los asuntos de las organizaciones locales del partido. Basta con señalar que, según la tesis de Lenin, el Comité central tiene, por ejemplo, derecho a organizar todos los comités locales del partido y, por consiguiente, a nombrar a los miembros efectivos de todas las organizaciones locales, de Ginebra a Lieja y de Tomsk a Irkutsk, de imponer a cada una de ellas estatutos prefabricados, de decidir sin recurso alguna su disolución o su reconstitución, de tal modo que en fin de cuentas, el Comité central podría determinar a su gusto la composición de la instancia suprema del partido, del congreso. Así el comité central es el único núcleo activo del partido y todos los otros grupos no son sino sus órganos ejecutivos.

Es precisamente en esa unión del centralismo más riguroso de la organización y del movimiento socialista de las masas donde Lenin ve un principio específico del marxismo revolucionario, y acude a toda una serie de argumentos para apoyar esa tesis. Pero tratemos de examinarla más detalladamente.

No puede ponerse en duda que, en general, una fuerte tendencia a la centralización es inherente a la social-democracia. Habiendo crecido en el terreno económico del capitalismo, que es centralizador por su propia esencia y teniendo que luchar en el marco político de las grandes urbes burguesas, centralizadas, la social-democracia es profundamente hostil a toda manifestación de particularismo o de federalismo nacional. Su misión siendo el representar, en las fronteras de un Estado los intereses del proletariado, en tanto que clase, y el oponer esos intereses generales a todos los intereses particulares o de grupo, la social-democracia tiene por tendencia natural el reunir en un único partido todas las agrupaciones obreras, cualesquiera que sean las diferencias de orden nacional, religioso o profesional entre esos miembros de la misma clase. No abandona ese principio y no se resigna al federalismo sino en presencia de condiciones excepcionalmente anormales, como por ejemplo, en el caso de la monarquía austro-húngara.

Desde ese punto de vista es indudable que la social-democracia rusa no debe, en modo alguno, constituir un conglomerado federativo de las innumerables nacionalidades y de los particularismos locales, sino un partido único para todo el Imperio. Pero muy otra es la cuestión del grado de centralización que puede convenir, teniendo en cuenta las condiciones actuales, en el interior de la social-democracia rusa, una y unificada.

Desde el punto de vista de las tareas formales de la social-democracia en tanto que partido de lucha, el centralismo en su organi-

zación parece ser a primera vista una condición de la realización de la cual dependen directamente la capacidad de lucha y la energía del partido.

Sin embargo, esas consideraciones de carácter formal y que se aplican a cualquier partido de acción, son mucho menos importantes que las condiciones históricas de la lucha proletaria.

El movimiento socialista es, en la historia de las sociedades fundadas sobre el antagonismo de clases, el primero que cuenta en todas sus fases y en toda su marcha, con la organización y con la acción directa y autónoma de la masa.

En este aspecto la democracia socialista crea un tipo de organización totalmente diferente de los movimientos socialistas anteriores como, por ejemplo, los movimientos del tipo jacobino-blanquista.

Lenin parece subestimar este hecho cuando en el libro mencionado expresa la opinión de que el social-demócrata revolucionario no sería sino un jacobino indisolublemente unido a la organización del proletariado que ha TOMADO CONCIENCIA de sus intereses de clase. Para Lenin la diferencia entre el socialismo democrático y el blanquismo se reduce al hecho de que hay un proletariado organizado y penetrado por una conciencia de clase en vez de un puñado de conjurados.

Olvida que eso implica una revisión completa de las ideas sobre la organización y por consiguiente una concepción de lo que es el centralismo, así como de las relaciones recíprocas entre la organización y la lucha, enteramente diferentes de la anterior.

El blanquismo no se daba como objetivo la acción inmediata de la clase obrera y podía por lo tanto prescindir de la organización de las masas. Más aún, como las masas populares sólo debían entrar en escena en el momento de la revolución, mientras que la obra de preparación no concernía sino a un pequeño grupo armado para un golpe de fuerza, el éxito mismo del complot exigía que los iniciados se mantuvieran a distancia de la masa popular. Pero eso era también posible y realizable porque no existía ningún contacto íntimo entre la actividad de conspiradores de un grupo blanquista y la vida cotidiana de las masas populares.

Al mismo tiempo tanto la táctica como las tareas concretas de la acción podían ser fijadas hasta en sus detalles más insignificantes y toman la forma de un plan determinado por adelantado, puesto que se veían improvisadas libremente, según la inspiración, y no tenían contacto alguno con el terreno de la lucha de clase elemental. Naturalmente, la consecuencia lógica de todo ésto era que los miembros activos de la organización se transformaban en simples órganos ejecutivos de las órdenes de una voluntad establecida por adelantado y fuera de su propia actividad, en INSTRUMENTOS de un comité central. De ahí esta segunda particularidad del centralismo conspirador: la sumisión absoluta y ciega de las secciones del partido a la instancia

central, y la extensión de la autoridad de esta última hasta la extrema periferia de la organización.

Las condiciones de la actividad de la social-democracia son radicalmente diferentes. Esta surge históricamente de la lucha de clase elemental. Se desarrolla en esa contradicción dialéctica que hace que el ejército del proletariado sólo se recluta y toma conciencia de los fines de la lucha en el curso de esa lucha. La organización, los progresos de la conciencia y el combate no son fases particulares, separadas mecánicamente y en el tiempo, como en el movimiento blanquista, sino al contrario, diversos aspectos de un solo y mismo proceso. Por un lado, fuera de los principios generales de la lucha, no existe ninguna táctica elaborada ya en todos sus detalles y que un comité central podría hacer aprender a sus tropas como en un cuartel. Por otro lado, las piezas de la lucha, en el curso de las cuales se crea la organización, determinan fluctuaciones incesantes en la esfera de influencia del partido socialista.

Podemos ya sacar como consecuencia de ello que el centralismo social-democrático no puede fundarse ni en la obediencia ciega ni en una subordinación mecánica de los militantes ante el centro del partido. Por otra parte, no puede haber un corte brutal entre el núcleo proletario consciente sólidamente encuadrado en el Partido y las capas ambientes del proletariado, con una experiencia de la lucha de clase y en las cuales la conciencia de clase aumenta cada vez más. El establecer el centralismo sobre esos dos principios: la subordinación ciega de todas las organizaciones hasta en los más mínimos detalles, en relación con el centro, único organismo que piensa, trabaja, y decide por todos, y la separación rigurosa del núcleo organizado en su relación con el ambiente revolucionario — como lo pretende Lenin — nos parece pues una transposición mecánica de los principios de organización blanquistas de círculos de conjurados en el movimiento socialista de masas obreras. Y nos parece que Lenin define su punto de vista de manera mucho más clara de lo que hubiera osado hacerlo ninguno de sus adversarios cuando define a su « social-demócrata-revolucionario » como un jacobino UNIDO a la organización del proletariado que ha tomado conciencia de sus intereses de clase.

En realidad, la social-democracia no está unida a la organización de la clase obrera, es el MOVIMIENTO PROPIO de la clase obrera. Es pues necesario que el centralismo de la social-democracia sea de una naturaleza esencialmente diferente de la del centralismo blanquista. No puede ser sino la concentración imperativa de la voluntad de la vanguardia consciente y militante de la clase obrera en su relación con sus grupos e individuos. Es, por decirlo así, un « auto-centralismo » de la vanguardia del proletariado, es el reino de la mayoría en el interior de su propio partido.

Ese análisis del contenido efectivo del centralismo social-democrático muestra ya que las condiciones indispensables a su realización

no existen plenamente en la Rusia actual : la existencia de un contingente suficientemente numeroso de obreros educados ya por la lucha política, y la posibilidad que puedan tener de desarrollar un acción propia por su influencia directa sobre la vida pública (en la prensa del Partido, en los congresos públicos etc...).

Evidentemente esta última condición no podrá verse realizada mientras no exista libertad política ; en cuanto a la primera — la formación de una vanguardia proletaria consciente de sus intereses de clase y capaz de orientarse en la lucha política — sólo está en gestación, y todo el trabajo de agitación y de organización socialistas debe tender a acelerarse.

Es por ello tanto más sorprendente el ver que Lenin profesa la opinión contraria : está persuadido de que todas las condiciones previas para la constitución de un partido obrero poderoso y fuertemente centralizado existen ya en Rusia. Y si, con impulso optimista, proclama que en este momento ya no es el proletariado, son ciertos intelectuales de nuestro Partido los que está faltos de auto-educación por lo que al espíritu de organización y de disciplina respecta » (p. 145) y si glorifica la acción educadora de la fábrica, que acostumbra al proletariado « a la disciplina y a la organización » (p. 147) todo eso no prueba una vez más sino que su concepción de la organización socialista es demasiado mecánica.

La disciplina en que piensa Lenin es inculcada al proletariado no sólo por la fábrica sino también por el cuartel y por el burocratismo actual ; en una palabra, por todo el mecanismo del estado burgués.

Es jugar con las palabras y engañarse el designar bajo el mismo término « disciplina » dos nociones tan diferentes como, por un lado, la ausencia de pensamiento y de voluntad en un cuerpo con mil manos y con mil piernas que ejecuta movimientos automáticos y, por otro lado, la coordinación espontánea de los actos conscientes, políticos de una colectividad.

¿Qué pueden tener de común la docilidad minuciosa de una clase oprimida y el levantamiento organizado de una clase que lucha por su emancipación total ?

No es partiendo de la disciplina impuesta por el Estado capitalista al proletariado (después de haber solamente sustituido la autoridad de la burguesía por la de un comité central socialista), sino extirpando hasta la última raíz esas costumbres de obediencia y de servilismo, como podrá la clase obrera adquirir el sentido de una disciplina nueva, de la auto-disciplina libremente consentida de la social-democracia.

Otra consecuencia de esto es que el centralismo, en el sentido socialista, no puede ser una concepción absoluta, aplicable a cualquier fase del movimiento obrero ; hay que considerarlo más bien como una TENDENCIA que pasa a ser una realidad siguiendo el desarrollo y la educación política de las masas obreras en el curso de su lucha.

Claro está, la ausencia de las condiciones más necesarias para la realización completa del centralismo en el movimiento ruso puede representar un obstáculo muy grande.

Creemos, sin embargo, que sería un gran error el pensar que se podría « provisionalmente » sustituir el dominio, aún irrealizable, de la mayoría de los obreros conscientes en el Partido por el poder absoluto de un Comité central actuando en cierto modo por « delegación » tácita y reemplazar el control público ejercido por las masas sobre los órganos del partido, por el control inverso del Comité central sobre la actividad del proletariado revolucionario.

La misma historia del movimiento obrero en Rusia nos ofrece numerosas pruebas del valor problemático de semejante centralismo. Un centro todo poderoso, investido de un derecho sin límites de control y de ingerencia según el ideal de Lenin, caería en el absurdo si su competencia se viera reducida a las funciones exclusivamente TÉCNICAS, tales como la administración de la caja, la distribución del trabajo entre propagandistas y agitadores, el transporte clandestino de material impreso, la difusión de periódicos, circulares, pasquines. El objeto político de una institución que gozará de tales poderes sólo sería comprensible si sus fuerzas estuvieran consagradas a la elaboración de una táctica de combate uniforme y si asumieran la iniciativa de una vasta acción revolucionaria. ¿ Pero qué es lo que nos enseñan las vicisitudes que ha sufrido hasta hoy el movimiento socialista en Rusia ? Que los cambios de táctica más importantes y más fecundos de los últimos diez años no han sido obra de algunos dirigentes y aún menos de órganos centrales, sino que han sido cada vez el producto espontáneo del movimiento en efervescencia.

Ese fué el caso de la primera etapa del movimiento verdaderamente proletario en Rusia, cuyo punto de partida fue la huelga general espontánea de San-Petersburgo en 1896 y que señaló el comienzo de toda una serie de luchas económicas llevadas a cabo por las masas obreras. Ese fué el caso también de la segunda fase de la lucha : la de las manifestaciones callejeras, cuya señal fué dada por la agitación espontánea de los estudiantes de San Petersburgo en Marzo de 1901. El gran cambio de táctica siguiente que abrió horizontes nuevos fue señalado — en 1903 — por la huelga general de Rostov, en la cuenca del Don : una vez más, una explosión espontánea, ya que la huelga se transformó « por sí misma » en manifestaciones políticas con agitación en la calle, en grandes reuniones populares al aire libre y en discursos públicos, con los que el más entusiasta de los revolucionarios no hubiera soñado algunos años antes.

En todos esos casos, nuestra CAUSA ha hecho inmensos progresos. Sin embargo, la iniciativa y la dirección consciente de las organizaciones social-democráticas no ha desempeñado en ella sino un papel insignificante. Esto no se explica sólo por el hecho de que las organizaciones no estuvieran especialmente preparadas para tales aconteci-

mientos (aunque esa circunstancia haya podido contar en cierta medida); y aún menos por la ausencia de un aparato central todopoderoso como el que preconiza Lenin. Al contrario, es muy probable que la existencia de un centro de dirección semejante no hubiera hecho sino aumentar el desconcierto de los comités locales acentuando el contraste entre el asalto impetuoso de la masa y la posición prudente de la social-democracia. Se puede afirmar por otra parte que ese mismo fenómeno — el papel insignificante de la iniciativa consciente de los órganos centrales en la elaboración de la táctica — puede ser observada en Alemania tanto como en los demás lugares. Por lo que a sus grandes líneas respecta, se puede decir que, en general, no es necesario « inventar » la táctica de lucha de la social-democracia, esa táctica es el resultado de una serie de grandes actos creadores de la lucha de clase frecuentemente espontánea, que busca su camino.

Lo inconsciente precede a lo consciente y la lógica del proceso histórico objetivo precede a la lógica subjetiva de sus protagonistas. El papel de los órganos directores del Partido socialista tiene en una amplia medida un carácter conservador: como la experiencia lo demuestra sobradamente, cada vez que el movimiento obrero conquista un nuevo terreno, esos órganos lo utilizan hasta el último límite; pero lo transforman al mismo tiempo en un bastión contra progresos ulteriores de mayor envergadura.

La táctica actual de la social-democracia alemana es universalmente estimada debido a su flexibilidad y, al mismo tiempo, su firmeza. Pero esa táctica denota solamente una admirable adaptación del partido, en los menores detalles de la acción cotidiana, a las condiciones del régimen parlamentario: el Partido ha estudiado metódicamente todos los recursos de ese terreno y sabe aprovecharlos, sin faltar a sus principios. Y sin embargo, la misma perfección de esa adaptación cierra ya horizontes más vastos, se tiende a considerar la táctica parlamentaria como algo inmutable, como la táctica específica de la lucha socialista. Algunos se niegan por ejemplo a examinar la cuestión, planteada por Parvus, de los cambios de táctica que podían ser necesarios si el sufragio universal fuera suprimido en Alemania, y sin embargo, eso es considerado como una eventualidad en modo alguno improbable por los jefes de la social-democracia. Esa inercia es debida, en gran parte, al hecho de que es muy difícil definir, en el vacío de conjeturas abstractas, los contornos y las formas concretas de coyunturas políticas aún inexistentes y por consiguiente, imaginarias. Lo que ha de ser siempre importante para la social-democracia es, evidentemente, no la composición de una receta preparada de antemano para la táctica futura, sino el mantener la apreciación histórica correcta de las formas de lucha correspondientes en cada momento dado, la comprensión viva de la relatividad de la fase dada a la lucha y de la ineluctabilidad de la agravación de las tensiones revolucionarias bajo el ángulo del objetivo final de la lucha de clases.

Pero al conceder al órgano director del Partido poderes tan absolutos de carácter NEGATIVO, como quiere Lenin, no se hace sino reforzar hasta un grado muy peligroso el conservadurismo inherente por naturaleza a ese órgano. Si la táctica del Partido es obra, no del Comité Central, sino del conjunto del partido, o — mejor aún — del conjunto del movimiento obrero es evidente que las secciones y las federaciones necesitan una libertad de acción que permita utilizar todos los recursos de una situación y desarrollar su iniciativa revolucionaria. El ultra-centralismo defendido por Lenin nos parece estar impregnado, no de espíritu positivo y creador, sino del espíritu estéril del guarda nocturno. Su única preocupación es controlar la actividad del Partido y no fecundarla, limitar el movimiento y no desarrollarlo, yugularlo, no unificarlo.

Semejante experiencia sería doblemente aventurada para la social-democracia rusa en las circunstancias actuales. Se encuentra en víspera de batallas decisivas que la revolución librará contra el zarismo ; va a entrar, o mejor dicho, ha entrado ya en una fase de actividad creadora intensificada en el terreno de la táctica y — como es natural en un período revolucionario — en una fase en la que su esfera de influencia se ampliará y se desarrollará espontáneamente por saltos bruscos. Tratar en un momento como este de encadenar la iniciativa del Partido y rodearle de un alambrado es hacer que sea incapaz de realizar las tareas formidables del momento.

Todas las consideraciones generales que acabamos de exponer sobre la esencia del centralismo socialista no bastan para trazar un proyecto de estatuto apropiado para la organización del partido ruso. En última instancia, un estatuto de ese género no puede ser determinado sino por las condiciones en las cuales se efectúa la acción del Partido en un período dado. Y, como en Rusia se trata de la primera tentativa de poner en pie una gran organización del proletariado, es dudoso que un estatuto, cualquiera que sea, pueda aspirar por adelantado a la infalibilidad : tiene primeramente que ser probado en la lucha.

Pero lo que podemos deducir de la idea general que nos hemos hecho de la social-democracia, es que el espíritu de esa organización implica, sobre todo al comienzo del movimiento de masas, la coordinación, la unificación del movimiento, pero en modo alguno su sumisión a una reglamentación rígida. Y con tal de que el Partido esté impregnado de ese espíritu de movilidad política que deben completar una severa fidelidad a los principios y la exigencia de la unidad, se pueda estar seguro de que la experiencia práctica corregirá las incongruencias del estatuto, por poco afortunada que haya sido su redacción. Ya que no es la letra, sino el espíritu vivo del que los militantes activos la impregnan, lo que da valor a tal o cual forma de organización.

II

Hemos examinado, hasta ahora, el problema del centralismo desde el punto de vista de los principios generales de la social-democracia y, en parte, bajo el aspecto de las condiciones particulares de Rusia. Pero el espíritu de cuartel del ultra-centralismo preconizado por Lenin no es el producto de errores fortuitos: está intimamente ligado a la lucha contra el oportunismo, llevado por Lenin hasta el terreno de los más minuciosos detalles de la organización.

Se trata, dice Lenin, (p. 52) «de forjar un arma más o menos cortante contra el oportunismo. Y el arma debe ser tanto más eficaz cuanto que las raíces del oportunismo son más profundas».

De igual modo, Lenin ve en los poderes absolutos que concede al Comité Central y en el muro que eleva alrededor del Partido, un dique contra el oportunismo, cuyas manifestaciones específicas provienen, a su entender, de la inclinación innata del intelectual hacia el autonomismo y la desorganización, de su aversión por la disciplina estricta y todo «burocratismo», que es sin embargo necesario en la vida del partido.

Según Lenin, esa repugnancia a soportar la autoridad absoluta de un Comité Central se encuentra sólo en el intelectual que sigue siendo individualista con tendencias anarquizantes, aun cuando ha adherido al socialismo, mientras que el proletario auténtico, encuentra en su instinto de clase una especie de voluptuosidad en dejarse llevar por la fuerza de una dirección enérgica y en aceptar todos los rigores de una disciplina de hierro. «El burocratismo opuesto al democratismo — dice Lenin — eso no significa más que el principio de organización de la social-democracia revolucionaria opuesto a los métodos de organización oportunistas» (p. 151). Insiste también sobre el hecho de que el mismo conflicto entre tendencias centralizadoras y tendencias autonomistas se manifiesta en todos los países donde se oponen el socialismo revolucionario y el reformismo. Evoca en particular las discusiones que suscita en la social democracia alemana la cuestión de la autonomía de los colegios electorales. Esto nos incita a verificar los paralelismos establecidos por Lenin.

Comencemos por observar que la exaltación de las facultades innatas de las que estarían provistos los proletarios en lo que concierne a la organización socialista, y la desconfianza hacia los intelectuales no son en sí mismos la expresión de una mentalidad «marxista revolucionaria»; al contrario, se podría demostrar fácilmente que esos argumentos se asemanan al oportunismo.

El antagonismo entre los elementos puramente proletarios y los intelectuales no proletarios, es el caballo de batalla del semi-anarquismo de los sindicalistas puros en Francia con su vieja consigna «No os fieis de los políticos», del «trade-unionismo» inglés lleno de desconfianza hacia «los soñadores socialistas», y finalmente, si nuestras

informaciones son exactas, la del « economismo puro » que defendía no hace mucho en las filas de la social-democracia rusa el grupo que imprimía clandestinamente en San Petersburgo la revista « Pensamiento obrero ».

Cierto es también que, en la mayoría de los partidos socialistas de Europa occidental, existe un lazo entre el oportunismo y los intelectuales, así como entre el oportunismo y las tendencias descentralizadoras.

Pero nada es más contrario al espíritu del marxismo, a su método de pensamiento histórico — dialéctico, que el separar los fenómenos del TERRENO HISTORICO en el que surgen y transformarlos en esquemas abstractos con un valor absoluto y general.

Razonando de manera abstracta, lo único que se puede afirmar es que el « intelectual », siendo un elemento social que proviene de la burguesía y ajeno al proletariado, puede adherir al socialismo no en virtud, sino A PESAR de su sentimiento de clase. Es por ello por lo que está más expuesto a las oscilaciones oportunistas que el proletario, que encuentra en su instinto de clase un punto de apoyo revolucionario muy seguro, por poco que conserve sus lazos con su medio de origen, la masa obrera. Sin embargo, la forma concreta que toma la inclinación del intelectual al oportunismo y sobre todo el modo bajo el que se manifiesta esa inclinación en las cuestiones relativas a la organización, dependen en cada caso del medio social concreto.

Los fenómenos observados en la vida del socialismo alemán, francés, o italiano, a los que se refiere Lenin, tienen su origen en una base social netamente determinada, el parlamentarismo burgués. Y como ese parlamentarismo burgués es, en general, el verdadero vivero específico de todas las tendencias oportunistas actuales del socialismo de Europa occidental, engendra también en particular las tendencias desorganizadoras del oportunismo.

El parlamentarismo, tal y como existe en Francia, en Italia, y en Alemania, no sólo alimenta las ilusiones ya conocidas del oportunismo actual : la sobrestimación de la importancia del trabajo de reforma, la colaboración de las clases y de los partidos, el desarrollo pacífico etc... Pero hasta separando, en las filas del partido socialista, a los intelectuales de los obreros, y colocando a los primeros, en tanto que parlamentarios, en cierto modo por encima de los obreros, crea el parlamentarismo un terreno propicio al desarrollo práctico de esas ilusiones.

Finalmente, los progresos del movimiento obrero hacen del parlamentarismo un trampolín para el arrivismo político, y es por eso por lo que vemos bajo las banderas del partido socialista, a más de un ambicioso y a más de un fracasado del mundo burgués.

Es a todas esas circunstancias, a las que hay que atribuir la conocida inclinación del intelectual oportunista de los partidos socialistas de Europa occidental, a la desorganización y a la indisciplina.

Otra fuente, bien determinada, del oportunismo contemporáneo, es la existencia de un movimiento socialista muy desarrollado y, por

consiguiente, de una organización que dispone de medios y de influencias considerables. Esa organización constituye un muro que protege al movimiento de clase contra las desviaciones hacia el parlamentarismo burgués, y éstas, para triunfar, deben esforzarse en destruir ese muro y en ahogar a la élite activa y consciente del proletariado en la masa amorfa del « cuerpo electoral ».

Es así como nacen las tendencias « autonomistas » y descentralizadoras perfectamente adaptadas a ciertos fines políticos ; conviene pues explicarlas no, como hace Lenin, por el carácter inestable del « intelectual » sino por las necesidades del político parlamentario burgués, no por la psicología del « intelectual », sino por la política oportunista.

Las cosas se presentan de manera muy diferente en Rusia, bajo el régimen de la monarquía absoluta, donde el oportunismo en el movimiento obrero es, en general, el producto, no de la fuerza de la social-democracia ni de la disgregación de la sociedad burguesa, sino al contrario del estado político atrasado de la sociedad.

El medio en el que se reclutan en Rusia los intelectuales socialistas es mucho menos burgués y mucho más desarraigado, en el sentido preciso del término, que en Europa occidental. Esa circunstancia — unida a la falta de madurez del movimiento proletario en Rusia — ofrece, es cierto, un campo mucho más vasto para los errores teóricos y para las oscilaciones oportunistas que van desde la negación completa del aspecto político de las luchas obreras, hasta la fé absoluta en la eficacia de los atentados aislados, e incluso hasta el quietismo político, hasta los cenegales del liberalismo y del idealismo kantiano.

Nos parece, sin embargo, que el intelectual ruso, miembro del partido social-demócrata, difícilmente puede sentirse atraído por la desorganización, puesto que esa inclinación no se encuentra favorecida ni por la existencia de un parlamentarismo burgués, ni por el ambiente del medio social. El intelectual occidental, al que vemos hoy en día profesar el « culto de sí mismo » y teñir de moral aristocrática hasta sus mismas veleidades socialistas, es el tipo, no ya de la « intelectualidad burguesa » en general, sino sólo de una fase determinada de su desarrollo : el producto de la decadencia burguesa. Al contrario los sueños utópicos u oportunistas de los intelectuales rusos seducidos por la causa socialista, tienden a tejerse con fórmulas teóricas donde el « yo » no está exaltado sino humillado, y en las que la moral del renunciamento, de la expiación, es el principio dominante. De igual modo que los NARODNIKI (o « popularistas ») de 1875 predicaban la absorción de los intelectuales por la masa campesina, y que los adeptos de Tolstoi practican la evasión de los civilizados hacia la vida de las « gentes sencillas », los partidarios del « economismo puro » en las filas de la social-democracia quisieran que todos se inclinaran ante la « mano callosa » del trabajador.

Se obtiene un resultado muy diferente cuando, en vez de aplicar mecánicamente a Rusia los esquemas elaborados en Europa occidental, se hace un esfuerzo para estudiar el problema de la organización en relación con las condiciones específicas del estado social ruso.

En todo caso, es ignorar la naturaleza íntima del oportunismo el atribuirle, como hace Lenin, una preferencia por la DESCENTRALIZACIÓN.

Ya se trate de organización o de cualquier otra cosa, el oportunismo sólo conoce un principio : la ausencia de todo principio. Escoge sus principios de acción al azar de las circunstancias, con tal de que esos medios parezcan poder conducirle a los fines que persigue.

Si, de acuerdo con Lenin, definimos al oportunismo como la tendencia a paralizar el movimiento revolucionario autónomo de la clase obrera y a transformarlo en instrumento de las ambiciones de los intelectuales burgueses, deberemos admitir que, en las fases iniciales del movimiento obrero, eso puede realizarse más fácilmente, no por medio de la descentralización, sino mediante una CENTRALIZACIÓN rigurosa, que abandonaría, atado de pies y manos, ese movimiento de proletarios aún incultos a los jefes intelectuales del Comité central. En los albores del movimiento social-demócrata en Alemania, cuando aún no existía un núcleo sólido de proletarios conscientes, ni una táctica fundada en la experiencia, se ha visto enfrentarse a los partidarios de los dos tipos opuestos de organización : el centralismo a ultranza era reivindicado en la « unión general de los obreros alemanes » de Lasalle, y el autonomismo en el partido constituido en el congreso de Eisenach, con la participación de W. Liebknecht y de A. Bebel.

Aunque la táctica de los « eisenaquenses » fuera bastante confusa, desde el punto de vista de los principios, contribuyó infinitamente mejor que la acción de los « lassallianos », a suscitar en las masas obreras el despertar de una conciencia nueva. Y los proletarios tuvieron muy pronto un papel preponderante en ese partido (como se puede ver por la multiplicación rápida de los periódicos obreros publicados en provincias), y el movimiento progresó rápidamente en extensión, mientras que los « lassallianos », a pesar de todas sus experiencias « dictatoriales » condujeron a sus fieles de fracaso en fracaso.

En general, se puede demostrar fácilmente que cuando la cohesión es aún débil entre los elementos revolucionarios de la clase obrera y que el movimiento mismo anda a tientas, es decir, cuando se está en presencia de condiciones como las que conoce actualmente (1.904) Rusia, es precisamente el centralismo riguroso, despótico, el que caracteriza a los intelectuales oportunistas. Mientras que, en una fase ulterior — bajo el régimen parlamentario y en relación con un partido obrero fuertemente constituido — las tendencias del oportunismo de los intelectuales se expresan por una inclinación a la « descentralización ».

Si, colocándonos desde el punto de vista de Lenin, temiéramos por encima de todo la influencia de los intelectuales en el movimiento proletario, no habría, en nuestra opinión, mayor peligro para el partido socialista ruso que los planes de organización propuestos por Lenin. No hay nada que pueda someter más fácilmente un movimiento obrero tan joven aún, a una élite intelectual, sedienta de poder, como esa coraza burocrática donde se ve inmovilizado, para transformarlo en un autómeta manipulado por un « comité ».

Y, al contrario, no hay garantía más eficaz contra las maniobras oportunistas y las ambiciones personales, que la actividad autónoma del proletariado, gracias a la cual adquiere el sentido de sus responsabilidades políticas.

En efecto, lo que hoy en día es sólo un fantasma siempre presente en la imaginación de Lenin, podría mañana transformarse en realidad.

No olvidemos que la revolución, que estamos seguros, no puede tardar en estallar en Rusia, no es una revolución proletaria, sino burguesa, que modificará radicalmente todas las condiciones de la lucha socialista. Cuando llegue el momento, también los intelectuales rusos se impregnarán rápidamente de ideología burguesa. Si, entonces, la social-democracia es la única guía de las masas obreras, después de la revolución veremos naturalmente que la burguesía y en primera fila los intelectuales burgueses, tratarán de hacer de la masa el pedestal de su dominio parlamentario.

El juego de los demagogos burgueses será tanto más fácil cuanto que en la fase actual de la lucha, la acción espontánea, la iniciativa, el sentido político de la vanguardia obrera se habrán visto frenados en su desarrollo por la tutela de un Comité Central autoritario. Y, ante todo, la idea que se encuentra a la base del centralismo a ultranza : el deseo de cerrar el paso al oportunismo mediante los artículos de un estatuto, es radicalmente falsa.

Cediendo a la impresión causada por los acontecimientos recientes en los partidos socialistas de Francia, de Italia, de Alemania, los social-demócratas rusos tienden a considerar el oportunismo en general como un ingrediente extraño, introducido en el movimiento obrero por representantes del democratismo burgués. Aunque así fuera, las sanciones de un estatuto serían impotentes frente a esa intrusión de elementos oportunistas. Puesto que la venida de elementos no-proletarios al partido obrero es el efecto de causas sociales profundas, tal y como la degradación económica de pequeña burguesía, el fracaso del liberalismo burgués, la decadencia de la democracia burguesa, sería una ilusión ingenua el querer interrumpir esa afluencia tumultuosa poniéndole el dique de una fórmula inscrita en los estatutos.

Los artículos de un reglamento pueden controlar la vida de pequeñas sectas y de cenáculos privados, pero una corriente histórica pasa a través de las mallas de los párrafos más sutiles. Por otra parte, es un gran error creer defender los intereses de la clase obrera recha-

zando a los elementos de la desintegración de las clases burguesas, empujadas en masa hacia el socialismo. La social-democracia ha afirmado siempre que representa al mismo tiempo que los intereses de clase del proletariado, la totalidad de las aspiraciones progresivas de la sociedad contemporánea y los intereses de todos aquellos que la dominación burguesa oprime. Esto no debe entenderse solamente en el sentido de que ese conjunto de intereses se encuentra englobado idealmente en el programa socialista. El mismo postulado se ve traducido en la realidad en la evolución histórica, que hace de la social-democracia, en tanto que PARTIDO POLITICO, el refugio natural de todos los descontentos, convirtiéndola en el partido del pueblo entero, contra la ínfima minoría burguesa que tiene el poder.

Sin embargo, es necesario que los socialistas sepan siempre subordinar todas las miserias, los rencores, las esperanzas de la multitud de todos los horizontes que viene a ellos, a los objetivos supremos de la clase obrera. La social-democracia debe encerrar el tumulto de la oposición no-proletaria en los marcos de la acción revolucionaria del proletariado y, en una palabra, asimilar los elementos que vienen a ella.

Eso sólo es posible si la social-democracia constituye ya un núcleo proletario fuerte y políticamente educado, suficientemente consciente para ser capaz, como hasta ahora en Alemania, de arrastrar detrás de ella a los contingentes de desarraigados y de pequeños burgueses que han venido al Partido. En ese caso, un rigor mayor en la aplicación del principio de la centralización y una disciplina más severa, explícitamente formulada en los artículos de los estatutos pueden ser una salvaguarda eficaz contra las desviaciones oportunistas. Es entonces razonable considerar la forma de organización prevista por los estatutos como un sistema defensivo dirigido contra los ataques del oportunismo; así es como el socialismo francés se ha defendido contra la confusión « jauessista »; y una modificación en el mismo sentido de los estatutos de la social-democracia alemana sería una medida muy oportuna. Pero aún en ese caso, no se debe considerar los estatutos como un arma que, en cierto modo, se bastaría a sí misma: no es sino un supremo medio de acción para hacer que la voluntad de la mayoría proletaria predomine efectivamente en el partido. Si esa mayoría faltara, las más terribles sanciones formuladas sobre el papel, serían inoperantes.

Sin embargo, esa afluencia de elementos burgueses está lejos de ser la única causa de las corrientes oportunistas que se manifiestan en el seno de la social-democracia. Su origen se encuentra también en la esencia misma de la lucha socialista y en las contradicciones que le son inherentes. El movimiento universal del proletariado hacia su emancipación completa es un proceso cuya particularidad se encuentra en el hecho de que, por vez primera desde que la sociedad civilizada existe, las masas del pueblo tratan de imponer su voluntad consciente-

mente y en contra de todas clases dominantes, cuando la realización de esa voluntad sólo es posible más allá de los límites del sistema social en vigor. Pero las masas pueden adquirir y fortalecer en ellas esa VOLUNTAD en la lucha cotidiana contra el orden constituido, es decir en los límites de ese orden. De un lado las masas del pueblo, de otro, un objetivo situado mas allá del orden social existente ; de un lado la lucha cotidiana, del otro, la revolución, tales son los términos de la contradicción dialéctica en la que se mueve el movimiento socialista. El resultado es que debe actuar tratando en todo momento de esquivar dos escollos : uno de ellos es la pérdida de su carácter de movimiento de masas, el otro la renuncia al objetivo final ; el reducirse a una secta y el transformarse en un movimiento reformista burgués.

He aquí por qué es una ilusión contraria a las enseñanzas de la historia, el querer fijar, de una vez para siempre, la dirección revolucionaria de la lucha socialista y el tratar de encontrar el remedio absoluto contra toda desviación oportunista en el movimiento obrero. Es cierto que la doctrina de Marx nos proporciona medios infalibles para denunciar y combatir las manifestaciones típicas del oportunismo. Pero siendo el movimiento socialista un movimiento de masas y siendo los escollos que le amenazan el producto, no de artificios insidiosos, sino de condiciones sociales ineluctables, es imposible precaverse por adelantado contra la posibilidad de oscilaciones oportunistas. Estas sólo se pueden superar por el propio movimiento, apoyándose, claro está, en los recursos que ofrece la doctrina marxista, y cuando las desviaciones en cuestión hayan tomado una forma tangible en la práctica.

Considerado desde este punto de vista, el oportunismo aparece como un producto del movimiento obrero y como una fase inevitable de su desarrollo histórico. En Rusia en particular, donde la socialdemocracia ha nacido ayer y donde las condiciones políticas en las que se forma el movimiento obrero son extremadamente anormales, el oportunismo es, en muchas de sus manifestaciones, la expresión de tanteos inevitables en las experiencias que se han tratado de hacer, tanteos y experiencias por medio de las cuales la acción socialista se abre camino, en un terreno completamente nuevo.

Por lo tanto, no es sino más sorprendente aún, la pretensión de impedir la posibilidad de cualquier esbozo de oportunismo escribiendo unas palabras en vez de otras en los estatutos del Partido. Semejante tentativa de exorcizar al oportunismo a base de papeleo puede ser altamente perjudicial, no para el oportunismo, sino para el propio movimiento socialista en tanto que tal. Al paralizar las pulsaciones de toda vida orgánica sana, se debilita el cuerpo y se disminuye tanto su resistencia como su espíritu combativo, no sólo contra el oportunismo, sino también, cosa que tiene cierta importancia, contra el orden social existente. El medio propuesto se vuelve contra el objetivo perseguido.

En ese deseo de establecer la tutela de un Comité central omnisciente y omnipotente, para ahorrar a un movimiento obrero tan lleno de promesas y de vigor, algunos pasos en falso, creemos discernir los síntomas de ese mismo SUBJETIVISMO que ha jugado ya más de una mala pasada al pensamiento socialista en Rusia. Es verdaderamente divertido ver las extrañas piroetas que la historia hace ejecutar al respetable « sujeto » humano en su propia actividad histórica. Aplastado y casi reducido a la nada por el absolutismo ruso, el « yo » toma su desquite en su « pensamiento revolucionario » sentándose él mismo sobre el trono y proclamándose todopoderoso — bajo la forma de un Comité de conjurados, en nombre de una inexistente « voluntad del pueblo ». Pero el « objeto » hace ver quién es el más fuerte y el « knut » triunfa rápidamente, porque es quien representa la expresión « legítima » de esa fase del proceso histórico.

Por último, hace su aparición en escena un hijo aún más « legítimo » del proceso histórico : el movimiento obrero ruso : por vez primera, en la la historia rusa, sienta con éxito las bases de la formación de una verdadera voluntad popular. Pero he aquí que el « yo » del revolucionario ruso se apresura a hacer una nueva piroeta y, otra vez, se proclama dirigente todopoderoso de la historia, esta vez en la persona de su alteza el Comité central del movimiento obrero social-demócrata. El hábil acróbata ni siquiera se da cuenta de que el único « sujeto » al que insumbe hoy en día el papel de dirigente, es el « yo » colectivo de la clase obrera, que reclama resueltamente el derecho a cometer errores y aprender por sí misma la dialéctica de la historia. Y digámoslo finalmente sin rodeos : los errores cometidos por un movimiento obrero verdaderamente revolucionario son históricamente mucho más fecundos y más válidos que la infalibilidad del mejor Comité central.



LA «DESCOLONIZACION» DE FRANCO



Publicamos a continuación la siguiente carta que indica que la «descolonización» franquista choca con los mismos límites que su «libertad» de prensa.

IDEA POPULAR DE LA GUINEA ECUATORIAL

Conakry, 9 de abril del 1966.

Desde el pasado 24 de febrero, en que tuvo lugar en Ghana el golpe de Estado organizado por el imperialismo contra el Gobierno del Presidente Dr. Kwame N'Krumah, la Permanencia de nuestra organización en Accra — IDEA POPULAR DE LA GUINEA ECUATORIAL (I.P.G.E.) — ha sido cerrada. La expulsión por parte de las actuales autoridades ghanesas de todos los movimientos de liberación y refugiados políticos que se encontraban en el país, nos ha obligado a abandonar nuestra sede y partir hacia otros países africanos para intentar normalizar nuestra situación.

La opinión anticolonialista europea debe conocer las detenciones realizadas por las autoridades ghanesas instauradas por el golpe de Estado del 25 de enero.

Además de los militantes que han sido ya entregados a los gobiernos de Costa del Marfil, Níger, y otros países, 10 militantes⁽¹⁾ de la I.P.G.E. fueron detenidos a raíz del golpe de Estado. Todo parece indicar que sufrirán, si no ha sucedido ya, la misma suerte de los otros militantes citados.

Nuestro movimiento y nuestros camaradas detenidos en Accra, ha combatido con las armas en la mano el colonialismo español en Guinea Ecuatorial, lo mismo que a sus marionetas, el gobierno satélite de Franco, presidido por Bonifacio Ondo Edú.

Nuestros camaradas pueden ser entregados en cualquier momento. El nuevo gobierno de Ghana será enteramente responsable de este nuevo golpe a África y a la lucha anti-colonialista. Para liberar a los 10 camaradas detenidos e impedir su extradición, la I.P.G.E. pide a todos los demócratas y anti-colonialistas, a las organizaciones obreras y humanitarias que envíen sus protestas a la embajada en su país de la República de Ghana.

Firmado : Jesús Mba Ovono, Pres. Secr. Gen. de la I.P.G.E.

(1) Nombres de los 10 militantes detenidos : Valeriano Enama, José Ondó, José Antonio Eló, José Asumu Bicoro, Simón Ezema, Cándido Mba, Manuel Masié, Narciso Nzé, Calixto Ndongo, Marcelo Edú Nguema.

30 F Belgas
3 F Franceses
3 marcos
10 pesetas